This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Cosas Vistas....

POR

"MICRO/"

(ANGEL de CAMPO, del Liceo Altamirano)

Morelia, Mich.

Imp. y Enc. "Garibaldi". Av. de Gante, 39.

1905

Cosas Vistas...

POR

"MICROS"

(ANGEL de CAMPO, del Liceo Altamirano.)

Morelia, Mich.

Imp. y Enc. "Garibaldi". Av. de Gante, 39.

1905

A las Sritas. Eva y Luisa Ceballos.

Humilde homenaje de sincera amistad.

Enero de 1894.

Angel de Campo.

EL "CHIQUITITO"

A Monina.

I

¡Cuánto diera por tender sus alas de cromo en aquella azul inmensidad! ¡Con qué rabia de placer se hundiría en el verde lujurioso de la fronda exuberante! ¡Cómo picotearía allá arriba en la cúpula chispeante que parecía una joya monstruosa bañada por el sol! . . . .

El pobre *Chiquitito*, el infeliz canario, tenía sed de las aguas de un charco, en el que se retratában una rosa anémica y un girón de nube que pasaba lentamente por el cielo . . . . Ansiaba remover las parduzcas hojarascas, esconderse en las macetas rotas, posarse en las cornisas musgosas y bañarse en el charco, aquel luminoso charco hacia el cual tendían sus cuerpos viscosos los rastreros caracoles, y parecía fascinar con su juego de reflejos y colores a las lagartijas, que lo

miraban de hito en hito deslumbradas y con aire de fakires en éxtasis.

Muy tibia debía ser la verdosa penumbra del jardín abandonado. Se adivinaba un estanque a lo lejos, la luz jugaba en sus hondas, islotes de verdura surgían de sus aguas turbias, que se derramaban lamiendo las paredes, y deslizándose por un peldaño carcomido hasta morir, silenciosas y tranquilas, en un caño de perezosa y plácida corriente.

Había muchos pájaros en aquel jardín, los veía retornar a los árboles cuando iba a llover, oía en las tardes su loca algarabía, en las mañanas su bullicioso despertar, y a toda hora aquel dialogar de una rama a otra rama y de un nido a otro nido.

A las ocho de la mañana la animación llegaba a su colmo: no había un pájaro ocioso, todos iban y venían con no sé qué aire de animales ocupados, y él los miraba pasar, tan acostumbrado a sus caricias, que podía distinguirlos. ¡Pobre cautivo! Su distracción única era dominar con la mirada la acera de enfrente, derruida tapia de una iglesia, tras la cual el enmarañado follaje del jardín lucía sus pompas y del cual parecía levantarse una torre sin campanas habitada por golondrinas.

Reía el sol en los azulejos de la cúpula, sonrosaba la pintura que se desprendía por placas de la piedra y daba una variedad mágica de colores a las frondas casi amarillentas en los tiernos retoños y obscuros, profundos, lujuriosos en el follaje vigoroso y desarrollado.... abismo verde del que surgía el cáliz de colores vivos de una flor o aquella parvada de pájaros, incansables, alegres, charlatanes, que desparramaban en el aire una lluvia de trinos, escalas, notas agudas.... un himno de alegría en aquel espacio azul, en aquel cielo de mañana húmeda y sol tibio.

Se agrupaban en el alambre de un teléfono, haciendo temblar las gotas de la última lluvia y las em-

papadas colas de los papelotes, harapos caídos allí como en la cuerda de un tendedero. De dos en dos se destacaban en el horizonte, alisábanse las plumas y derrepente ¡arriba! tendían las alas y se lanzaban al macetón de barro de una azotea, gritaban desde ahí a un ejército de gorriones que iba de paseo, lo seguía en el aire hasta el borde de una tapia, se hablaban, se despedían abatiéndose en la calle solitaria, dando nerviosos saltitos en el empedrado, buscando granos y levantando el vuelo en medio de *píos* de susto, cuando el paso de un transeunte o el rodar de un coche interrumpían la calma del barrio.

En el follaje, los chicos que no volaban hacían su desayuno armando atroz alharaca, los padres se asoleaban muy serios en las altas ramas y las mamás repartían los granos....

Pasaban frente a su jaula sin hacerle caso o se detenían para recoger los *alpistes* que se habían caído o para arrancar una flor de nabo.

Les hablaba, les decía cosas capaces de enternecer a un vendedor de pájaros, pero ellos no le hacían caso, no entendían su idioma.... No hablan el mismo las aves educadas en las frondas y los prisioneros de las jaulas.

¡Pobre canario, desplumado y viejo!.... Nacido en la canasta llena de hilas de una pajarera, regalado en una jaula dorada, encerrado en incómoda prisión de hoja de lata, siempre los mismos actos, saltar del *palito* al piso inmundo, de ahí al juguete de cristal cuajado en que se sacudía para bañarse, comer el alpiste de un bote de *cold-cream*, alimentarse con las florecillas de nabo y resistir todas las mañanas el «¿Qué dice mi chiquitito?» de aquella señora sin dientes que osaba chiflarle.... Moríase de rabia, saltaba azotándose en los alambres y le gritaba insulto y medio, y la señora, entendiendo lo contrario, tornaba a decirle con desesperante dulzura:

—«¿Quién es mi güerito? ¡Mírenlo qué mono, qué contento! *¿Pí, pí, pí?*»....

Y restregaba con fuerza el piso con la escobeta y le chiflaba....

El infeliz animal ladeaba la amarilla cabecita, fulguraban sus ojillos negros y trémula el ala, escuchaba aquellas ternezas que lo desesperaban.... Arrojaba una interjección en un trino y se encerraba en un mutismo absoluto, fija la mirada en el balanceo cadencioso de las frondas y el vuelo sesgado y elegante de las golondrinas.

Las hembras, al pasar, lo miraban contristadas por su cautiverio. Hubo alguna que le lanzó un requiebro, era una gorriona de mal vivir, pintarrajeada de lodo, ebria consuetudinaria, arrojada de todos los nidos honrados y segregada allá, a un montón de escombros, del que huía todo pájaro de honestas costumbres.

—Adios, lindo.... Sal un momento....

—No puedo, mi vida....

—Mira, dame un poco de tu alpiste entonces.... Yo que tú, esperaba un descuido y ¡fuera! ¿De dónde eres?

—De México, y ¿tú?

—¿Yo? ¿Qué no me lo conoces en los ojos? Soy tapatía.... Vine con una compañía de zarzuela.... y ¡la de malas!.... mi marido, un tenorcillo del tres al cuatro, me abandonó y aquí me tienes.

—Pues qué ¿eres casada?

—Viuda, tú.... Ya él murió. «Quien mal anda, mal acaba».... era un perdido.... muy calavera.... se lo llevó una anemia cerebral, ¡era de esperarse!.... Conque, adios, buen mozo....

Y la alegre muchacha volaba a escandalizar al barrio de un *pirú* con su modo de volar desgarbado y sus maneras impropias de una gente decente.

No faltó quien aleccionara al canario y lo pusie-

ra al tanto de la vida y milagros de la *marimacho.*

¿Qué dirían las gentes al verlo platicar con una cualquiera? ¿Con tanto descaro, a las doce del día, cuando se asomaban al balcón las niñas decentes de los nidos?

Había sido la única compasiva, y la amó por eso. ¿Quién hace caso de calumnias? Y calumniaban a aquella Virginia con alas.... ¿Qué había de saber de mundo un pájaro que no había salido nunca de los cuatro alambrados de su jaula?....

II

—Ahora sí.... ahora sí....—Y mientras ella soplaba el polvo del alpiste, empujó la puerta y ¡fuera! Lanzó agudo trino esponjando sus plumas, se lanzó, y en su furioso vuelo tropezó con el cielo raso.

Entonces la señora, fuera de sí, sofocada, trémula, lanzó este grito desgarrador:

—¡Cierren, cierren! ¡Se ha volado el *Chiquitito!* ¡Se ha salido de la jaula el *Chiquitito,* cierren!.... ¡Se escapa el *Chiquitito!* Y cerraban puertas.... ¡Pero el *Chiquitito* estaba en el corredor, agarrado con las rosadas patitas a una cabeza de viga....

Abajo, el desorden era atroz. Toda la vecindad se había reunido y hablaba a gritos, el portero empuñaba una escoba, las señoras se habían armado con toallas y plumeros, y una niña sin corazón gritaba:

—¡La regadera, pronto!

Los pájaros enjaulados de la vecindad le gritaban:

—No seas tonto, vuela, vuela.... escápate, ahí te van a matar.... Y hasta el gato, que dormitaba en la sombra, se habia desperezado estirándose, lamiendose los bigotes, y sentado sobre las patas traseras, balanceando la cola, ladeaba la cabeza, lo miraba

con sus grandes ojos amarillos, en traidora actitud, en cruel acecho. El *Chiquitito* estaba atarantado con los gritos, no sabía que hacer, volaba y ¡paf! una toalla hecha bola amenazaba aplastarlo, los plumeros lo azotaban, y un chorro de agua estuvo a punto de alcanzarlo....

Ardientes los ojillos, abierto el pico, jadeante, esponjadas las plumas, torpes las alas, iba y venía tropezando, fatigado de volar, hasta que hizo un esfuerzo supremo y.... estaba en pleno azul, muy alto, parecía una ascua amarilla en el espacio.... Todos salieron al balcón, los léperos sin corazón le arrojaban sombreros y frazadas, trapos y piedras, hasta que, desfallecido, se abatió en la tapia del jardín....

Huían, al mirarlo, los otros pájaros, y la gorriona, la querida gorriona, volaba *con otro*, espantada de la rechifla que armaban en la calle los vecinos....

—¡Vete!—le gritaban de los nidos—vuela, te cogen, y voló.... Tendida el ala en un último esfuerzo, remontose para caer, lanzando un trino de dolor: un chorro de agua, un cañonazo, la geringa de las macetas, manejada por hábil enemigo, lo había alcanzado, no supo más y se desmayó, para despertar en su jaula....

—Más vale: huía por ella y ella huyó con otro. Más vale morir. Y cerrados los ojos, escondida su cabeza bajo el ala.... ¡Adiós, cielos azules, adiós, frondas verdes, adiós, coquetas mariposas, adiós, soñada libertad, adiós todo! Y presa de profunda tristeza, no volvió a abrir el pico.

III

—Tú tienes la culpa—decía la señora a la criada—tú tienes la culpa: te dije que le pusieras el trapo por-

que lo quemaba el sol, míralo cómo está sofocado.... ¡pobrecito! ya no canta.... y cierra los ojitos....

El *Chiquitito*, abatida la cabeza y entrecerrados los ojos, yacía en el suelo y agitaba su pecho un jadeo intenso, parecía sofocado y se tambaleaba con la debilidad que precede a la muerte.

—Se ha asoleado, es lo que tiene.... Abrieron la jaula, entró una mano y él se dejó tomar sin un solo aleteo, sin que agitara sus alas el más leve estremecimiento. Oyó que le decían palabras muy tiernas, que lo escondían en un regazo, le alisaban las plumas con la mano y le echaban vaho.... Pero no abrió los ojos.... Lanzó una última *boqueada*.... Se fué enfriando poco a poco, cayó la cabecita sobre el pecho.... ¡Estaba muerto!...

—¡Pobrecito *Chiquitito!*—dijo la señora. Y los niños se apoderaron del cadáver, aventáronse con él, y por último, entre risas y gritos, lo enterraron en una maceta.... Pobre tumba, en la que yace un abrojo, pobre tumba, sin flores, profanada por los gatos y que suelen ver los pájaros con tristeza, la *gorriona* no ha pronunciado en ella una sola oración, y otras hembras apenas la han visto con esa curiosidad que inspira la última morada de un personaje de novela.... un Romeo, un Abelardo, un Pablo infeliz....

Una jaula vacía en el techo de una covacha, habla a los que pasan de un dolor desconocido.... y dió motivo a un *zentzontli* romántico para hacer esta reflexión.... ¡Cuántas almas se parecen a esa jaula vacía, cuando las abandona una ilusión...! ¡Cuántas ilusiones se parecen al pájaro prófugo.... enterrado en una maceta.... sin flores, sin lágrimas, sin epitafios, con un abrojo y profanada por los gatos! ¡La tierra le sea leve!

EL CHATO BARRIOS

El *salón* de nuestra escuela estaba inconocible, salón de escuela de barrio que, gracias a muebles alquilados, había perdido su aspecto lamentable de otras veces. El heno y las ramas de ciprés, colocadas profusamente a lo largo de las manchadas paredes, banderas tricolores de papel y águilas empleadas para fiestas cívicas, servían de altar a grandes retratos de Hidalgo, Juárez y otros héroes, amén del Corazón de Jesús, iluminado, inmediatamente arriba de una esfera terrestre cubierta de crespón.

Barrido el piso de ladrillos y en vez de bancas, triple hilera de sillas austriacas que, arrancando de la mesa, cubierta por un tápalo chino, terminaba junto a la puerta de la Dirección.

Era el día de premios, ese gran día para la infancia de aquellos rumbos, luminoso día para los padres de familia y de constante preocupación para el Sr.

Quiroz (q. e. p. d.) y su ayudante, el paupérrimo cuanto simpático Borbolla.

Recuerdo que dos días duraba la compostura del salón, en la cual tomaban parte activa unos vecinos, la criada y aquellos alumnos que se distinguían por su juicio y mayor edad.

Las economías del año se empleaban en comprar libros baratos y en imprimir los diplomas cuya idea —una matrona rodeada de chicuelos que cargaban escolares atributos—pertenecía a Borbolla.

Libros y diplomas, atados con listones de color, se hacinaban en la mesa a los lados de un tintero de porcelana, dos candelabros con velas jamás encendidas y amarillentas ya, y un par de bustos de yeso, representando a Minerva el uno y a Minerva también el otro.

Se alquilaba un piano y en él lucía sus anuales adelantos la Srita. Peredo, tanto en el piano como en el canto. Era el factótum, y desempeñaba todo lo concerniente a la parte musical, inclusive el acompañamiento de las fantasías que sobre viejas óperas ejecutaba un antiguo tocador de flauta, Bibiano Armenta.

Hénos aquí desde las siete de la mañana, muy lavados, con traje nuevo los unos, cepillado y remendado los otros, sin adorno alguno los más. Pobres niños de barrio, hijos de porteros, artesanos y gente arrancada, que no podían hacer más gasto que el de medio real: cuartilla para pomada y cuartilla para betún. ¿Pero el traje qué importaba? Todos éramos felices, y sin parpadear, colgándonos los pies, nos sentábamos en las altas bancas, con los brazos cruzados, contemplando un sillón, miembro de no sé qué ajuar de reps verde, en el que debía tomar asiento, frente a la mesa, un eclesiástico, me parece que canónigo o cura de la parroquia, que siempre presidía el acto y era el gran personaje.

Llegaban las familias sin que nadie se moviese: se-

ñoras de enaguas ruidosas y rebozo nuevo, papás de fieltro o sombrero ancho, con ruidosos zapatos y que cruzaban sobre la barriga las manos o se acariciaban las rodillas, niñas de profusos rizos y vestidos de lana.... Las personas distinguidas eran invitadas por el Sr. Quiroz para tomar asiento en la primera fila, en la que, vestida de blanco, con zapatos bajos, listones tricolores y pelo espolvoreado con partículas de oro o hilos de escarcha, estaba ya la Srita. Peredo, muy tiesa y empuñando el enorme rollo de piezas de música.

Sordo y elocuente murmullo se levantaba del salón, cuando se presentaba en escena la familia de Isidorito Cañas, el Sr. Quiroz bajaba las escaleras, Borbolla se apoderaba de una de las niñas, los hombres se ponían en pie y las mujeres miraban con respeto casi, a la familia que vestía de seda, usaba costosos sombreros, claros guantes y deslumbrantes abanicos.

Isidorito separábase de la familia para ocupar su puesto en la banca, y todos lo mirábamos de hito en hito, cada año estrenaba traje y cada año se sacaba el premio y cada año se lo disputaba ¡oh, coincidencia! el chato Barrios, hijo del carbonero de la esquina, el más feo y desarrapado alumno de la escuela.

En nuestros corazones de rapazuelos de cinco años influía la elegancia en sumo grado, y veíamos a Isidorito, no como un simple condiscípulo, sino como a un ser colocado en más alta esfera. Su traje nuevo, su cuello enorme y blanquísimo, la corbata de seda, el cinturón de charol brillante con hebilla de metal, las medias restiradas a rayas azules, las botitas hasta media pierna, el pelo rizado *ad hoc* y los diminutos guantes, hacían de él un héroe de la fiesta.... Con razón parecíamos los demás un atajo de indios, mal vestidos, mal peinados y con una actitud de gentes sin educación.

El Sr. Qniroz le hacía un cariño y daba conver-

sación a la familia en actitud de hombre juicioso, cruzando los dedos, dando vueltas al pulgar, semi—inclinado y con leve sonrisa que entreabría sus labios. Borbolla, incomodado por el estrecho jaquet y la corbata refractaria a guardar el sitio conveniente, abría el piano, sacudía las teclas, y al sonar un *mí* bemol por casualidad, reinaba el silencio, veía el eclesiástico el reloj y *tín*, sonaba el timbre, oíase ruido de sillas y bancas, cruzábamos los brazos al sentir la severa mirada de Borbolla, que con el mayor disimulo apretaba los labios, y con los ojos parecía decirnos: compostura, señores.

Poníase en pie el Sr. Quiroz y leía la memoria que terminaba siempre con estas frases:

«Réstame sólo, respetable público, daros las gracias por la asistencia a esta solemnidad, y en particular a aquellas personas (la niña Peredo y el flautista Armenta) que han contribuido con sus altas dotes a la solemnidad del acto. He dicho.»

Mirábamos a Borbolla para ver si era tiempo de aplaudir, y aplaudíamos con rabia lanzando un ¡viva! al Sr. Quiroz, que respondíamos nosotros mismos.

Stella confidente, leía el eclesiástico en un papel pequeño, y la niña Peredo, con voz trémula que parecía arrancada por nervioso dolor, gorgoreaba la fantasía. Tornábamos a ver a Borbolla y aplaudíamos lanzando el ¡viva la señorita Peredo! que se nos había enseñado.

«Fábula en francés por el niño Isidoro Cañas». Nuestro director palidecía, Borbolla dejaba que se pronunciara la corbata y la familia de Isidorito se conmovía, avanzaba el muchachito, miraba a todos lados, sacudía la cabeza poniéndose en el pecho el rollo de papel atado con un listón y gritaba:

Maitre carbó sur un abre perché.... tenet á son bec, in fromage. Cada palabra acompañábala con un ademán especial: parecía arrancarse un botón del sa-

co, dándose antes un golpe de pecho, y al concluir sonaban nutridos aplausos, abría la boca el eclesiástico, respiraba el señor Quiroz, sonreía Borbolla, se refugiaba Isidorito en las faldas de su madre y gritábamos: ¡viva el niño Cañas!

Desde ese momento Isidorito era el héroe y lo besaban las señoras cuando, tropezando, podía apenas cargar los grandes libros que había merecido como premio.... y envidiábamos a Isidorito.

Mención honorífica, leía Borbolla con voz clara, al alumno Rito Barrios, y oíase en las bancas estudiantiles un rumor: «ándale, chato, chato Barrios, a tí te toca», pero el muchacho no se atrevía a pararse y había necesidad de que Quiroz, con voz amable, le dijera:

—Señor Barrios, acérquese usted....

Y un muchacho descalzo, de blusa hecha girones, mordiéndose un dedo, arrastrando el sombrero de petate y viendo a todos lados con cara de imbécil, cruzaba el salón: las gentes lo miraban con lástima, los niños con desprecio, y unos ojos empapados en lágrimas lo seguían, los de una mujer que ocupaba la última fila, perdida en la multitud: su madre, y el chato Barrios, aquel modelo, en el último grado del desconcierto, olvidando público y lugar, *pegaba* la carrera de la mesa a su asiento.

Me acuerdo que sentía no sé qué dolor, no sé qué tristeza al mirar a Barrios, inexplicable amargura de cosas aun no comprendidas, cuando paseaba mi observación de niño, ya de Isidorito al Chato y viceversa. Isidorito, que vestía bien, Isidorito, que decía una tontería y no le pegaban, Isidorito, que estudiaba menos, Isidorito, que usaba reloj, y el Chato, que llegaba al colegio antes que otro, el Chato, que aprendía la lección en un segundo, el Chato, que vivía en una carbonería, el Chato que iba al colegio de balde, el Chato.... que era muy infeliz.

.....

.....

He visto, despés de muchos años, aquellos *diplomas:* el de Isidorito se ostenta sobre el bufete de un abogado, su padre, encerrado en un marco desdorado, como si acusara una ironía del ayer comparado con el hoy, denunciando el favoritismo de otra época y la imbecilidad actual, que es la cualidad notable de mi antiguo compañero de escuela. Alguien me dijo, no lo sé, que los premios del Chato iban al Empeño, y ese Chato es un muchacho de traje hecho girones, que estudia en libros prestados, vive en un suburbio, jamás falta a clase y parece prometer.... Cuando tal me dicen, pienso en el pasado, porque no ignoro cuál es la vida del que no posee más que un libro y un mendrugo, lucha por elevarse del cieño en que vive, perseguido por esa amargura que se encarna en todos los enemigos de la pobreza, pero me consuela saber que de ese barro amasado con lágrimas, de esa lucha con el hambre, de esa humillación continua, de esa plebe infeliz y pisoteada surgen las testas coronadas de los sabios que, os lo juro, valen más que esos muñecos de porcelana, esos juguetes de tocador, que en la comedia humana se llaman Isidorito Cañas.

EL RELOJ DE CASA

Al Sr. Licenciado don Eduardo Ruiz.

I

Una lámpara con velador verde difundía su penumbra en la vasta biblioteca, y arrojaba un círculo de luz intensa al libro abierto sobre la mesa. Se adivinaban en los estantes las apretadas hileras de libros, cuyos dorados rótulos brillaban con pálido reflejo, clareaban los pergaminos, prendían su nota clara los legajos en lo alto de los estantes, confundidos allá con grandes cajas de cartón vacías, mapas enrollados, rollos de periódicos aventados al azar y cubiertos por el polvo parduzco, que es el sudario de los papeles viejos.

Las sonoras tarimas estaban apolilladas, pero limpias, roto el pasillo de jerga, pero bien barrido, opaco el barniz de la mesa monumental a fuerza de trapearla diariariamente, sobre ella se hacinaban los volúmenes y los papeles, descollaba aquí el candelero

de cobre cuya vela se había puesto amarilla con el tiempo y servía tan solo para fundir el lacre que había incrustado algunas lágrimas rojas en su estearina, allá el tintero de cobre legado por el abuelo, adquiría los tonos verdosos del cardenillo, la tinta se había secado hasta no ser sino una costra verdosa en el tosco vaso de vidrio ordinario, se pegaban las municiones las unas a las otras, y el mango de manchado hueso conservaba una pluma enrojecida por el orín, las obleas, desparramadas sobre el limpiaplumas de paño rojo y negro, la plegadera bajo la carpeta de hule, y un prensapapeles, un casquete esférino de cristal con un paisaje cubierto de nieve en el fondo, yacía sobre el calendario del más antiguo Galván, de forro azul.

No puedo olvidar aquella pieza que olía a alcanfor: me parece que veo a mi padre con su gorra de terciopelo, hundido en la sombra de la pantalla, una mano apoyando la amplia frente, la otra sosteniendo el libro que iluminaba con un chorro de luz amarillenta el quinqué. Todo en calma, hasta el viejo reloj que tenía en su eterno *tic tac*, medroso monólogo, algo del latir de un corazón.

¡Cómo admiraba aquella máquina, que había seguido minuto por minuto toda la existencia de los antepasados! algo se decían ella y el retrato vetusto encerrado en el desdorado marco, se destacaba la efigie del fondo obscuro, eran sus facciones de señor feudal, sus carnes rojizas, su mirada indiferente y su traje ornado de encajes, de vueltas con terciopelo, de botones dorados.... Sostenía en una mano un fragmento de bastón y se apoyaba en un óvalo, ocupado por la leyenda en latín, que conmemoraba en letra antigua sus hechos y sus títulos.

El reloj aquel me causaba respeto: era altísimo, parecía un nicho de barnizada madera. Las grandes agujas giraban lentamente, señalando los minutos de

un centímetro, las pesas de cobre, inmóviles, el péndulo oscilando con tranquilo vaivén.... *tic tac;* oíase de pronto un rumor, el rumor de una sirena, y una grave campana daba la hora y le respondía un coro de alegres notas, festivos timbres, que al sonar los cuartos y las medias, fingían el repiquetear de muchos cascabeles.

Era el abuelo de los muebles aquel reloj. Las telarañas, esas canas de las cosas, tendían su red gris del tallado copete a las barnizadas perillas, y aparecía como grave y serio personaje, maníaco anciano que no sabía más que dos palabras: *tic tac,* y con sólo dos palabras, ¡cómo hacía nacer la alegría! ¡cómo engendraba la tristeza!

Reía el alba, nadie quería levantarse, abrían las puertas, entraba la luz, invadía la casa el bullicio del despertar, se alistaba el agua, metía el criado los zapatos dados de bola, y una voz cariñosa gritaba:

—¡Arriba!

Nadie oía esa voz, nadie quería pensar en el colegio hasta que la campana sonaba siete veces, y a su aviso ¡fuera sábanas, fuera pereza, a desayunarse!

Llegaba la noche, apagábanse las luces, morían los ruidos. Los últimos recuerdos del día se agolpaban a nuestra imaginación de niños, quitándonos el sueño, pero el grave reloj anunciaba al dar las horas, que era tarde, su *tic tac* nos arrullaba y nos dormía. Allá, en sueños, se adivinaban unos pasos quedos, una persona que se acercaba al lecho, componía las colchas, arreglaba la almohada, pasaba la mano por sobre nuestra frente, espantaba los moscos, y después, sin rumor, suavemente, imprimía un beso en nuestra frente. Una dulce caricia, esa nocturna despedida de una madre, que nunca se borra de la memoria y que no puede substituir a ninguna otra.... ¡Cuán alegre era entonces el repique de las campanillas del reloj! parecía que decían: ¡hogar, dulce hogar!

II

Ya no era niño: habían pasado algunos años. Me atreví por fin a abrir aquella pieza abandonada.... No había cortinas en las vidrieras. A través del verdoso cristal se miraba una lúgubre caravana de nubes, sobre las cuales la luna, una luna amarillenta, transitaba lentamente. Parecía la fúnebre lámpara de aquella procesión de novicias vestidas de blanco.

Pálida faja de luz bañaba el piso. A su vago fulgor se adivinaban los objetos de la estancia, arrancaba mustios reflejos a las cosas brillantes, hundía en la sombra cuanto se perdía en los rincones y destacaba clarísimo un libro abierto sobre la mesa, una lectura interrumpida de muchos años.

¡Todo estaba lo mismo! Faltaban tan sólo los personajes del escenario. ¡Cuán amargo duelo sugería la gorra de terciopelo sobre el diccionario abandonado por aquel lector que había salido para no volver! ¡Cuán trágico el silencio de aquella pieza, en la que no latía ya el reloj, el corazón de la casa, porque las manos de sus dueños no habían puesto en movimiento la enmohecida maquinaria! Todos, todos habían muerto, hasta el reloj, condenado eternamente a señalar las dos y cinco minutos, que por terrible coincidencia había sido la hora fatal para nosotros, para los huérfanos!

Me había hundido en el sillón de baqueta. ¿Qué pensaba con la mirada fija en el suelo iluminado por la luz de la luna? ¿Por qué desfilaban por mi mente los recuerdos que parecen salir de la tumba, como yertos Lázaros que evoca la memoria y nos hablan todos de pesares, ni uno solo de esperanzas?

No podía dormir, me revolvía en mi lecho con las ansias del insomnio.... Algo, algo me hacía falta para reposar tranquilo.... El arrullo del reloj! Jamás olvidaré el áspero crujido de la maquinaria cuando

la moví, el sobresalto que me causó el rumor de la cuerda y la impresión indescriptible del *tic tac*, la misma que me hubiera hecho el oir lamentarse a un muerto, y aquel muerto reloj parecía lamentarse. Y no me arrulló el vaivén de su péndulo, al contrario, semejaba misterioso cuchicheo de palabras, el viejo instrumento estaba agitado, hacía desordenados movimientos, como si luchase con la vida, sus gastados muelles no tenían fuerzas para hacer girar la aguja torpe que marcaba las horas, había en su máquina algo de las ansias de la agonía, y yo, yo, con el oido atento, tenía compasión de él como si fuese un paralítico al que se forzara a mover los miembros inertes.... Por fin, pareció animarse largo rato: oí aquel ruido que me recordó toda una infancia. Pero no, no me infundía aquella calma, no decía *¡hogar, dulce hogar!* parecía gemir: *¡no está, no está!* No, no era el arrullo lo que me faltaba, no: al ruido de la grave campana no se habría la puerta, nadie entraba de puntillas, nadie contenía el aliento al acercarse al lecho, nadie componía las colchas, nadie posaba su mano en mi frente antes que unos labios cariñosos dejaran en ella un beso de madre. Ese beso, ese inolvidable beso me faltaba, ese beso que equivalía a una oración entonces, dulce poema en una frente que cruzaban tan sólo los blancos sueños con perfiles de ángel.... Recuerdo imborrable que detiene al borde de todos los abismos, como si de la región a donde van los que mueren descendiera a la tierra un salvador aviso.... Con razón era tan triste tu alegría, viejo reloj, con razón tan lúgubre tu constante murmurar *¡no está, no está!*

OYENDO ROMANZAS

Aquellas noches de octubre eran muy frías, y salía de una clase particular de *español* un poco tarde. No tenía *paletó* y la señora de la casa de huéspedes donde yo habitaba, viuda de un inválido, por más señas, me prestaba un *cachenez* de su *difunto*, diciéndome con un tono maternal: «Abríguese bien, Peredo, porque las pulmonías andan haciendo de las suyas.» Envuelta media cara en el *cachenez*, que olía a guardado, ese olor heterogéneo de lináloe, alcanfor ropa limpia y Kananga, me levantaba la solapa del saquillo, bastante delgado, y con las manos en las bolsas, el libro bajo el brazo, el sombrero hasta los ojos y alzados los hombros, salía de la casa de mi profesor y me encaminaba a la mía. Las calles estaban solas, inundadas de luna. En aquella claridad pálida y vaga, prendía su triste nota la linternilla de un gendarme, y à lo lejos, la iluminación de puertas y ventanas con sus manchas rojizas y simétricas. Mucho pensaba por aquellas aceras sin transeuntes, conjuga-

ba mentalmente el último verbo aprendido, silbaba sones oídos o improvisados que resonaban estridentes en aquel silencio de la ciudad dormida, me esperaba un buen éxito en los exámenes y con tristeza, con una profunda tristeza, recordaba el distante pueblo, mi casa vacía y aquel rincón de la parroquia en que reposaba el último de los míos, y como si saliera de las paredes, oía una voz que me decía las mismas palabras que pronunciara mi tutor al mandarme a México:

—Samuelillo, mucha aplicación, solito vas a formarte un porvenir, el tiempo perdido hasta los santos lo lloran. Y con su eterna manía de citar pensamientos y aforismos extranjeros, agregaba con estropeada pronunciación: *taims is monei....*—el tiempo es dinero.—Haces bien en llorar, hijito, haces bien, porque de que uno pierde a sus padres, todo lo ha perdido en la vida.... Conque estudia....

Y oprimía la pasta grasosa y rasguñada de mi *Gramática de la Academia*, murmurando con una melancolía que me llegaba al alma:

—¡Todo se ha perdido en la vida!....

Quiere decir que ya no volverían aquellos tiempos de montar a caballo, caer rendido de correr por las lomas, rezar el rosario, y medio dormido, sentir que una mano inolvidable tocaba mi frente, me *tapaba* bien con las colchas y después, un beso en la frente, antes de que apagara la vela....

—Buenas noches.

—Buenas noches, mamá, respondía abrigándome bien.

Ya no volverían aquellos días de sol, ya no, y sin comprender a fondo la verdad amarga de las palabras de mi tutor, volvía a repetir: «todo se ha perdido en la vida, haces bien en llorar....»

Un coche pasaba en aquellos momentos, me sentía mal en la calle y precipitaba el paso.

La señora Gertrudis se me representaba en el corredor esperándome muy inquieta:

—¡Ah qué Peredo este! ¿Qué horas son estas de llegar? Ya tapamos la lumbre, la cena estará helada. ¿Le hacen un chocolate? Y pasaba al comedor calientito. Un grasoso mantel, manchado de salsa y de café, estaba tendido, junto al plato los cubiertos de mango negro y al frente el vaso sucio, el *birote* frío y la jarra de tocador llena de agua, el todo iluminado por la trémula flama de un velón en candelero de hoja de lata.... Cenaba con apetito, sin quitarme el sombrero, y me dormía sin que nadie me hiciese una caricia, sin que nadie me diera las buenas noches.

Todas las noches la misma idea me aguijoneaba, acelerando mi paso por las calles y no veía las horas de llegar a la casa de huéspedes.... Pero al pasar por el callejón del Chopo, me detenía en la esquina, aguzaba el oído: ni un rumor.... no estaba cantando.... y avanzaba hasta llegar cerca de sus ventanas para espiar. La cortinilla de la vidriera estaba alzada: se veía el piano con su verde funda por los suelos, las dos velas ardiendo alegremente, arrancando relámpagos al barniz del mueble, y en el atril el forro abigarrado de una romanza. ¿Ya habría estudiado? Y como un enamorado, me paseaba a lo largo de la calle, espiando de reojo a la sala de aquella elegante vivienda.

¡Qué cómodo se había de estar en los amplios sillones de oro y púrpura! ¡Qué suavidad la de la blanca alfombra, en la que se desparramaban dibujos de rojas y gigantescas flores! ¡Cómo adormecería el *tic tac* del reloj alegórico de bronce! ¡Y qué dulces emanaciones, qué ráfagas de incensario brotarían del jarrón henchido de violetas!....

No sé qué hubiera dado por entrar a aquella casa, arrellenarme en uno de los sofás, entrecerrar los ojos y oir la dulce voz de aquella joven vestida de percal

y que tenía tan bellos ojos.... Yo, figúrense ustedes, un pobre muchacho salido del rincón de un pueblo, no conocía más elegancia que la de las nubes incomparables de su amplio horizonte y la de aquellas blancas y pálidas corolas acuáticas que surgían del pantano. Así es que horas enteras estudiaba uno por uno los detalles del saloncito aquel y dejé más de un sueño en los pliegues de sedosos cortinajes y en la guirnalda de bronceados tréboles del techo....

Una vez sentí impulsos de llorar sin saber por qué.... El señor, un señor viejo, leía junto al piano su periódico; la madre arrullaba a un chiquillo que mordía en sueños un pedazo de bizcocho y *ella* descifraba, *sotto voce*, los compases de una romanza: reinaba una calma de hogar honesto, se pintaba con gesto tan paternal la beatitud del padre en la sonrisa de sus labios al leer la *gacetilla*, oprimía con amor tan tierno la señora al muchacho, y *ella* con tal dedicación dedeaba los *bemoles*, que no sé por qué lejana asociación de ideas volvía a mis oídos la palabra severa de don Próspero.... Todo se ha perdido, haces bien en llorar....

Me sobresalté, un compañero de colegio entró a la sala, aventó su sombrero sobre una silla juntamente con un libro.... El padre se puso en pie de un salto, palideciendo; la señora hizo lo mismo despertando al muchacho que se puso a llorar, y *ella*, ¡oh, si hubiérais visto de qué modo sonreían todos! ¡cómo lo abrazaban! y él con qué aire de triunfo enseñaba un papel. Todos se agrupaban junto al piano para leerlo a la luz de una vela, y él tomaba la palabra y parecía describir algo muy reñido, haciendo ademanes, imitando con el gesto a alguien de genio adusto.... se paraba, reía, se frotaba las manos y el auditorio parecía extasiado.... suspenso, feliz. Se había examinado, sí, precisamente ese día le tocaba, y lo habían aprobado probablemente.... y lo abraza-

ban, y el señor, con un aire grave, sacaba de su cartera un billete y se lo entregaba.... como un premio.... ¡Cuán distinto era mi recibimiento! Mostraba el certificado a doña Gertrudis, la viuda del inválido, y me preguntaba:—¿Y ahora esto para qué sirve?—¡Como para qué! Es nada menos que un año de estudios....—¡Vaya! ¡Ah!.... y ya estará la cena fría.....

Y de mi corazón de muchacho infeliz brotaba un inmenso deseo de querer a una familia.... ansiaba una urna, cualquiera que fuese, para derramar en ella el raudal de mis inexplicables afectos.... Y veía a aquellas gentes de la sala roja como viejos amigos, me parecía que aquel sillón vacío era mi puesto, junto al piano, y aquellos muchachos mis hermanos.

Una noche, no sé quien de los vecinos dijo a mi espalda:

—Ahí va el enamorado de Carlotita.

Quisiera haberle respondido:

—Tiene usted razón, soy uno de esos infelices que no tienen familia, paga porque le den de comer, lo traten con cierta educación, en la casa de la viuda de un inválido, quizá es un poco poeta, y le falta algo, algo que no se compra, algo como un cariño, algo que le haga olvidar las desconsoladoras frases de don Próspero:

—Todo se ha perdido, haces bien en llorar....

Si encontrar eso es amor, ¡oh, sí, yo idolatro a Carlota!

MI MUSA

A un Poeta.

Te escribo estas líneas en aquel cuarto que tú conoces y no ha cambiado en nada la decoración de ese segundo acto de mi vida de estudiante, que se llama recámara....

Al lado del enorme cuadro de la *Life Insurance Company*, prosigue con sus vivos colores aquel cromo regalado por una droguería, el pequeño bajo-relieve en oxidado cobre del General Lafayette (de perfil), el busto del maestro Altamirano en yeso, la rayada cómoda recargada de pinceles, malas acuarelas, botellas de *aguarrás* y pinturas al óleo, la misma sobrecama de cretona (de dos vistas) cubre el tembloroso catre y el enorme librero exhibe los multicolores lomos de mis libros, ocultos aquí por un retrato de Berta Marx, allá por una vista de Texcoco y otras menudencias que no disimulan el deterioro de los volúmenes a la rústica.

Florecen los heliotropos y las margaritinas en los

rotos trastos del corredor y la jaula del canario está en el quicio de la puerta para que se asolée; el brillante animal se baña en este momento en un plato de cristal azul, que fué juguete de posadas.... No tengo vecinos; así es que aquella joven que estaba empeñada en ser soprano, para felicidad mía no lanza al aire los primeros y desgarradores compases de aquella *Stella confidente*, que cantaba a su modo.

Sólo una cosa falta en este cuarto, una sola: las violetas en el ánfora de cristal, que sin agua, sin flores y empolvada, causa el efecto de un incensario vacío. ¿y por qué vacío? Porque ya no hay diosa a quien incensar.

La silla en que tú te montabas con el sombrero echado atrás y el cigarro en los labios, necesita nuevo asiento, y en cuanto a la mía, la he substituido por una de *reps* verde que hay en la sala, cuando escribo, y por un crujiente equipal, cuando leo.

Leo mucho en estos días, leo para contestarte a esa pregunta capciosa que has formulado en estos términos: «¿Quién es tu Musa?» Y no, no puedo contestarte categóricamente, porque bien a bien no lo sé. Existe, pero es una entidad tan vaga, está tan escondida en el fondo del alma, que ni conozco bien su perfil, y apenas me atrevería a pronunciar su nombre. Nada es tan difícil como leer esas historias del corazón.... Se parecen, aunque para tu sentimentalismo juzgues prosaica la figura, a los cuadernos de escritura de un colegial. Comienzan por los *palotes:* gruesas rayas, disparejas unas, torcidas las otras, dan idea entre las dos pálidas rayas azules de la pauta, de un ejército de ebrios; en ellos no hay letra todavía, es el primer ensayo, el primer elemento, que, combinado, formará una palabra: es el famoso *primer amor*, ese juego de novios, en el que casi siempre las primas ocupan un lugar culminante. Vienen en seguida las vocales: la *a*, muy gruesa; la *e*, cabizba-

ja, la *i*, que es un *palote* degollado, la *o*, próxima a reventar, y la *u*, como consorcio que se divorcia.... Ese es el período de transición, de curiosidad, en que el amor no es aquello de dar el dulce a una ella, hacer confidencias al hermanito menor y robarse los días de santo un *pensamiento* de los *bouquets* de la sala..... No, entonces se quiere amar para contarlo a los amigos, para fumar en la esquina de una calle el primer cigarro, ladearse el sombrero, esconderse en un zaguán y declarar espía al primero que pasa, siempre acompañado de dos amigos, uno experimentado, que nos aconseja que saquemos un papel y lo enseñemos a la niña de vestido corto que está en el balcón, y otro que palidece cuando la mamá se asoma para llamar a un dulcero.

Hasta aquí la escritura es enteramente elemental: escribimos *favor* con *b*, *ezperanza* con dos *zz* y así sucesivamente, pero empieza el alba a anunciarse en la bruma infantil, se encienden los primeros reflejos de la juventud, se sienten cosas muy dulces, pero que nos dan miedo, oímos con más atención las conversaciones y parece que la vida es una persona que sólo habla a los que tienen el corazón algo desarrollado, porque todo, todo tiene entonces un lenguaje que vamos traduciendo poco a poco. Algo nos dice la última ráfaga púrpura del ocaso, algo se esconde en las obscuras frondas donde aletean los somnolientos pájaros y mucho, mucho encierran la flor que se abre en un jarrón de tocador y las violetas que se marchitan, se mueren en el seno de una mujer.... Ya el verso tiene más que cadencia para el oído, la luz más que claridad para la mirada y el amor más que pasatiempo para el corazón.... es la época en que todos son poetas.... En el cuaderno de escritua escribes «*los pájaros cantan*», con letra suelta, y te permites los primeros rasgos caligráficos, esa poesía de la pluma, ya no copias las máximas

morales escritas al principio de la página sino algunas que te pertenecen, que has improvisado, que has sentido y no olvidarás jamás. Lee ese cuaderno: nada dice para los otros en sus palabras aisladas, pero mucho, una inmensidad de cosas dice para tí, tan tiernas, tan íntimas, tan queridas, que sonríes con no sé qué melancolía..... la de esos desterrados que vuelven la mirada hacia el hogar que dejan, y para mayor tristeza no se convierten en estatuas de sal.... porque no es una ciudad que arde lo que ven, sino el espigal donde vagaba una Ruht.... La ciudad maldita está más lejos.

¿Quién es mi musa?

Leo los nombres que ayer fueron mi lema y hoy son epitafios, pensamientos que me parecen demasiado candorosos y páginas ridículas y no me conozco. Me contemplo en aquella época como a un individuo a quien no he visto: con esa curiosidad con que ve uno el retrato de un niño muy rizado, con la cara espantada, el *ropón* mal hecho, los calzones largos y los zapatos muy brillantes. Te lo enseñan y te preguntan:

—¿Quién será este muchacho?

—No lo conozco....

—Eres tú....

—¿Yo?....

—Sí, a los seis años....

Y respondes que, o no te pareces, o has cambiado mucho, o el fotógrafo era malo.... Y es la verdad: la memoria no siempre pinta con exactitud el pasado, siempre le hace mucho favor, y no encuentro a mi musa de entonces, y los perfiles de mujer que evoco, algunos muy bellos, no me hacen decir con el gozo del que resuelve un problema: *esa es.*

Leo versos, hay estrofas en ellos que parecen la mera verdad, ya es el fuego tropical que traen a la memoria las frases: *besos quemantes, pupilas de fue-*

go, encendidos labios, sangre ardiente, ya la melancolía de un desamparado que llora en romance, suspira en décimas y se desmaya en un soneto.... No, no fué aquella A*** mi musa, no, protesto, me engañé! Pobre pájaro miope que canté (mal por supuesto), porque confundí una luz viva, creyendo que era la aurora, con la cauda deslumbradora de un cohete que no ha vuelto a brillar.

Los versos nada dicen y sus frases más cariñosas denuncian (¡cuántas veces!) un deseo de algo que no ha llegado todavía y no de un afecto real. Eso debe haberme pasado, una vez que hoy, al hojearlos, no me conmueven ni me agradan.

Y tengo Musa, yo la siento a mi alrededor: flota vaga, cambiante, pura.... como el perfil de una nube blanca en el azul, hay momentos en que me habla de paisajes desconocidos, esos paisajes destacados en la palidez de un ocaso y formado por brumas que se desvanecen, otros, me cuentan cosas que me hacen reir, ocurrencias de colegiala traviesa, me desconoce a veces, y se pone seria y se ausenta por muchos días, en que, cosa rara, me siento mejor, puedo escribir, porque tú sabes cómo influye la cercanía de una mujer cuando se trata de pensar con calma, y ella me vuelve loco.... es decir, romántico....

Algunas ocasiones he creído que se refugia en el fondo de un sofá, bajo la forma de mujer, y me habla, pero no.... aquella no tiene esa mirada que yo busco, y me ha visto.... su voz carece de las notas de otra voz que recuerdo haber oído.

Y no te figures que es seria, viste larga y trágica túnica de mujer griega, se desliza como una heroína por el foro.... no, señor, la he visto pasar por la calle, estoy seguro, me queda la reminiscencia de un traje negro, no sé qué palidez, pero todo tan vago que me ha parecido un sueño.

Esa es mi Musa, la mujer desconocida, que ni sé

si me odia, ni espero que me ame, y así son todas las Musas.... Pasas y alguna vez en la obscuridad de la desierta calle, al ver la hora bajo el rojo farol, has vuelto el rostro, se ha alzado una cortina y un busto de mujer se ha destacado en la vidriera iluminada; ha desaparecido después, y siempre preguntarás: «¿Quién será?» Y pasarás día tras día sin que las cortinas se corran, ni las persianas se abran, ni mujer alguna aparezca, y quizá es una gente con quien has hablado, pero no la comparas porque a la otra la viste de noche, y no siempre se reconoce en la luz lo que se vió en la sombra.

Ya sé quién es mi Musa; veo su cara picarezca, que ríe porque la he conocido, porque se le escapó una frase que yo oí entre otros labios, pero esa está muy lejos todavía.... anda vagando.... quizá no tiene casa, y quizá la busca. Era la que yo esperaba y debe entrar al corazón para vivir ahí siempre. Es una pieza arruinada, polvorienta; las telarañas se extienden en los rincones; hay en la pared huellas de clavos muy agudos, de los que colgaban queridos retratos; el ventanillo está sin pájaros ni flores y ostenta un triste papel que anuncia que está deshabitada. ¡Ojalá y ella pase y entre; ella, la desconocida, la que presiento!.... Entonces, quizá la desmantelada pieza, ¿quién sabe si será un verdadero hogar?

Esa, querido amigo, que yo espero sin que llegue.... esa es mi Musa.

Memorias de un Escribiente

I

Aquel 3 de Febrero fué un día muy alegre para mí: parecíame que cambiando de pieza cambiaba de humor. Toda la mañana se nos fué en mudar los muebles del escritorio. Habíase apoderado de la señorita Irene una fiebre de trabajo: púsose una toalla a manera de toca, para que el polvo no opacara las ondas de seda de su pelo castaño, vistió el más usado de sus trajes y con una fuerza inacorde con su delicada contestura, ya cargaba dos sillas, ya tiraba de la cómoda, en tanto que Luciana y yo le *dábamos una mano* del otro lado. No había mozo en aquellos días, así es que puede decirse que nosotros lo hicimos todo.

Mandáronme a la asistencia porque estorbaba y me entretuve, con el cuello distendido y de puntillas, en contemplar hasta el más insignificante cuadro que colgaba en lo alto del sofá, recorrí uno por uno los

retratos que formaban un plastrón caprichoso en la pared frontera, y curiosié todas las baratijas de las *etagéres:* una barría las hojas de lechuga dispersas en la alfombra, encorvada, con una mano en la rodilla, y la otra, empuñando la escoba de popotes, daba pasos cortos, sacudía la cabeza para echar atrás los mechones de cabellos que la cubrían los ojos y resollaba fuerte para tomar aliento y descanzar brevísimo rato.

La señorita Irene sacudía con el plumero sentada en el suelo. Buena sobada dió con el trapo a las patas del bufete que se rejuvenecieron, huyó el polvo secular que les daba un color gris, y quedaron brillantes como si las acabaran de barnizar. ¡Con qué orden puso todo! Los libros en lo alto, ordenados según su tamaño, y en los casilleros la caja de plumas, la caja de broches, los mangos y los lápices, el tintero limpio, a la derecha el limpiaplumas y todos los papeles prensados por el sabueso, que parecía dormido en una placa de cobre oxidado. Desconocía mi mesa en la que tanto desorden reinaba antes. Para buscar cualquiera cosa había que revolverlo todo, y parecía más que bufete, cajón de basuras.

Figuráos un bello sol, iluminando la pieza, las vidrieras que caían al corredor, donde las macetas con sus plantas empapadas infundían grata frescura, los pájaros muertos de gusto y arriba un pedazo limpísimo de cielo. Adentro la blanda alfombra, para que yo pusiera los pies un tapete, cómodo sofá al lado, y en fin otra cosa! El piano estaba en la pieza de junto, precisamente pegado a la pared, en el lugar en que habían colocado mi escritorio. Yo tan afecto a la música ¡cómo iba a gozar!

Me parecía que cometía yo una falta de educación no yendo a ayudarles, pero.... se me figuraba también que podían tomarme por confianzudo si me me-

tía de rondón, diciendo: aquí estoy. Ya sabía que me habían de responder:

—No se moleste, señor Cebada, si me gusta.

Ahí la tienen ustedes subiéndose en el *burro*, que servía para encender las lámparas, abajo Luciana, la joven ama de llaves, sosteniendo la máquina para que no se tambaleara, y ella clavando una alcayata para colgar el mapa de la República entre los dos libreros.

—¿Está bien, tú?

—Un poquito chueco de este lado.

—¿Así?

—Otro poquito.... Vaya, ya está bien.

Y descendía pudorosamente, procurando no descubrir ni la garganta del diminuto pie.

Tenía unas ganas feroces de fumar, pero no me parecía propio hacerlo, dejaría apestando a cigarro y además no había escupideras, porque ¡nada se les olvidaba! las habían puesto junto a mi mesa.

—Ahora sí creo que nada falta, señor Cebada.

—Señorita....

—¿Qué le parece a usted?

—Pues muy bien, señorita, muy bien.... muy bien.

—Creo que estarán ustedes mejor que allá abajo. Vamos a ver qué dice papá ahora que venga. Ya es la una, puede usted irse a comer....

—Pues, con permiso.... Yo me había conformado con hacerles la más amable de mis caravanas, pero me tendió la mano, y se la dí como si tocara una cosa sagrada....

Mi sombrero no parecía, porque estaba en otra pieza, y estuve a punto de caer cuando ella misma me lo trajo. Debe haberle dado asco tomarlo, tan viejo, tan empolvado, tan grasiento estaba!

—Mil gracias.... a los pies de usted, señorita Irene.

—Adiós, señor Cebada....

Al pasar por el patio dirigí una mirada al antiguo

despacho, que estaba en compostura, habiéndole quitado el piso de madera, es decir, unas tablas comidas por la humedad y la polilla; un girón de roto cielo raso, manchado de goteras, colgaba hasta el piso, y el papel tapiz se desprendía con todo y pared. Aquello era un antro obscuro y fétido; con razón tuve un mes de intermitentes, y maldije mil veces el oficio, que lo obliga a uno, con los pies entumidos, a trazar renglón tras renglón, y carta tras carta.
En el largo trayecto de aquella casa a la mía, con alegre memoria recordaba la pieza luminosa, los muebles renovados, la señorita Irene, y en último término a Luciana, que como mujer y como ama de llaves llenaba las exigencias de reglamento.

II

Me detuve ante mi conciencia, con esa indecisión que embarga al que no se atreve a entrar a una pieza donde lo espera una escena desagradable. Pero era preciso: afectos hay que si uno no quiere confesarlos, no quiere mirarlos, ellos surgen y se presentan en toda su grandeza. Era fuerza hacer un resumen de lo que yo sentía. ¿Con qué derecho, me decía en un momento, en que a mi timidez de pobre se oponía mi orgullo de humano, con qué derecho, porque soy escribiente me he de sobajar al nivel de un perro, degradándome yo mismo, haciéndome incapaz hasta de sentir?

¡Ay, Cebada, más te valiera no haber nacido! ¿Para qué saliste de tu cueva húmeda y sombría, donde trabajabas sin más preocupación que el *Haber* y el *Debe*? ¿Para qué, tú, acostumbrado a la soledad y al retiro, te metiste a entablar diálogos con todos los de la casa y a espiar los menores movimientos de la señorita Irene?

El amor, que es para todos esa suprema aurora que hace de la nube fantasmas de oro, canción del ave, urna de esencia de la flor y altar del corazón, el amor, que es para otros la sonrisa de la vida y la nota dulce que flota sobre el dolor humano, aunque éste se haya encerrado en el insulto y en la blasfemia, ese amor es para los escribientes como tú, no la esperanza, sino la desdicha.

He ahí las consecuencias de tus malos pasos. En la mañana, al llegar, en vez de meterte muy serio y muy derecho a tu pieza, no señor, tosías, volteabas y tenías que encontrarla regando sus macetas. Saludabas, y ¿qué sucedía? que no faltaba pretexto para que charlaran un rato, sin recordar que las palabras, aunque parezcan viento, cristalizan lentamente en el alma, para tornarse mañana en una eflorescencia de pasión.... Sonrisas, timideces, mortificaciones, miradas confusas, de eso, de eso se forma el dulce sainete del amor.... Luego, aquello de espiar tras las cortinas, llamar a Luciana para pedirle vasos de agua, eran el pretexto, y oir hablar de ella, que era la intención. Tú, tan moderado y cumplido, no notabas que al señor Burgos le extrañaba aquel tu malestar indisimulable, y no ponía buena cara cuando encontraba a Luciana departiendo contigo? ¡Si supiera él, él tan delicado, que.... su hi.... qué horror! Húndelo, hunde ese afecto en el lugar obscuro y oculto, que sea en tu corazón como el despacho antiguo, debajo de las tarimas, como una prueba de crimen, que nadie sorprenda la verdad, que nadie la conozca!

No es correcta tu conducta, desventurado!

La única atenuante para tu crimen, que crimen se llama amar a ricos, es que no tienes la loca pretensión de que se fije en tí, y no te haces ilusiones. Mal harías en interpretar las pruebas de educación como pruebas de cariño, y si afecto te tiene, es el mismo que se le puede tener a un subalterno, a un

empleado.... Corrígete, Cebada, vas por peligrosísima pendiente.... Tu porvenir, es decir, tu empleo, se halla comprometido.

Y era la verdad, sentía que la terrible enfermedad de dulces pero mortales síntomas me invadía, y quería curarme. Escribía para no pensar en ella, dirigía mis ideas a otro terreno, pero.... de pronto, oíase ruido en la otra pieza, arpegios, escalas, preludios, y ella comenzaba a estudiar las romanzas sin palabras de Thomé, y.... pluma en ristre, quijada en mano, la mirada vaga y la boca abierta, ¿qué pensaba, qué soñaba, qué veía, qué figurábaseme? Que mi alma en esos instantes era algo sublime encerrado en el vil forro humano de un pobretón!

Nadie sabía la verdad completa, pero las conjeturas que siempre la preceden comenzaron a alarmarme. Ella misma un día me sorprendió abstraído, mordiendo la pluma y con los ojos húmedos....

—Cebada, usted tiene algo, lo veo desmejorado.... ya sé.... ya sé que anda enamorado, ya me lo dijeron.... Cuénteme, ¿qué tiene?

—Nada.

Qué irónicas son algunas palabras: ¡nada! le decía yo con el alma en las pupilas y el dolor en el acento, ¡nada!

III

Llegó mayo, y con él la famosa fiesta. El señor Burgos, más bien la señora, opinó que sería útil aquel día, y las ayudaría a componer la mesa, a repartir los pasteles y vinos, y hasta podían encomendárseme algunas comisiones superiores a las que los criados desempeñan.

Ella se pasó el día en la sala, y yo yendo y viniendo de aquí para allí, trayendo, si no el vino, el salmón que faltaba, arreglando la *música* para las

nueve de la noche, viendo si por fin no venía el licenciado, y a la hora de comer vigilando a los niños, que tenían su mesa en el cuarto de costura.

Por supuesto estrené traje, me rasuré, y no debo haber parecido mozo, donde algunos varones me saludaban con cierta cortesía y me tendían la mano las señoras. Creo que eran las ocho de la noche cuando entré a la sala a llevar los helados y los pasteles.... Lo hice con torpeza suma, me ví ridículo en los espejos, y al llegar frente a ella, que platicaba con un señor sospechoso.... tomó el helado sin mirarme, hasta que alzó el rostro, y como avergonzada de haberme confundido con un mozo quizá, me dijo:

—¡Ah, es usted, señor Cebada!....

Cómo me hirió aquello. El vino, que en esos días no se escasea, me había vuelto menos moderado que de costumbre, y me dejé caer en un sillón de la asistencia.

¿Ya lo ves, Cebada, ya lo ves? A eso te expones, pero cállate, que ahí viene, domínate, no vayas a salir con una barbaridad.

—¿Qué hace usted tan solo, señor Cebada?

—Señorita Irene.... estaba....

—Está usted muy emocionado, todo lo sé.... Por ahí una gente que yo conozco mucho lo trae trastornado.

—Juro a usted.... ‹con estupor›.

—No me lo niegue.... ¿a que le digo el nombre?

—¿Quién? ‹con un miedo cerval›.

—¡Lu... cia.... na!.... ¿Qué cree usted que no se sabe todo en esta vida?.... Y es buena, señor Cebada, serán muy felices, le prometo hacerle buen tercio. Ya verá.

¡Pues señor.... te lo mereces por imbécil, Cebada! ¡Eso es, llora, era lo único que te faltaba, no tienes vergüenza!

ר

LA MESA CHICA

Al distinguido novelista don Rafael Delgado.

Poníase los días de gran función en el cuarto del baño, que quedaba precisamente junto al comedor: por supuesto que fungían de asiento la tina, mediante una tabla atravesada y un banco de macetas luxado de las cuatro patas, la mesa de la cocina completada con otra de ajedrez y una de estorbo, un cajón volcado para el que no cupiera, y si con todo esto faltaba sitio, quedaba el antepecho de la ventana para completar el extraño comedor de los muchachos.

Los manteles muy rotitos, pero muy blancos, las servilletas ordinarias, y a veces la madera desnuda, servían de lecho a los platos despostillados, a los cubiertos nones y a las tazas, porque vasos no se conocían en aquellas regiones, invitado había que se resignaba a beber en jarro, lo mismo el nacional licor que algún Médoc falsificado. Dábase media torta de pan por cabeza, y nombrábase jefe del movi-

miento a un chico mayor que los demás, o a la vieja cachazuda que había sido nodriza de los tíos.

Recuerdo aquellas épocas y se me revuelve la bilis como entonces, al pensar en las humillaciones de que éramos objeto los muchachos.

Tengo muy presente el cuadro. Pintado el corredor, arreglado el pasillo de la antesala, que parecía no alfombra, sino canevá bordado a medias, remendado el tapiz de la sala y muy ordenado el mobiliario, notábase que el plumero había recorrido desde el marco de los opacos espejos hasta las chucherías de porcelana de la mesa. Muy tendidas de limpio las camas, y vistiendo flamantes trajes los dueños de la casa.

Cada diez minutos sonaba la campana y nos empinábamos en el corredor para ver!

—Las Sánchez.

—Las Sánchez, decía una oficiosa corriendo.

—Las Sánchez, corría la voz, y un ejército de muchachos se alineaba junto al portón. Bajaban los políticos hasta el descanso de la escalera para ofrecerles el brazo, y

—Chula.

—Linda.

—Mi vida.

—Presta tu sombrero.

—Daca la sombrilla.... Y una tempestad de besos y de abrazos precedía a la pregunta de:

—¿Cómo has pasado tu día?

—Bien, gracias. Pasen ustedes. Joaquinito, ¿por qué no se van a jugar? Ya les he dicho que se vayan a la azotehuela, y no se anden metiendo entre la gente grande.

—Déjelos usted.

—No, así se acostumbran a igualados, parece que no han visto gente.

Y tras esta loa, unos chillando, otros sin que les

importara un bledo, y otros más grandecitos, heridos en nuestra dignidad, nos retirábamos a la azotehuela, donde seguía la frasca. A un paso la cocina reventaba de gente; era aquello un ir y venir de criadas. Las niñas de la casa, con delantal y los brazos desnudos, volteaban lan jaletinas, previamente puestas a enfriar en sus moldes en bandejas de agua fría. Quién corría para pedir la mantequilla, que transformaba en rizados copos, mediante un *ayate;* quién las aceitunas que no podían sacar cón tenedor del frasco y había que vaciar en ancho platón jugo y frutas, para colocarlas después en rabaneras que tenían la forma de una valva; quién pedía a gritos el queso hecho tiras, y quién en el lavadero hundía en agua fría un dedo y pedía tafetán, porque se había cortado al rebanar el jamón. Dominaba a la atroz barahunda el ruido de la vajilla en el comedor; ordenábanse las copas, hacíanse caprichosos dobleces a las servilletas en cuya cúspide emanaban aromas pequeños ramilletes, y la esencia poética de las violetas se mezclaba al olor prosaico del queso de Gruyere y de los pickles.

—¡Que se traigan el dulce de leche!

—Buena la haces, Tomás; mientras uno trabaja, tú te comes todo. Deja los pasteles, los desarreglas. ¡Qué tal! Si no ayudas, no estorbes, vete a la sala.

—Abránla.... quita los platos para.... dame una mano....

—Vas a voltear la salsa.

—Pues ayuden.

Era un fenomenal pescado que desaparecía bajo la capa de adornos vegetales: ruedas de jitomate y cebolla, fiorituris de perejil, huevo picado y otras menudencias que nadaban en el vinagre surcado por los pálidos ojuelos de oro del aceite.

—Destapa el vino blanco y le vuelves a poner un tapón.

—Dónde anda el tirabuzón?

—Se lo llevó Luz, para el jarabe de grosella.

Entretanto, nosotros espiábamos aplastando las narices contra los apagados vidrios, y a cada viaje de los atareados mozos en un....

—¡Quítate del paso, por nada me tiras!

No faltaban atrevidos que a lo mustio se deslizaban al comedor ofreciendo sus servicios.

—Sáquese de aquí.

—Echen a ese muchacho.

—Véte a jugar.

En la azotehuela estallaban loas parecidas, porque Benjamín se apoderaba de las lechugas que flotaban en la pileta, porque Manuelito abría la llave y un chorro se precipitaba anegando el piso.

—Ora verás, Manuel. ¡Mira cómo te has empapado!

—¡Jesús, deja esa escoba!

—¿Qué quieres aquí, Luis? Los hombres no entran a la cocina, se te van a caer los pantalones.

—¡Niña, venga usted a ver a estos niños que están *emporcándose* las manos con el carbón!

—Ve a decirle a la niña....

—Ya no lo vuelvo a hacer.

—Pues estése quieto.

No dábamos un paso sin que no recibiéramos el correspondiente regaño: *malcriados, incapaces, feos, tontos, necios,* etc., eran los dulces calificativos que a cada paso nos lanzaban las gentes sin paciencia.

—Qué bonito, ¿eh? Sáquese el dedo de las narices, siempre haciendo píldoras, ¡cochino!

—¡Qué le importa!

—Sucio, te voy a acusar.

—Si te dan medio, me das cuartilla por el chisme.

—Groserote....

—Y tú.... ¡tan bien educada!

—Sigue hablando y....

—¿Qué me haces?

—¿Qué te hago? acusarte para que te manden al colegio.

—Pues ve corriendo, no me asustas.

Y la hermana mayor corría en efecto a dar parte a las autoridades superiores, que mandaban llamar al reo.

—Si no te estás quieto....

—No, mamá, si yo....

—Ya me dijeron, pero te la guardo, ahora que lleguemos a casa yo te enseñaré a tratar a tus hermanas....

—Si esa fastidiosa....

—¿Qué? ¡Vuélvelo a repetir! ¿Qué dijiste?

—Nada.

—Me la vas a pagar ‹pellizco canónico›.

—¡Ay! ‹llorando›.

—¡Váyase usted de aquí!

Y se iba el castigado, no sin lanzar a su paso nueva interjección a su hermana.

—¡Chismosa! ¡Rajona!

—Estás de reventarte. Nadie los puede aguantar, tú.

Hubiera seguido el pleito de palabra, si la caravana de personas formales, precedida por el licenciado y la arqueológica madre de los Cañete, no invadieran el comedor, y ruido de sillas, conflictos para acomodar alternados a las hembras y a los varones, pedir licencia para pasar contrayendo el abdómen y de puntillas, todo esto formaba animada algarabía.

—Córranse....

—Háganle un lugar a Pancho....

—Está usted bien, no se pare.

—Vete a dar una vuelta a la mesa chica.

Y Carlota aparecía a nuestros ojos. Aquello era digno de verse. Dos nanas se *aplastaban* ‹sic› en las sillas con los rubios niños, que sólo tomaban su

arrocito, medio dedo de vino, huevos tibios y tres rajas de pan, al lado María y Concha, niñas con pretensiones de mujeres, merecían el alto honor de que se les encargara el cuidado de Nestorito y Bebé (un cafrecito de dos años). Pedro y Antonio enojados porque se les había expulsado ignominiosamente de la congregación de los formales, se aislaban en un rincón, improvisando su mesa en una silla y escondiendo debajo de un viejo tocador el fruto de robos disimulados: rebanadas de queso y de jamón, no pocos pasteles, frutas secas y hasta media botella de coñac. A todos faltaba algo: a unos pan, a otros plato, al de más allá cubierto, y al bien educadito de Crispín, por callado, cubierto, plato y pan.... hasta asiento.

En el comedor veíase a los comensales inclinados, tomando ya la sopa. Las señoras, graves, volvían sus apagados ojos hacia nuestro destierro, diciendo:

—¡Qué muchachería!

Y las mamás, con gesto de autoridad y amenaza, agregaban:

—Muy quietecitos, ¿eh?

Carlota daba órdenes:

—No den su plato, no dejen su cubierto y cállense, ya se les va a servir.

Llegaba la sopera y un escandaloso coro provocado por el hambre la recibía.

—A su lugar.... al que se pare no le sirvo, siéntate, José. Vayan pasando sus platos: no me pidan, porque me atarantan.

A más de tres desordenados despidieron de la mesa grande con cajas destempladas, porque iban de puntillas a pedir vino al oído de alguna tía.

—A su hora se les dará, respondía, poniendo en ridículo al solicitante.

Y no nos iba mal. Cierto es que los platones llegaban a nuestro encierro diezmados, pero el que con

tino adjudicaba las raciones, buen cuidado tenía de acordarse que los chicos faltaban, y mientras allá, por circunspección, apenas probaban bocado y les tocaba poco por temor de que no alcanzara, nosotros, sin educación, la emprendíamos contra los restos, comiendo más allá de la medida.

En el comedor podían moverse apenas, y nosotros, cuál a la bartola, cuál a pierna suelta, en posturas orientales, sin el freno de la urbanidad, como muchachos inquietos, a falta de tenedor, mano limpia. De cada tarascada nos llevábamos las carnes de un muslo de pollo o los intercostales del caparazón de un pavo, que nos dejaba luengos bigotes de salsa, mandchones de grasa en los carrillos y mil máculas en la nariz. El vino nos exitaba, nos parábamos de la mesa y nos amenazaban con no darnos fruta, pero al ver que ésta se acababa en la mesa grande, invadíamos el comedor con suplicante clamoreo, que cesaba tan sólo cuando el repique de las copas anunciaba un brindis.

Hénos aquí muy serios, con la cara sucia y las manos indecentes, contemplando la mesa, los deshechos ramos, los platos vacíos, las cáscaras de nuez y almendra sobre el mantel arrugado, disueltos casi los migajones en un charco rojo de vino espolvoreado de sal, los rostros congestionados, las miradas vagas, los gases produciendo somnolencia a las gentes gordas, las servilletas caídas o formando montañas sobre los vasos, y el que brindaba, distraído por el revolar de las moscas, los necios insectos, buitres en ese campo de batalla que se llama una mesa.

Concluido el brindis, las gentes graves sentían los amagos de la jaqueca: se paraban con las piernas entumecidas y el paso vacilante, y los de la mesa chica se lanzaban al patio.

El moderado Crispín, el reservado jovencito, solía no parecer y se le hallaba en la caballeriza, demuda-

do y sudoroso, con un codo en la pared, sobre el codo la frente, los ojos llorosos y escupiendo de un hilo.

—¿Qué te pasa?

—La mayonesa....

—Ya te lo han dicho: el pescado te hace daño y tú eres muy delicado.

—¿Quieres carbonato?

—Lo que quiero.... ‹con la vista vaga› lo que.... quie.... brrr.... ¡Ay Dios!

—Quítate del aire.... Acuéstate, hombre. Dame el brazo.... Jesús, traiga una escoba y limpie ahí.

DOS BESOS

ANTES

Ya la noche había tendido su misterioso manto sobre el castillo de Selva Negra. Brillaban las estrellas en la inmensidad, como si la sombra nocturna estuviera salpicada de diamantes.

Reinaba el silencio en el jardín. De cuando en cuando se oía el murmullo del río, que pasaba suspirando al chocar contra la base del castillo y al besar los juncos mecidos por la brisa.

En los árboles, los pájaros elevaban al cielo su canto de amor antes de entregarse al reposo del caliente nido.

Gemía el viento entre las ramas, como si murmurara un himno apasionado y tierno. Tañía a lo lejos la campana del convento, que con plañidero son estremecía los tenues vientos que traían en su seno la voz ronca del inmenso mar.

La luna, como un disco de plata, se había oculta-

do entre cenicientas nubes, al bogar plácida y blanca por la inmensidad.

Todo duerme en el castillo, no se ve ni una sola luz en sus ventanas góticas. Alzado está el rastrillo y la mole del pesado edificio coronado de almenas, se destaca negra e imponente en el fondo del cielo tachonado de estrellas que titilan como lágrimas de oro.

De pronto se ve una blanca figura que avanza entre los árboles, parece un fantasma, una ninfa del bosque que va a llorar sus penas al borde del arroyo cristalino que estremece la brisa llena de perfumes. ¿Quién puede ser? ¿Quién a esa hora vagará por el parque obscuro? ¿Quién es esa aparición que se detiene ante una cruz rústica que se levanta sobre un montón de piedras? Vamos a saberlo. Es Efigenia, la hija del terrible marqués de Selva Negra, que en ese momento bebe en horrible orgía con sus concubinas en los cráneos de sus siervos. Efigenia, que aprovechando la embriaguez de su padre que canta, en compañía de sus favoritas, báquicas canciones, y ha jurado sobre el puño de su espada encerrar en obscura mazmorra a Armando de la Platiniére, conde de Würbten.

Efigenia ama a Armando, y por eso quiere avisarle que su padre lo persigue y debe huir lejos, muy lejos.... Llora, y se miran rodar sus lágrimas por sus sonrosadas mejillas, como rueda el rocío sobre el aterciopelado pétalo de una flor. Los suspiros hinchan su garganta y cae de rodillas ante la cruz, apoya su cabeza sobre las duras piedras y ora. En este momento cantan las alondras del bosque, y parece que las estrellas brillan más.

Entre tanto, el marqués de Selva Negra sigue bebiendo en el castillo y se oyen las satánicas carcajadas de sus escuderos que cantan:

Bebamos rojo vino placenteros,
Porque el vino a la sangre se parece.

Se oye en el bosque el galope de un caballo; la joven se sobresalta y se pone de pie. Escucha atenta.

¿Será él?

Sí, él es.... Resuena en el aire el canto de una ave, que es la señal convenida, y se adivina entre el follaje que una sombra salta sobre la tapia. Oprimiendo el puño de su daga avanza cautelosamente.... Efigenia sale a su encuentro.

—¿Eres tú? murmura en voz baja.

—Yo, Efigenia.

—¿Vienes solo?

—No, me acompaña mi bravo y fiel Beltrán, el escudero que estará en acecho por si algún traidor.... Y el apuesto joven, apretando los dientes, dirigió una feroz mirada al castillo. Brillan sus ojos en la sombra como los del tigre que va a arrojarse sobre su presa.

—¡Cuán angustiada me tenías! Te esperé en vano y en vano desde la torre miraba el horizonte, no aparecías en él. Creí que se te hubiese tendido una emboscada, porque el duque de Gruyére es cruel y ha pedido mi mano.... ¡Oh, Armando, Armando, dime que me amas, siempre, siempre!

El joven no respondió, había abatido la cabeza sobre el tronco de un árbol.

—¡Ah! dijo levantándola con fiereza, ¿qué me importa la saña de mis enemigos hallándome a tu lado? Pronto éstoy a cruzar mi acero con el que me provoque, y te lo juro, o recibes el corazón sangriento y vil arrancado por mi mano al duque de Gruyére, o el cadáver de Armando de la Platiniére. ¡Venganza, venganza es lo que ansía mi alma, Efigenia! ¡Mía has de ser, pues he prestado un juramento, y sabes que el juramento de un Würbten es sagrado! Los astros que me oyen son testigos de mi cariño. Efigenia, me han visto llorar cuando pensaba que eras

víctima de tu celoso padre.... Y tomando la cabeza de la joven la apoyó contra su pecho, en ese momento se rasgaron las nubes y la luz de la luna iluminó de lleno a los dos jóvenes.

Ella era rubia, su cabello parecía tejido con la luz de la aurora, sus ojos azules como el cielo, que se mira en el cristal tranquilo de un lago transparente, su perfil como el sueño de un pintor, sus labios como la flor del granado y de marfil su cuello, esbelto como la cimbradora palma su talle y vestida con la blanca túnica de las vírgenes. El, blanco, muy blanco, rizados bucles caían sobre sus hombros, alta su noble frente, negros y profundos como los del águila sus ojos, dorado bozo cubría su labio superior, que tenía todas las líneas de la fuerza, y esbelto como un joven Hércules.... y vestía el traje de los caballeros.... llevaba espuelas de oro y espada de grandes gavilanes con puño de oro también, incrustado de piedras preciosas.... A la luz de la luna se diría que eran creación de un sueño de tañedor de cítara.

—¡Huye, mi Armando, huye lejos de aquí!.... —prorrumpió la doncella—a las remotas tierras donde te espera la gloria de los vencedores, yo entretanto lloraré tu ausencia en las sombras de mi estancia y oraré sobre las frías lozas del templo. Te juro por la memoria de mi madre, esa santa que murió envenenada por tósigo fatal a manos de ocultos enemigos, que nunca te olvidaré, huye que te llevas mi alma. —Y la joven sollozando escondió su rostro en el pecho del joven.

—Sí, Efigenia, huiré porque mi rey así lo quiere, pero he de volver. No te olvidaré tampoco, porque —y el joven abatió tristemente la cabeza—porque has sido el amor único de mi vida, y te he dado en cambio cuanto tengo de corazón, Dios nos oye, juremos ante esta cruz que no hemos de olvidarnos... jamás.

—Lo juro.... por la memoria....

—Lo juro por mi honor de Würbten....

La sonrosada luz de la aurora comenzaba a reir por el Oriente, los pajarillos despertaban en su nido y las flores rompían su broche sintiendo las primeras caricias del rocío....

—Ya es hora, parte.... Armando. Y entrelazaron sus dedos los dos jóvenes, se miraron largo rato, y confundiéndose sus alientos y sus latidos en un éxtasis de suprema felicidad, fundieron sus almas en un casto beso.....
.....!!!

AHORA

El alumbrado público es raro por aquellos pobrísimos y apartados rumbos, en los que a las nueve de la noche son un milagro los transeuntes. De la luz eléctrica no existe más que el poste y un farolillo de trementina pende de una cuerda atada al astabandera de una pulquería y una T de palo casi podrido. Al sangriento reflejo de la miserable luz, las sombras se hacen más densas y apenas si tiene intensidad para arrojar al piso un trémulo círculo que arranca reflejos a la superficie espejante de una atarjea a flor de tierra.

Hay un solo gendarme para cuatro manzanas, y allá en lejanísimo crucero brilla la linterna del guardián del orden público.

El silencio es tal, que a dos calles de distancia se escucha el rasgueo de una desafinada vihuela que acompaña a un coro de ebrios que cantan en cierto «tendajón mixto». Un último tren repiquetea sus cascabeles en la esquina, señal inequívoca de que han dado las ocho y media.

Para robo, asalto a mano armada, plagio o cual-

quier otro atentado contra la propiedad ajena, está el tal lugar que ni mandado hacer.

El viento que sopla con fuerza, gracias al despoblado casi absoluto, imita el mugido de lejanos bueyes y arrastra las emanaciones de que se ha cargado en la *viña* no muy lejana.

Enorme y mal oliente tonel con ruedas, se pierde en los obscuros campos, se oye el apagado tañer de una campanilla que el carretero lleva colgada del fajo, somnoliento carretero que, con las riendas de la mula sueltas, canta entre dientes melancólica canción popular.

En la cercana ordeña berrean las terneras, y un perro al que no quieren abrir, lanza medrosos aullidos que imitan, con un dolor que crispa, los sollozos humanos de un desesperado.

Es la miseria del suburbio, la negrura de esos barrios abandonados en que las tapias de adobe se desmoronan, fungen de puertas, mal unidas tablas, se tapan las ventanas con vidrieras de fincas desplomadas y ruinosas. Dispersos jacales dejan escapar volutas de humo, y por las junturas se adivina una hoguera de palos viejos, donde hierve el maiz. Al reflejo de esa pobre lumbre muelen el *nixtamal* las mujeres, en tanto que los niños lloran confundidos con el abuelo, el tío, la prima y el compadre, en el mismo *petate*.

Rondas de desvelados canes emigran al potrero desierto, sobre cuya tenebrosa extensión, se alza el cielo manchado por esas negras siluetas de nubes que ya parecen lejana masa de árboles, ya perfiles de montaña, ya fantástica caravana de monstruos.

Si la luna, una luna pequeña en el horizonte que engrandece el despoblado, baña con su reflejo fosforescente y pálido aquellos lugares, se platea allá la tapia, el farol apagado, el árbol miserable, pero también en la cerca contraria se dibujan negras las sombras de un techo de jacal, de un poste que parece

un hombre o alguna ramazón escueta que finge en el piso las patas de una araña enorme, y más lejos la *viña*, la *viña* inmunda, donde relampaguean las botellas rotas, y los tepalcates de porcelana, la *viña* donde los perros enflaquecidos por el hambre remueven las basuras, royendo un hueso calcinado por el sol, la suela de un zapato deformado por la lluvia o la momia asoleada de un gato hundido en el lodo con el vientre hendido. Siniestro ruido provoca el husmeador mendigo en ese cementerio de los desechos inservibles.

Se necesita ser muy hombre para aventurarse por aquellas callejuelas, donde los perros acometen y los gatos elevan trémulas serenatas al borde de todas las tapias, y sin embargo, hay alguien que se resguarda en la sombra del gran portón de la ordeña, fuma y el clavo del cigarro lo denuncia, tose y los ecos le responden, escupe y el chasquido de la saliva resuena en las losas, con un ruido metálico. Espera, porque ve la hora al fulgor del cigarro, con impaciencia. El gendarme debe conocerlo, porque al pasar e iluminarle la cara con la linterna, le ha dicho:

—Buenas noches, don Antonio, ha dejado la linterna en el suelo, le ha pedido la lumbre y se ha puesto a dialogar para despedirse riéndose, en tanto que el misterioso fumador lanza al aire un silvido: el dúo de los paraguas del «Año pasado por agua».

Suenan muy lejos las diez y cuarto, y como si fuera la hora convenida, se abre una ventana sin barandal, en la casa más decente del lugar, casa que queda frente de la ordeña. Ni una tos, ni una seña, ni un *pischt*, nada.... Aparece una joven envuelta en un rebozo, con vestido de percal, y don Antonio atraviesa la calle.

—¿Carmelita?

—Toño... No hables recio, no sea que oigan....

—¿Pues qué no se ha acostado tu mamá?

—Sí, desde las nueve, pero la oí toser hace un rato y no sea que esté despierta....

—¿Qué estabas haciendo?

—Pues lo de siempre, ya sabes: me quedé en el comedor dizque tejiendo.

—¿Ya vino Pepe?

—No, se fué no sé adonde.... Llega con seguridad después de las once.... Se llevó la llave del zaguán y su capa.... Se salió la criada, así es que manda al muchachito por las cartas. ¿Y tú, por qué no pasaste en el tren a la una?

—Salimos tarde y me entretuvo Marcos, ya sabes que de que lo coge a uno, ni modo.... Si hay días que espero la noche como no puedes figurarte. Ya ves, es la única hora en que podemos hablar a gusto.

—Sí, pero no creas, me quedo con el *Jesús* en la boca, me da un miedo que te vayas tan tarde, por estas calles tan feas....

—¿Qué me ha de pasar?

—Que te salga alguno.... hay gente mala.

—¡Ah que tú, ni que fuera un chiquitito!

—No, pero siempre. El otro día qué tal.... a don Anselmo....

—Será, pero para los que me salgan, mira lo que traigo.

—No la saques, Toño, ya sabes que las pistolas me dan mucho horror. No me gusta que cargues armas: un día se te sale un tiro, las carga el diablo.... ¿Y has pensado mucho en mí hoy?

—Como siempre, ya te lo he dicho: tú eres mí....

—Sí, pero no me toques.... Ya sabes que no me gusta.

—Quería ver tu alianza.

—Pues la puedes ver sin necesidad de cogerme la mano.... ¡tentón!

—Ahora enójate. No sé qué tenga de particular.

—No me enojo, pero eso no es bien hecho. Ha-

blemos de otra cosa. ¿Qué sucede, te vas siempre a Morelia?

—Mañana.

—¡Y yo que te lo creo!

—¡Palabra! He venido sólo a eso, a despedirme, pero me recibes con tal modo, que....

—¡Mentiroso!

—Formal. Hablemos en serio: mira los boletos (echando atrás la capa, sacando una cartera y mostrando los verdes papelitos.)

—Y ahora no voy a dormir. De que tú te vas me enfermo. ¿Cuántos días te vas a estar? (con rostro compungido.)

—Pues no sé, eso depende.... Pero de todos modos, ya estaré aquí la semana que entra.

—¡Dios lo oiga! ¿Qué horas son?

—Déjame ver.... (sacando el reloj y los cerillos.)

—¡No, no enciendas luz!

—¿Y con qué veo? No se distingue.... ¡Vaya, sí! Tres cuartos para las once.

—Pues vete, ya es muy tarde y no sea que venga Pepe. ¿A qué horas sale el tren?

—A las siete.

—He de oir el pito, se oye hasta acá. ¡Anda, vete!

—Pues despídete...

—Ya me despedí....

—No, pero dame la mano.

—No, porque me dejas doliendo los huesos.

—No.... (Con terneza.)

—¡Suelta!.... (Suplicante.)

—Está bueno, me iré sin despedida.... (Secamente.)

—¡Enojón, adiós! ¡Venga pronto! (En un arranque.)

—¡Adiós!.... (Apasionadamente.)

—¿Toño? (Desasiendo su cabeza de las manos del joven.)

—¡En la frente!.... (Suplicante.)

—¡Van a oir!.... ‹Aterrada.›

—¡Adiós!.... ‹A traición.›

—¡No seas así!.... ‹Desconcertada.›

Sonó un beso furtivo, y como su epílogo, estas palabras:

—¿Ya ves por qué no me gusta hablar por la ventana?

.....

.....

¡SI LA NIÑA SUPIERA!

I

Los niños no habían querido ir a merendar al comedor, la vasta pieza era muy fría, molestábales el intenso chorro de luz de la lámpara del centro, y además, les producía un miedo profundo atravesar para llegar hasta él algunas piezas obscuras. En una de ellas estaba la cama y demás muebles que usara en vida su madre, muerta hacía unos pocos meses. Le habían cambiado alfombras, tapicerías, todo, y sin embargo, el olor que nadie notaba, lo notaban ellos, el terror daba a sus olfatos una sensibilidad tal, que percibían una cantidad imponderable de ácido fénico, y el ácido fénico olía a muerto. Así es que las niñas Adela y Marta con Luisillo el chiquitín, se quedaban en un cuarto, acompañadas por las criadas. Tendíase una servilleta en una mesita baja, de costura, y ahí se les servía el café, en tanto que el chiquillo se solía quedar dormido sobre la alfombra, con

la cabeza sobre un cañón de resorte, aplastando un ejército de plomo, y enredados los pies con la cuerda de saltar de sus hermanas.

Todas las noches, desde las ocho, era la misma tarea: acostar a los niños, pero éstos no transigían con entrar a la cama hasta que el sueño materialmente los vencía. De otra manera, fingían dormirse, pero apenas apagada la vela, pedían luz, llorando, entablaban conversaciones bajo las colchas, se sobresaltaban de todos los ruidos e interrumpían su sueño pesadillas y malestares inexplicables. Las criadas sacaban a colación estúpidamente el relato de los *cocos* y *viejos* que habían de cargar con ellos, y la inquietud de su miedo infantil se tornaba en un verdadero terror que se resolvía en llanto.

Nadie sospechaba de aquella servidumbre estúpida, que no era un capricho de niño el no poder dormirse. Las criadas habían olvidado que Adelá, dadas las siete de la noche, con una solicitud de madre buena iba y venía, tendiendo las camitas con las sábanas más blancas y los almohadones más mullidos, que ella en persona servía el café a todos, que acababan por tomarlo en sus rodillas, jugaba para entretenerlos y les contaba cuentos, y después los desvestía uno por uno, les ceñía con el brazo el cuerpecito, y así, en paños menores, los persignaba, los arropaba bien y dejaba un beso en cada una de las frentes de sus hijos, encendía la veladora, y los pequeños, arrullados por el cariño, sabiendo que a un paso la madre leía el periódico, ni soñaban vestiglos ni los tenía insomnes el miedo.

Ellos no se lo explicaban quizá, pero eran precisos muchos días para que olvidaran aquellos juegos, aquellas noches y aquel afecto. Y hasta el chiquitín que hablaba apenas, buscaba por instinto su regazo, y al no hallarlo, se conformaba con cabecear, pero asido a las faldas de Adela chica y Marta.

—¿Te acuesto, *nene?*

—No.

—Ya pitaron los gendarmes.

—Pero si no tengo sueño.

—Anda, te acuesto, si no viene el *pobre* y te lleva....

—¡No!

—Anda, Adela, acuéstense ustedes para que el *nene* se duerma.

—Yo no me he de acostar hasta que no venga mi papá.

—¡Qué esperanza! ¡Sabe Dios hasta qué horas llegue!

—¡Masque!

—Luego viene y si sabe que han estado despiertos se enoja. Anda, te meteré a la cama y cuando toque yo te despierto para que lo oigas llegar.

—Bueno, pero me despiertas, ¿eh? y le dices que desde a las ocho nos acostamos....

—¡Zas, a dormir todos! Y en un momento volaban los trajecitos de merino negro de las camas a las sillas, y se hacía en la pieza el más profundo silencio.

—¿Ya te dormiste?

—No, ¿y tú?

—Tampoco, no tengo nadita de sueño.

—Cállense, porque si hablan *recuerdan* al *nene*, que ya se empezaba a dormir, y luego empieza con que lo pasen a su cama.

La criada se envolvía la cabeza con el rebozo, apoyaba la espalda en la pared y con la cabeza para arriba, poníase a roncar con las más democráticas notas. Sin abrir los ojos, automáticamente se espantaba los moscos o se rascaba furiosamente en los muslos las pulgas que se le subían de la alfombra. Solían irse a la otra pieza, encender una vela de cera que producía intensa luz y rezar un triduo, rosario o novena, que concluía siempre con un *sudario* por la *niña* Adela.

Aquel rumor de oraciones en el mudo caserón, aquellas piezas vacías, los niños incorporándose en el lecho para verse unos a los otros, los trajes de luto, todo el cuadro tenía un sello de tristeza mortal, como si hubiese sido aquel palacio antes tan alegre, tan callado hoy, el teatro de alguna tragedia de amargo desenlace.

Con razón el marido no podía permanecer ni un solo día en aquella casa enorme, la soledad lo ahuyentaba sabe Dios dónde, dejaba a los hijos al cuidado de los criados, y diríase que un remordimiento lo asaltaba al entrar a la asistencia, cuando parecía sonreirle con sonrisa de novia el retrato de Adela con su traje de desposada. Acabó por quitarlo de ahí, substituyéndolo por un grabado que representaba el episodio de una cacería.

Al llegar a su casa en la alta noche, al hallar todos los mecheros de gas encendidos, pero todas las puertas cerradas, al mirar al portero desvelado, abrirle sin rumor, era presa de la sensación del vacío, un irremediable vacío, penetraba de puntillas por la puerta que le dejaban entornada y cenaba solo en aquel vasto comedor, en cuya mesa faltaba un cubierto, el de aquella que sabía esperarlo hasta la madrugada sin un gesto, sin un reproche, pero más pálida, más flaca y más enferma cada día.

Extrañaba su voz y acababa por alejar con repugnancia una cena que olía a manjares entibiados en el rescoldo. Al pasar por la pieza, al mirar que los niños dormían, se tranquilizaba, apagaba las luces y se arrojaba al lecho, un amplio lecho de pabellón azul, sin conciliar el sueño, pensando en lo triste que es una vida de viudo, aunque el amor no una su nota idílica al pesar de haber perdido a una esposa.

No, los niños no dormían, apenas pasaba, entornaban los ojos sin distar, oían todos los ruidos, el choque del reloj en el mármol del buró, el caer de los

zapatos, el mueble de noche depositado debajo de la cama y hasta el soplo que apagaba la vela, seguido del crujir de la cama.

Solían decirse con un acento que helaba y en voz muy baja:

—Hoy no nos hizo cariños.

—¡Si la niña supiera!.... solían decir las criadas.

—¿A dónde irá el patrón?

—Pos al café, al billar, al teatro.

—¿Cómo, haciendo tan poco que murió la niña?

—No, tú, pero es hombre. Siempre los señores tienen qué hacer. Cómo se había de estar aquí encerrado fastidiándose. Si viene a deshoras, pues es porque ve tú a saber.... Luego los trabajos lo tienen a uno hasta la madrugada. Cuando la niña vivía, era lo mismo, pero ella sí, ahí en ese sofá se pasaba las horas enteras cabeceando hasta que él llegaba. Y no creas, se enojaba de verla despierta, pero se lo decía: No puedo dormir tranquila hasta que no llegas.... Y le baba su cena, le tendía la cama, todo. ¿Qué crees que no se le hace pesado llegar y no encontrar ni alma? ¡Podre niña Adelita! Dios la tenga en su gloria.

Esa sí que se fué derechito al cielo. A mí las qne me dan lástima son estas pobrecitas inocentes, porque al fin él es hombre y los señores con cualquiera cosa se distraen.

II

Aquella noche habían dado las once. Seis veces había pronunciado la paciente Ambrosia aquello de: Pues están ustedes para bien saber y yo para mal contar, que este era un viejecito, muy pobre, muy pobre, que tenía una hija muy bonita, muy bonita, güerita, que se llamaba «Flor de Nieve».... Seis

cuentos que formaban el repertorio de la cuidadora, tuvieron boquiabiertos a los tres muchachos. Luisillo se dormía con un cuerno de rosca entre las manos. Secábase el chocolate frío en las tazas, quedaba muy poco de la vela, y fuerza era ya acostar a las criaturas, que como de costumbre, rebeldes al sueño, pugnaban por no entrar al lecho.

Durmiéronse pronto.... y fueron tema de conversación de Ambrosia y Tules, los díceres del portero, a quien un caballerango había contado que la criada de una persona le había dicho que el señor andaba por ahí haciéndole figuras a una que por cierto no servía ni para descalzar a la niña Adela (que en paz descance), pues era cómica.

Con razón volvía el señor tan noche, si estaba tomando copas con ella en la fonda. El portero juraba que todas las noches, poco antes que el patrón entrara, se paraba un coche en la esquina, y le había parecido que todo el rato que estaba ahí, el señor como que se despedía de otra gente.

—A mí me da mala espina, Tules, todo eso.

—Ya lo creo, doña Ambrosita....

—Si el señor se casara, pobres de estas criaturas.

Ya no era tiempo, las tres criaturas, con los ojos azorados, estaban sentadas en las camas, no dijeron una palabra, nada comprendían de todo aquello, pero algo íntimo, algo instintivo les hizo que se soltaran llorando.

—Ahora sí.... ¿Qué tienen ustedes? ¡Vaya unos niños! Si no se callan apago la vela y me voy. Arrópense y duérmanse.... o se los lleva el *pobre* y viene el muerto a jalarles los pies.

Apenas se oía como ese hipo que sucede al llanto debajo de las colchas.

Allá muy tarde se oyó rodar un carruaje, que se paró en la puerta, tocaron el zaguán: era el señor, que subió como de costumbre, encargando que echa-

tan el cerrojo y apagaran el gas. Al entrar a las piezas dejaba una estela de perfume, quizá el de un pañuelo que traía en la mano. No quiso cenar y al atravesar por la pieza tocó la frente de los niños que se hacían los dormidos.

—¿A qué horas se acostaron?

—Ya hace mucho.

—¿Ha seguido mejor Adela de la tos?

—Sí, señor, se le ha quitado con el azufre.

—Hasta mañana.

.....

—¿Qué le dije, doña Ambrosita?

—¿Qué?

—Me acaba de decir Tomás que venía en el coche con una....

—¿Oiga?

—Que dizque le dijo al despedirse «¡Adiós, tú....»

—¡Si la niña supiera!

Entretanto los niños.... ¡Aquella noche les había hecho un cariño su papá, y sin embargo seguían llorando!

ר

UN OLVIDADO

A Francisco de Anda.

El peristilo estaba casi desierto. Dormitaba el recogedor junto a la caja de los boletos, envuelto el cuello en una bufanda y con los brazos cruzados beatíficamente sobre el abdómen. En la Contaduría, vivamente iluminados por un quinqué, el dependiente y un actor que no trabajaba, parecían contarse algo muy interesante. Dos o tres revendedores husmeaban al comprador o donante de una *vuelta*, y un desdichado, de rodillas en el suelo, doblaba los grandes anuncios de la función próxima. Todo parecía dormitar en aquellas altas horas; y a veces de cuando en cuando se escapaba del salón el eco lejano de un aplauso o dos o tres notas de una frase musical. Dos individuos vagaban como moscas desveladas, el uno releía por vigésima vez el reparto de la ópera de aquella noche, y el otro pasaba revista a los retratos

de la *troupe*, deteniendo su mirada en cada uno de ellos largo rato.

Una pisada, un silbido del gas, un mozo que bajaba las escaleras de la galería, resonaban en el silencio con gran sonoridad, mientras afuera, bajo el dardo fino de una lluvia tenaz, los caballos de los coches piafaban, sacudían las cabezas haciendo resonar las cadenas de sus arneses, o cesaba su inquietud tras un latigazo o un *¡oh!* disgustado del cochero.

En la cantina casi no había gente, allá, en un rincón, un viejo americano leía un periódico frente a un vaso de cerveza Pilsner, recargados al alto y tallado mostrador de nogal y mármol, tres individuos medio iluminados concluían la quinta copa, agarrábanse de la barandilla, abrazábanse por el cuello tambaleándose de cuando en cuando, mal puesto el sombrero, desvelados, vaga la mirada, torpe el ademán y pastosa la palabra.

—Yo pago....

—No, hombre....

—Que yo pago....

—Favor de que a mí me toca.

—No, a mí.

—Pues entonces a ver qué toma.

—Hombre, ya es mucho.

—¡Qué mucho! A ver, mozo.

—¿Qué toman ustedes?

—Lo mismo.

—Dos cogñacs y un wiskey.

Casi perdidos en la sombra platicaban dos sujetos, un borrachín que gorreaba copas en todos los billares, cantinas y tiendas, y el mismísimo Menocal, de gratos recuerdos en la crónica teatral.

Nadie lo hubiera conocido con aquel sombrero de pintor italiano, de anchas alas, anteojos de oro y enormes patillas grises y revueltas, había engordado mucho y parecía descuidar el aseo, una camisa blanda

por el uso, abrochada con un botón de acero, sin ribetes y con los ojales rotos el chaleco, y una gran levita de amplios faldones, chorreada de grasa en las solapas. Y aquel era el hombre fino, aquel el gentleman correctísimo, el héroe de galantes aventuras en sus buenos tiempos, en aquellos tiempos en que desde la escena hacía conmover los corazones de pudibundas doncellas y mujeres formales. Si lo hubieran señalado, nadie hubiera creído que aquel Menocal avejentado y sucio, era el mismo cuyo nombre aparecía en grandes cartelones, se leía en todas las revistas y era en los labios de un público que él había fascinado, símbolo de arte y de talento.

Hay gentes que recuerdan la voz del sublime tenor, y se enternecen todavía tarareando algún compás de ópera antigua, que les trae a la memoria un teatro pleno, un actor idolatrado y un verdadero frenesí de los que suspensos oían con toda el alma una nota filada delicadamente, un trino de cristal o un crescendo rumor de tempestad que provocaba ardiente, loca explosión de aplausos que sofocaban las dianas entusiastas de la orquesta.

¡Ay! ¡Pero las laringes y la gloria viven lo que las rosas: un solo día! Sean los excesos, sea el alcohol, el cansancio, la edad, fueron suprimiendo las notas aterciopeladas, la agilidad, la dulzura de aquella voz, para la que faltaron epítetos a los cronistas de la época.

No supo morir, no se separó de la escena a tiempo, no enmudeció en ese cuarto de hora que decide de la celebridad perpetua, sino que hizo palpar su decadencia el gran interpretador de trágicos tipos, diciendo romancitas sentimentales en conciertos sin público, en reparticiones de premios y en veladas caseras. ¡Ah! los que así degeneran, causan la impresión de un Homero, que tras la Iliada, se pusiese a componer pedestres epigramas, un Ticiano, a iluminar grabados de periódico, y un Miguel Angel a mo-

delar ratoncitos de migajón. Y después de maestro de solfeo, de director de coros escolares, fué poco a poco caminando a ese destierro, a ese ostracismo cuyos sentenciados se ven humillados por los más imbéciles empresarios, se les relega al olvido de una casa de vecindad, ahí en ese último refugio, donde la nostalgia del arte es una enfermedad de muerte.

Pero, a pesar de todo, quedábale un consuelo: el lejano reflejo de los triunfos pasados, la evocación de verdaderas apoteosis y el respeto de algunos rarísimos devotos que lo saludaban con respeto, diciéndole que como él no había pisado otro un escenario.

¿Hablarían algo de aquello en la mesilla de la cantina, frente a la esmeralda pálida de un *Pipermint* con *Seltz?* Quizá, porque el viejo Menocal discutía en voz baja, sólo sonreía con burla y mal disimulaba en algunos momentos una amargura que se pintaba en el pliegue de su boca amoratada.

Aquella noche se estrenaba un joven tenor.... un tenor bonito: hermosos ojos, una barba nazarena blonda y sedosa, muy blanco y con unas magníficas pantorrillas, no tenía mala voz y sí poseía un buen registro agudo, dicen que era distinguido en sus maneras, no carecía de *vis cómica*, y, sobre todo, cerraba los ojos de un modo romántico, casi arrobador, en los *dolces*.

Por él estaba el teatro pleno.

Concluyó el primer acto, encendíanse los cigarros a la salida, y un verdadero alud acudía a la cantina, los tres mozos y el dueño, encasquetado el rojo *tarbuch*, podían apenas servir, haciendolo de prisa. Y en aquel vaivén, en aquel rumor sordo del que se destacaba el duchazo de los sifones, el agitar de las cucharillas y el chocar de copas y vasos, dominaba el nombre Codini, del debutante. ¡Qué voz, oh, qué voz.... qué voz! Y cerraban los ojos para elevarlos después al cielo, como si con ello quisieran con-

memorar los acentos de ángeles y serafines!....

—Jamás hemos oído cosa igual....

—No, si es sencillamente sublime.

—¡Y qué ovación!

—¡Ah, esta escuela moderna!

—Jamás....mucho he oído, murmuraba un viejo, pero como este....

—Sí, amigo, hubo uno mejor....

—¡Ah, ese sí que era cosa buena, todavía me acuerdo....Menocal!

Y Menocal a un paso cerraba los ojos, limpiaba precipitadamente sus quevedos, y como si fuese vergonzosa debilidad un arranque de amargura y gratitud a la vez, se restregaba los párpados como si se le humedeciesen por la intensa luz del reflector, pero nunca por las lágrimas. Su disimulo era inútil, porque nadie, ninguno de aquellos lo hubiera reconocido: eran de otra generación.

EL FUSILADO

Al señor don Enrique de Olavarria y Ferrari.

El alba, un alba de expléndido colorido, comenzaba a dilatarse derrochando sus toques en el horizonte.... Allá flotaban los indecisos contornos de la bruma, destacados apenas en los matices delicados de las manchas de claridad en un fondo gris azulado que evocaba el recuerdo de las irisaciones del nácar. En la banda rosa del amanecer, la nube se teñía como un fantasma ensangrentado, como una túnica de novicia iluminada por un reflejo de incendio, errabundo Proteo que al capricho va del aire, ya pálido encaje, ya vivísimo copo que se disolvía por fin en un lago de blonda claridad. Una orla de lila invadía las fronteras dudosas de la noche, en cuyo fondo sombrío, llama de plata, la estrella del Boyero parpadeaba para perderse.

Y bajo aquel kaleidoscopio inmenso, bajo aquel poema matinal de la luz indecisa, como un contraste

despertaba la ciudad dormida, masa de sombras do se adivinaba sobre la confusión de los techos una silueta de torre o la curba armoniosa de las cúpulas, pero la luz no redimía la miseria del suburbio, que ruido por ruido, comenzaba a pulular tras el primer silbato de la fábrica, el primer repique de un campanario de parroquia y el dilatado clamoreo de los gallos, esos heraldos de la diaria fatiga.

Y la mirada, que veía una Beatriz de cándida veste en cada nube, la mirada, que languidecía perdiéndose en el Levante, olvidaba la ternura de los cielos ante esa mancha roja, la flama que pugnaba por brillar en la cárcel de vidrios opacos de un farol de suburbio aún encendido, contrastaba la tímida claridad de la madrugada, violentamente herida por las bandadas de luz que arrojaban a la acera las lámparas de petróleo de una panadería y de una tienda, ante las cuales con grandes canastas tiritaban los pilluelos.

Mal envueltos y tosiendo, barrían y regaban los porteros, un vendedor de te atizaba las brazas de la enorme cafetera en forma de casa, y un jaletinero pregonaba su mercancía con voz cansada.

El suburbio despertaba: la alborada creciente cincelaba con finísimos detalles aquel enjambre de casucas con techos de paja erizados de barbas, las barras torcidas de humildes palizadas, el poste encorvado que sostenía un farol roto, un árbol enfermo, un fleco de tules tendido de una pulquería, el santo de piedra de una esquina, y allá en lontananza, en el fondo del cuadro, cual si flotara como un islote de escoria en las incandescencias, envuelto por las nubes se erguía un crestón de montaña.

Las carretas escandalosas salían de los corrales, un mayordomo con bufanda y a caballo vigilaba el desfile, vaciaban en la banqueta el agua sucia de un figón, y una familia con blusas de viaje cerraba de

golpe la portezuela de un coche de alquiler, cargado en el pescante con un baúl maltrecho.

Numerosos peatones se dirigían al potrero cercano, eran los vecinos del barrio, desmañanados y que ya silbando, ya cantando o dialogando en voz alta, escandalizaban a las calles silenciosas. Allá a lo lejos, rumbo al centro, se adivinaba una masa negra, algo como una ola obscura que se adelantaba coronada por cortas flamas, que recordaban un trigal herido por el sol: aquel puntilleo eran las bayonetas de los soldados. Llegaban las primeras tropas. El rítmico marchar tenía algo de extraño en aquella hora, pronto se divisó un oficial a caballo y después la infantería con uniforme de gala, en cuyo fondo obscuro brillaba el metal de los botones.

Nuevas caravanas de transeuntes invadían las aceras, su andar era precipitado, la fatiga cortaba sus diálogos, bajaban al medio de la calle y rodeaban a la tropa, al parejo de ella, trotando, con el rebozo caído y el muchacho a la espalda, con grandes sombreros anchos, las soldaderas los seguían, escoltadas por sus perros que, locos, contentos, con la lengua de fuera, inquieta la cola y el paso ligero, esquivaban los puntapiés y los pisotones.

Algunos balcones y ventanas se entreabrían, caras descoloridas asomaban tras alzados visillos y en los zaguanes y dinteles de accesorias aparecían hombres curiosos envueltos en una frazada o en una manta, niños en camisa y mujeres friolentas.

Muy lejos sonaba una música, dominando un rumor creciente la caballería, que se acercaba al paso, confuso rumor de pisadas de herrados cascos, choque de vainas y sables, sonar de guarniciones, estornudos de caballos y voces de mando. Nuevas tropas se les unían en las bocacalles para formar no sé qué pulular en forma de serpiente, largo cordón obscuro erizado de puntas metálicas.

Bien podía saberse lo que aquel aparato significaba, porque en todas las conversaciones se decía que en el llano, en el llano poco distante, iba a ser fusilado el corneta Margarito López.

Ya era de día. Un último harapo púrpura, un celaje bagabundo se perdía en la postrera raya de áurea transparencia. El sol retiraba su clámide de oro de las cosas, dejando al cuadro toda su pobreza. Ya podía verse la fealdad del arrabal, ese muladar de casas vetustas y ruinosas, las empolvadas paredes, las callejuelas tortuosas, la zanja a flor de tierra, surcada por esas vegetaciones pálidas, esa enfermedad que se nutre de burbujas venenosas y de aguas hediondas que se teñían de negro, olían a alquitrán y arrastraban irisados manchones de grasa al recibir los desechos de una fábrica de gas, la corriente entonces se hacía lenta, las ondas eran viscosas y se arrastraban con pereza, serpeaban entre bordes deslavados, y a lo lejos, al reflejar el cielo de la mañana, se tornaban en brillante galón de un azul delicadísimo.

Volutas impuras se desprendían de los techos de los jacales, el perro, confundido con cerdos y gallinas, el perro salvaje, el perro hosco de rancho, el husmeador del muladar, inquietado por la muchedumbre, lanzaba un ladrido pertinaz y desesperado.

En pleno llano se levantaba del suelo una nube de polvo sofocante, y crecía para envolver a la muchedumbre, de su seno gris no surgían más que el busto de los soldados, la grupa de los caballos y el aleteo rojo de las banderas. El populacho seguía con chiflidos el compás de un paso doble que tocaba la banda. Y la multitud que desbordaba las calles estrechas, se perdía como una mancha en la inmensidad de aquel llano monótono, seco, trágico.

Vasta extensión gris donde rastreaban miserables e hirsutos pastos, carbonizados allá, muertos más lejos por la lepra blanca del salitre u orlados por amari-

llenta peluza. Un montículo de tierra, la osamenta de un asno, blanqueada por el sol, una planta enana, interrumpían aquella mansión de tonos cadavéricos de una tierra infecunda, asoleada, muerta. A la derecha, entre doble hilera de chopos escuetos, corría la vía de un ferrocarril, plataformas, furgones color de ocre y vagones abandonados, cubrían la fachada de una estación con techo de lámina, a la izquierda se alzaban los bordes de una zanja, trepados por taciturnas ortigas de flores anémicas y terrones de lodo endurecido, de donde colgaban resecas espadañas, que enmarañadas en las grietas hacían pensar en las cabelleras de no sé qué muertos mal enterrados.

Y en el fondo del paisaje, como si fuese una ruina, se erguía la Escuela de Tiro, aun no concluida, por el ojo de un arco se miraba un trozo de limpio azul y un vellón de nube, única nota serena y dulce en aquella soledad patética.

Las ráfagas refrescantes de la mañana pronto se calentaban en aquel suelo bañado de sol. Las tropas, empolvadas, formaban el cuadro, la plebe trepaba a las eminencias, se echaba por tierra y lanzaba comentarios al aire libre. Veíanse pulular puntos negros en la lejanía, sombreros de palma, las manchas de color vivo de una frazada, la blancura de una manta, el azulear de los rebozos de las mujeres.... coches de sitio con gentes hasta en el pescante, jinetes al galope, toda esa abigarrada pléyade que denuncia las ferias, las grandes paradas y los desórdenes.

Niños rojos de fatiga, con el sombrero en la nuca, la corbata deshecha, las medias destacadas y caídas sobre el zapato, blanco de polvo a manera de polainas, jadeantes y empapados en sudor, querían ver, metían la cabeza entre dos espaldas de lépero, se abrían camino con los codos, se aventuraban entre las ancas mismas de los caballos, que se estremecían cosquilleados por la vaya que tenían atrás. Los que

llevaban reloj decían que ya la hora se acercaba, y todos miraban con impaciencia, la menor polvareda hacía correr un estremecimiento en aquel mar humano, todos se empujaban, se empinaban para ver, un señor de edad se subía sobre los hombros a un niño rubio, en cuyas pupilas de un límpido azul se adivinaban mil preguntas, otros abrían quitasoles blancos, las mujeres, sombrillas de color, mientras que los jinetes se paraban en los estribos dominando aquel mar de cabezas, un pilluelo atrevido había logrado que lo dejaran pararse en el techo de un coche, y sus amigos, para no fastidiarse, apostaban a quien tiraba más lejos una piedra.

El calor crecía, el sol picaba, las mujeres hacían de sus rebozos una capucha protectora, algunos varones improvisaban con el pañuelo un quitasol, o secábanse la frente y el hule de sus sombreros, dándose aire con éstos. Las posturas denunciaban el cansancio, parábanse todos en un pie y los despreocupados, por último, tendían un paleacate en el suelo y se sentaban abrazándose las rodillas.

De la estación cercana se escapaban algunos ecos: el soplo intenso del vapor de una locomotora, sonoros martillazos, silbatos de aviso y una máquina lista a partir, sola en medio de la vía, llamaba la atención de los curiosos. Brillaban, heridos por el sol, el émbolo, la campana de bruñido bronce y las cintas de cobre, un hombre, una mancha con blusa azul, aceitaba las ruedas, tras dos cortos silbidos avanzó lentamente, sonando su campana: iba a quitar de la vía unas plataformas cargadas de piedra.

Ya se había formado el cuadro, un inmenso cuadro, rielaba la luz en el metal de las armas y de los uniformes, interrumpían la corrección de las filas alineadas los tambores e instrumentos de los músicos por tierra. Los oficiales un paso al frente, los jinetes que recorrían la línea, y sobre las cabezas los

guías rojos y las banderas. Un punto negro, un perro, se había deslizado hasta el centro, quizá le espantó hallarse en aquella extensión, cerrada por una muralla humana, que echó a correr desesperadamente en medio de la atroz sechifla del populacho. Y allá en el fondo se erguía un montículo, el lugar donde paraban a los reos, no sé qué planta carbonizada lo coronaba. Se abatían en ella algunas aves juguetonas, que parecían las flores negras de aquellas ramas escuetas y torcidas.

¡Ahora sí!.... Hubo un largo estremecimiento, sonó una corneta, después otra y fueron corriendo los toques y oyéndose más débiles a lo lejos.... ¡Sí!.... Allá, envuelto por el polvo, venía un coche escoltado por la Gendarmería Montada, al galope, y detrás, callendo y levantando, una ola de pueblo.... El desorden era incontenible, los caballos se encabritaban, los cuellos se tendían y de las secas bocas se escapaba un soplo jadeante de curiosidad y de emoción.

Fué una rápida aparición, el coche pasó a la carrera, en medio de un murmullo que crispaba por su significado, apenas se podía ver el sorbete de un repórter en el pescante, dentro del coche un soldado sin kepís, rapado a peine, con los ojos bajos, un fraile muy pálido con un crucifijo en la mano, y el puño de la espada de un militar, el vehículo se detuvo a lo lejos. No había en aquel momento más que un solo latido en la inmensa multitud, una sola respiración, una sola mirada intensamente fija en aquel montículo donde los pájaros retozaban.

El silencio era absoluto.... el eco repetía los gritos del Mayor que notificaba a la guarnición la pena que iba a sufrir el corneta.... y se oía muy claro el rodar de la máquina, que volvía sonando su campana y resoplando, aquella campana lenta adquiría sonoridades elegiacas.

El coche se alejó, vióse un grupo de gentes vesti-

das de negro frente al montículo, un hombre pequeñísimo por la distancia, al que abrazaban.... una hilera de soldados, un oficial que producía un relámpago con la espada.... después fingía un a fondo, seguido de una descarga desigual.... un hombre que caía boca abajo, y entre la blanca humareda teñida suavemente de azul, la parvada de los pájaros que volaban azorados del montículo lanzando sus trinos y yéndose a posar en un alambre de teléfono.

La máquina se había enganchado a los vagones.... la campana volvió a sonar y se vió el desfile de los carros en cuyas ventanillas se destacaban los rostros de los pasajeros.

Las tropas desfilaban frente al fusilado, y al grito de ¡vista a la derecha! del oficial, respondió la despedida del silbato, tan agudo grito, tan intenso ¡ay! que parecía un sollozo desesperado....

Un perro olía las manchas de sangre, y un oleaje bárbaro rodeaba un carro de ambulancia, todos corrían tas él, y en la muchedumbre, como un animal perdido, una mujer galopaba desesperada, llevando a la espalda un niño que reía tirándola de las trenzas, no sollozaba, lanzaba desesperantes alaridos, sacudida por el dolor, convulsa y bebiéndose dos hilos de gruesas lágrimas....

La máquina silbó en la curva una vez más, y su penacho de humo, después de flotar lento en el aire, se abatió en el llano bajo el sol espléndido de un día alegre.... azul.... primaveral.

"YES"

Al Lirio

¿A dónde irá? La emoción, una gran emoción parecía espolearlo, se detuvo un momento frente a Palacio y frunciendo los párpados a lo miope, procuró ver la hora en la carátula iluminada interiormente del reloj. Nada lo detenía: el ir y venir de los coches, la llegada de los trenes que desocupaban los pasajeros para que otras gentes los tomaran por asalto en medio de mil ruidos, las bocinas, los cascabeles de las mulas, los campanillazos del conductor anunciando la partida y el chirrido de las ruedas en las curvas. Raros vendedores levantaban sus puestos y poco a poco se quedaba solo el enorme cuadrilátero, los focos lanzaban su claridad, iluminando crudamente el pobre follaje de los arbolillos del Zócalo, en el kiosco una banda daba comienzo a un potpourrie de una ópera italiana empalagosa, él se detuvo a oir y

aun tarareó un motivo, no era, pues, un dolor el que que así lo impelía sabe Dios dónde.

Algunos artesanos con paraguas daban vueltas por las estrechas callecitas, retardados viejos terminaban su disputa políticoreligiosa en una banca de hierro y un nevero de brazos y piernas desnudas, poniéndose la mano tras la oreja, lanzaba al retirarse el último grito: ¡canutoos nevados! Una vendedora de turbias aguas frescas acomodaba los vasos en un cesto y un mendigo, sin piernas, se arrastraba por el mármol lanzando plañidera súplica.

De las iluminadas calles de Plateros salía de madre doble cordón de gentes de todas clases y categorías, que se retiraban a sus casas, después de haberse detenido en los esplendentes escaparates. Señoras de capota, señoritas que reían, viejos de paso tardo, lechuginos. . . . ese público de las horas de movimiento indescriptible y bullicioso.

En los mal iluminados portales la multitud se codeaba, enjambre gárrulo de pilluelos corría, como si les sirviesen de alas los periódicos húmedos aún que voceaban, tristes lámparas de petróleo iluminaban los puestos de dulces baratos, más tristes al compararlas con el incendio de lámparas incandescentes que en una sombrerería arrancaban chispas a los galones y toquillas de los sombreros charros, la gente pobre formaba bola ante una joyería de alhajas falsas mirando el autómata de un reloj, los de estómago fuerte comían carnes frías de venta en un zaguán tapizado de sábanas, y en medio del ir y venir incesante, abriéndose paso con andar rápido, una costurera atravesaba, seguida al disimulo por un viejo de capa con vueltas púrpura, secretario de una sociedad católica. Y el individuo aquel no se intimidaba, seguía avanzando sin fijarse en nada, contestó dos o tres saludos. ¿A dónde irá? ¿a alguna reunión casera? Pero era demasiado temprano y se leía en su

rostro una honda preocupación que lo hacía saludar de prisa y evitar los encuentros.

¿Habla solo? Solía sonreir, no eran, pues, un enfermo, un quehacer penoso los que lo hacían dejar sin una mirada a aquel grupo de señoritas que esperaban un tren..... Una avalancha de funcionarios públicos, cargados de rollos de papel, salía de una cantina hablando recio, y una infeliz, una casi anciana obesa, atraía con su dulce menear la atención: era una de esas pintada a la aguada que arrancaba de una señora respetable que iba con su marido, un:

—¡Vaya una antipática!

Ponían las tablas de algunas casas de comercio, en la bocacalle atravesaban grupos que iban al teatro, porque las señoras llevaban flores en la cabeza y abrigos de color..... ¿Iría el peatón al teatro? No, se conformó primero con ver el enorme programa y después se metió a la cantina para encender su cigarro en una lamparilla.

—¡Adiós, Salas!

¡Ah, se llamaba Salas! ¿Por qué huía de los amigos que lo saludaban cariñosamente? ¡Vaya usted a saber! Y andaba recio, he ahí que se ha llevado tres calles sin parar, que ha dado un empellón a una mosca desvelada de tapalito que ha querido detenerlo.

Ahora sí, afloja el paso, comienza a entrar a las calles solas, y ahí como que da rienda suelta a su nerviosidad, porque gesticula, hace ademanes y ve la hora en una tienda. ¿Será temprano aún? Ya no se precipita....

¿Qué puede atraer así a un muchacho soñador como ese? Va a llover, ¡ni una estrella! En el negro de la noche siluetas más negras aún parecen descender, allá en el lejano Sur, relámpagos descoloridos destacan un segundo el rebaño de nubes amontonadas, si, va a llover, ya sopla un vientecillo mal oliente y caen las primeras chispas..... No le importa,

tiende la mano, mira al cielo amenazante y prosigue Salas su caminata.

Se ha estremecido, en una calle obscura, pegados a la pared, se besaban dos del pueblo, les ha lanzado una mirada de cariño envidiándolos. Lo ha hecho saltar el ladrido de un perro que salía de una casa de vecindad a todo escape, persiguiendo a un muchacho que llevaba una canasta vacía y que se mete a una tienda chiflando.

Ahora sí, se ha detenido, voltea, parece presa de vaga angustia, tira el cigarro, enciende otro temblándole las manos, avanza vuelve sobte sus pasos, suspira fuerte porque se ha fatigado, se echa el sombrero atrás y se seca el sudor..... escupe..... más bien quiere escupir, pero no puede, tiene la boca seca.

Parece que se dice: ¡ánimo! y avanza con resolución algunos pasos, pero lo acomete inesperada cobardía, y helo ahí, indeciso, junto al torcido poste del teléfono..... ¡Eso es, de una vez! Paso a paso se adelanta procurando perderse en la media vara de sombra que arrojan al piso las cornizas de las casas, mira a la acera de enfrente, se refugia en un zaguán, silva muy quedo..... ¿Mira a aquel balconcito pobre? ¿Ahí, al verde, al que tiene una palma bendita atada al barandal, y una cortina rayada de rojo, recogida fuera del mismo? Se adivina el globo deslustrado de un quinqué tras los visillos. Es poeta, sí, es poeta, ha palidecido, devora con ansiosa mirada ese cuadrilátero de luz, torna a silbar, ha pasado un bulto que lo ha hecho sacudirse de pies a cabeza ¡oh felicidad! ahora sí es cierto: una sombra chinesca alza la cortina, es un talle de mujer, ¿qué dice con señas?.... Ha desaparecido y entonces automáticamente se lleva la mano al bolsillo, así, ahí está una moneda, un capital para su pobreza.... Ahora observa la entrada angosta, el zaguán mal ilumi-

nado..... Sale un mozo, dos niños después que corretean gritando, y por último una vieja ¡esa es! Sí, es ella, se pasa de frente, pero a la vuelta se detiene, él la alcanza.

—¿Qué hubo?

—Aquí está..... (Es un sobre diminuto el que le entrega.)

—Tenga usted..... (Dándole una peseta con aire vergonzante, como se da el dinero a los médicos.)

—Gracias..... y ya me voy.

—Dígale que..... que..... No le diga nada..... Sí, oiga.... siempre dígale que le escribiré mañana.... Adiós.....

Ha comenzado a llover, se estrellan en las baldosas gruesos goterones, no le importa, lo único que quiere es llegar bajo del foco..... Ahí rasga el sobre.... lee.... nada le importan las disculpas.... no, busca una sílaba..... ¿Lo quiere o no? Sí, dicen dos letras mal hechas pero claras, y las mira horas enteras sin que le importe que la lluvia lo empape.... sí, sí, sí lo ama, sí, sí, sí, repite él con acento descompuesto.....

¡No sabía lo que significaba esa sílaba leída con el alma por la primera vez!

DURA LEX

A Manuel J. Othon.

La ciudad se esperezaba. Regaban y barrían las calles que, bañadas de sol, fingían facetas de oro en las piedras empapadas. Arrastraban bestias perezosas los primeros trenes, vacíos hacia el centro, somnolientos los criados se dirigían a la compra, y un rosado tono, un matiz que sólo tiene en su paleta la mañana, hacía de los fondos iluminados constelaciones de flores y de cada arena una chispa.

Pero en aquella hora en que todo, todo parecía revivir con brillante frescura, se atraviesan las callejuelas tortuosas del arrabal, allí donde la banqueta y el arroyo se confunden, se escapa de las accesorias el aire confinado como una bocanada de gases calientes, saturados de olor humano. Asoma el lépero que no se lava, la hembra sucia, el niño enlodado,

y de las casucas, como de una gusanera, salen de todas direcciones el jornalero y el artesano. Inmundos recipientes de barro con una escoba dentro interrumpen el tránsito al borde de la acera, se echan al sol los perros que se espulgan y los gatos aprovechan los rincones tibios para dormitar unos instantes más. Aquellas gentes ven con desconfianza al transeunte que no porta frazada, y al mirarme leía yo que sus ojos decían con cierto fondo de antipatía: ese va al fusilado. Y en verdad, una curiosidad mal sana me impelía a ese desenlace de tantos obscuros plebeyos cuyo nombre sólo se conoce cuando lo hacen repetir las crónicas patibularias.

Sí, iba al fusilado y precipitaba el paso, porque ¡me avergonzaba de pensar en ese síntoma de maldad! quería ver, no sólo el acto supremo, sino los preparativos y precipitaba la marcha satisfecho, porque me interesaban aquellos cuadros y escenas que encontraba en la calle y nunca había visto. La mandadera que saluda al gendarme, la enamorada pareja trasnochada, que con un último resto de embriaguez, va sabe Dios a dónde, el bullicio de las panaderías que arrojan a la acera el olor caliente de la sabrosa hornada, la agitación de la tienda, la limpieza de la pulquería y el lento abrirse de las correctas boticas. Más allá, en la plazuela, la vacada, el dueño, envuelto en su frazada vistosa, frente a pequeña mesa ennegrecida por el roce de las monedas, los botes de lata llenos a medias de tibia leche, copos de espuma se pegan a las paredes, allá sobre plastas de majada, las vacas dulcemente echadas, inquieta la ternerilla y más lejos la madre, inmóvil, juiciosa, con los ojos serenos, dormidos, atadas las patas y el peón, con diestras manipulaciones, ordeñándola, los dardos de la leche cayendo en el ahumado jarro de una criada que lo sostiene en cuclillas, mientras otros domésticos en torno charlan con la canasta vacía, el trasto

listo y apretados los centavos en la mano cerrada. Más allá tres cerdos escandalosos gritan empeñados en no salir del fango, guiados a chicotazos por un tocinero, el indio vocea mantequillas y sólo los balcones cerrados, los zaguanes entornados, la soledad de algunas calles hacen pensar que es muy temprano, pero que ha amanecido antes que otras veces.

Ya se ven los altos muros de la cárcel aterciopelados por el musgo sombrío, las ventanillas de las bartolinas y el garitón del centinela..... llegamos. Un tren especial se detiene, algunos curiosos vuelven sus miradas al edificio siniestro. Abren, se atraviesa por frente a la guardia, todo está en silencio, en una mesa hay centenares de manojos de llaves, ¡una sola valdría la libertad! Escápase un acre olor del locutorio enrejado, rastro de la gente sucia que se ha reunido allí la víspera, día de visita, la luz del día se transforma, ya no es la onda de oro festiva que teñía los techos y los árboles, no, el día palidece, alumbra apenas en esos patios húmedos, en esos pasadizos angostos llenos de rejas y letreros de juzgados, de trecho en trecho parpadea la luz de un farol que se han olvidado de apagar, ni un rumor, ni un ruido que delate la presencia de esos miles de infelices que se revuelven en las galeras con la inquietud del despertar, sólo los pasos de la caravana en las baldosas que repite el eco, la tos de un empleado con bronquitis o el arrastrar de la espada de un oficial. Algunos presos acabados de levantar, presos decentes con camiseta, levantada la solapa del saco, dan los buenos días, y a lo lejos, al final de un callejón, se mira una hilera de tropa, un grupo de oficiales, un fraile, paisanos que están frente a una pieza: la capilla.

Hay conocidos, pero no se les saluda, sólo una cosa se desea: conocer al reo. Se espera uno hallarse con un hombre pálido y tembloroso, emocionado,

no, el reo es ese hombre vulgar de sombrero ancho, envuelto en una frazada gris, enciende un puro y tose, y sin embargo, ¡qué crispamiento sacude el corazón ante esa pieza desmantelada! cuando se mira la llama larga y tranquila de dos cirios que arden frente a un Cristo en el fondo de una cortina de seda, sobre el ara improvisada el misal cerrado, el cáliz en un estuche, un grasoso breviario y las vinajeras de cristal, la cara serena del sacerdote que toma un aire trágico cuando se acerca el reo, la mesilla donde se hacinan una botella vacía, una taza con heces de café, el sombrero y el bastón de un miembro de la Sociedad Católica que no descansa un punto, da órdenes, todo lo prepara, llama a los padres, cruza palabras con el encapillado, saluda, todo con la precipitación del que no tiene tiempo que perder.

No reina ese fúnebre silencio de las novelas, por el contrario, no sé qué inquietud, pasos que van y vienen, trozos de conversación, toses, escupitinas y el rítmico paseo del centinela de vista, producen un ruido particular.

Con la espada entre las piernas cuenta algo un oficial sentado en una banca, todo el mundo lo rodea pendiente de sus palabras, circula un cerillo, los cigarros se encienden, relata escenas de la vida privada de un presidente difunto. Allí un repórter en un sobre roto y sucio apunta con abreviaturas los datos que le dá un empleado: cenó con apetito, durmió bien, comulgó con recogimiento, fumó dos puros que le regaló un señor Ordóñez, pidió agua, se ha paseado varios ratos, preguntó por sus hijos, escribió una carta a su amasia, no tomó en el desayuno más que media pieza de pan, precisamente una rosca, habló mucho con el padre ese, el que está hincado ante el altar con la frente pegada a los manteles, el del solideo. Los que tienen relojes miran la hora, falta poco y llegan más y más curiosos a la carrera, res-

piran cuando ven que todavía no lo sacan y todos se preguntan lo mismo, y se relata de nuevo la serie de pormenores interesantes.

Sólo un sargento, un tipo vulgar, parece preocupado, sí, él comprende todo lo amargo de esos minutos, al estar cerca de ese lujo de la ley social, él sabe cómo la miseria, la ignorancia, las humillaciones, el hambre, como olas impuras, impelen del lecho del incesto y la mancebía, a un rebaño que vive en el fango, al hombre hecho animal por la pobreza con todos los instintos del bruto, degenerado, inconsciente, que parece nacer para que se le suprima en el nombre de una ley inspirada en la barbarie, pero nunca en los principios de redención, que hacen del asesino un enfermo y del abyecto un ejemplar más de las monstruosidades que engendra la promiscuidad de la plebe. Ese foco de corrupción donde el ebrio, el hambriento, el sifilítico, el ignorante, la perdida, el consanguíneo, todos depositan su virus para formar el instinto depravado de esos infelices hereditarios, para los que, no lo saben, pero es un gran consuelo la muerte.

Ese soldado obscuro comprende lo que el miembro de la chusma significa, en su profundo desamparo, para él no hay mano salvadora, no hay mano que bendiga, mano que desvíe de la senda tenebrosa, no: sino es otra que se llama omnipotente y justa y que pone en manos de un hermano el fusil de las ejecuciones. Y yo tiemblo, a mi pesar, cuando medito: ¿y estos qué pensarán, qué sentirán cuando cumplan con la consigna de matar, cuando se les adiestra para que la bala vaya recta al corazón? Quizá nacieron en el mismo barrio.... Hay un estremecimiento, ha llegado el Juez con el Ministerio Público, muy emocionado, y dos doctores, de los cuales uno se limpia las uñas y huele aún a jabón, porque acaba de lavarse.

Faltan algunos minutos. No es posible ver al reo: todos los curiosos se han agrupado frente a la capilla, el repórter no puede escribir porque le tiembla el pulso y le castañetean los dientes, el miembro de la Sociedad Católica dobla cuidadosamente sobre sus rodillas una servilleta que va a servir de venda, los sacerdotes ya no rezan en silencio sino en voz alta, interrumpen sus oraciones para decirle algo al reo al oído, los dos a un tiempo, apretándole el brazo, en todos los rostros hay un gesto, un gesto extraño que resalta de una manera capaz de crispar, hay la súbita palidez, miradas de compasión profunda, miradas de amor, miradas atónitas.... los labios apretados, la nariz dilatada y por único movimiento el del cuello, el subir y bajar del cartílago y esa timidez al tragar con dificultad la saliva, signo de profunda emoción.

Ya es hora. Hay ruido de fusiles, se manda ¡flanco derecho! a la tropa, después un desfile brusco resuena en una escalerilla de madera, todos corren para formarle valla.... Ahí viene ya, dos soldados lo sujetan de los puños, no hay tiempo de mirarle el rostro, todos corren rumbo al patio.... y queda el pasillo solo, y sola la pieza, y sacuden el alma la soledad de la mansión desmantelada, las dos flamas de los cirios largas e inmóviles, un rayo de luz circundando un pedazo de estaño adherido a un corcho, y el lecho vacío.... en él queda ahondada la huella de los que no vuelven y hacen pensar en las tumbas sin ataúdes y en los nidos abandonados.

La luz golpea materialmente en el patio, es una explosión, y no hay paredes que la detengan, vidrios y rejas que la descoloren, con una honda franca, blonda y pura circunda el amplio lugar donde los rostros se ven más descoloridos, la gente se empequeñece en la extensión, el cuadro, correctamente formado por la tropa vestida de dril, encierra en su centro a doble hilera de Gendarmes de la Montada con unifor-

me azul. Los elevados muros encuadran ese lugar, muros ennegrecidos en cuyas alturas, tras las rejas de una ventana, se adivinan caras curiosas, los centinelas avanzan hasta el borde para ver, y trepados en la barda se miran los curiosos del vecindario. El piso es desigual, sembrado de cascajo, manchado aquí y allá por hierbas temblorosas y pastos de tímido crecer, un caño hediondo de líquidos amarillentos difunde su pestilencia.

Todo calla, los curiosos se alejan por grupos, y se mira penetrar, seguido por los frailes, al reo, cuyo gesto no se distingue, le enseñan un crucifijo, él va mascando un puro....

Afuera han dado las seis, la campana las suena, le responden los silbatos de las fábricas y un largo y dulce mugido: son las vacas que vuelven de la ordeña.

Helo ahí vendado, se alejan de él todos de prisa, mírase en el aire la mano nerviosa del cura que bendice, un hombre frente a un paredón por donde huye una lagartija, quiere correr, el instinto de conservación lo impele, pero al mismo tiempo suena una descarga, tras el fogonazo cinco nubes de humo que se funden y como disparado por un resorte al reo, al reo que ha caído.

¿Saltó como el animal descuidado que avienta una bala, o como el ave que vuela, a quien le acierta el cazador y se desploma aleteando? No.... no pude ver..... el humo le cubría, abrió los brazos, echó la cabeza atras, sacó el pecho; se le doblaron las piernas, cayó hincado, volvió a doblarse sobre los talones golpeando con el craneo el borde del caño, un brazo bajo la espalda, el otro extendido y con la mano semiabierta con el ademán del que pide una limosna, las puntas de la corbata bajo la axilia y en la camisa desabrochada una mancha negra que se agrandaba dejando escapar una nubecilla de humo inperceptible.

Los doctores se acercan, toman el pulso, se alejan moviendo la cabeza y con correcto paso un soldado avanza, prepara el arma, toma la puntería y ¡al corazón! Rebota el cuerpo, los dedos de aquella mano tosca se crispan y se oye un largo, monótono, desgarrador quejido que fenece a un segundo disparo. ¡Ya está! Todos se retiran, menos un grupo que rodea al cadáver intensamente pálido, pero aún caliente, la muerte dejó esteriotipado un gesto de espanto en su máscara de hombre de pueblo, bizcos y saltados los ojos, cayendo sobre las cejas un largo mechón de cabellos lacios, abierta la boca como por un grito, descubiertos los sucios e incompletos dientes y en la epidermis lívida del pecho, en el centro de un disco de pólvora incrustada, un agujero negro y la nota roja de la carne viva.

A un paso el puro arde todavía entre el pasto. Cargan al muerto como un fardo sin decir una palabra dos presidarios y le acuestan en el zinc de la camilla, poniéndole las manos sobre el pecho.... los músculos relajados suavizan la expresión de su cara, ha cerrado los violáceos párpados y la boca renegrida por la que parece cruzar una sonrisa de gente que duerme, se lo llevan.... ya está!

Recuerdo que el patio quedó solo, volví el rostro, la sangre comenzaba a perder su brillo de charco, opacándose como una costra.... y el puro.... abandonado entre las hierbas seguía humeando, soltando un hilo azulado que se desvanecía en el aire....

—Ahora, decía un individuo a otro, sonriendo y dándole una palmadita en el hombro: vámonos a desayunar, porque ya hace hambre.

Un grupo de curiosos, seguidos por un perro, escoltaban la camilla, que dobló la esquina, y una vendedora de legumbres dijo al pasar:

—Ahí va el pobrecito fusilado, y rezó un sudario entre dientes, echándose hacia atrás las puntas del re-

bozo y diciendo después al muchacho que le ayudaba a disponer el puesto:

—¡Dame las lechugas!

Y yo repetí con una aflicción sincera y honda:

—*Dura lex!.... ¡sed lex!*

UNA CORISTA

I

—¡Niños, que suban a cenar! Este es el grito que invariablemente oía a las ocho de la noche desde mi cuarto, bendito llamamiento, porque tras él cesaba la infernal batahola que los Montalván, en compañía de los hijos de Peredo y los de la accesoria, metían en el patiecillo. Era la corrida de toros su pieza favorita, hacía de berrendo un *escuintle* que sólo para ello servía y a cada mordizco lanzaba un ladrido capaz de romper el tímpano de un mercader, sino tocaba corrida, el San Miguelito y si no este ruidoso juego, algo escandaloso como apostar carreras, enfullinar a los gatos, correr ¡el demonio! ¡La casa de vecindad con todos sus desórdenes! ¡Media docena de muchachos malcriados que se desgañitaban y parecían de exprofeso no dejarme leer una página de mi clase, o escribir tres renglones de mis ocios lite-

rarios de aquel entonces! Agregado al retozar de los chicos, el voltear de la bomba, los martillazos del carpintero de abajo, que trabaja con luz artificial, o una disputa, la eterna disputa entre las Garay y las Silva que estaban de pique, y de portón a portón todas las noches y por un quítame allá esas pajas, se ponían como nuevas.

Conque daban las ocho, y llamaban a cenar a los muchachos Montalván, que no siempre obedecían hasta que la señora se asomaba por el balconcillo y los amenazaba con bajar por ellos cuarta en mano..... Oíase el atrabancado subir de los muchachos por la escalera de palo y podía verse que la vela de sebo que estaba en la pieza que fungía de sala, era transportada a la siguiente, donde se armaba nuevo desorden, arrastrar de sillas, chocar de tazas y voces de:

—¡Mi pan, Concha!

—¡Tráete la azúcar!

—¡El virote es mío!

—¡No, es mío!

—¡Adiós de mío, éste está mordido, es de Pepe!

—¡No, no es de Pepe, porque Pepe no ha cogido su pan!

—¿Quién cogió pan, Concha?

Y terminaba la cosa porque los hermanos se arrebataban los unos a los otros el virote deshecho y la señora llegaba repartiendo coscorrones que hacían llorar a los beligerantes.

Estaba mi cuarto tan cerca y frente por frente de la vivienda de la viuda Montalván, que sin dificultad miraba cuanto en ella sucedía. Sabía, pues, que se llamaba cena a una taza de te por cabeza con su pan de a centavo, que una vez apurados ambos cada cual se iba a su cama, y sólo la madre a veces hasta la media noche cosía ropa agena. Horas enteras permanecía encorvada y soñolienta dando puntadas y sólo alzaba la cabeza de cuando en cuando

para despavilar con una horquilla el velón de llama inquieta y mustia.

Trabajo le costaba mantener a aquellos cuatro muchachos, muy chicos todavía, y aunque pasaba de los cuarenta, la vida pobre, las contrariedades, la de malas, la havían envejecido más, afeándola, pero se sospechaba que en sus buenos tiempos debía haber sido si no bonita, agradable, y en sus modales se dejaba adivinar una educación muy por encima a la del plebeyo vecindario.

Era una excepción en aquel barajarse de gentes enredadoras, chismosas y groseras, y sólo alternaba con una doña María, vieja del segundo patio, rezandera y retraída, y con don Manuelito, señor de fieltro y plaid a cuadros que tocaba bien la vihuela.

Por Mayo enfermóse la señora de reumatismo articular, y hela de la noche a la mañana con las manos inútiles para coser como antes, perdióse la máquina White en el Empeño y me pregunté lo que ella se preguntaba: y ahora ¿de dónde sacar para estas cuatro bocas: las de sus hijos? aflictivo problema difícil de resolver para una viuda sin atractivos en este país en que la conquista del pan para la mujer es casi la conquista del imposible.

Vivió quizás de fiado, ¡pero qué vida tan amarga! No oí ya más aquella su voz, voz entrada en años pero no del todo cascada, responder con una copla sentida a la frase temblorosa de los entorchados que rasgueaba don Manuelito en la vihuela sonora, no la volví a ver encorvada sobre la costura y sí muchas veces salir a ciertas horas contra su costumbre para hacer visitas a gentes pudientes y pedirles limosnas, lo diré de una vez.

Tras el sofá que ví en el Empeño salió un baúl, y tras el baúl cuanto era empeñable, pero después todo se sumió en aquella casa desmantelada en profundo abatimiento, sólo los muchachos que de nada

se daban cuenta, con irónica inconsciencia retozaban como siempre, y como siempre lanzaban gritos alegres. ¡Me afligía de tal manera su suerte, que ya los toleraba sin lanzarles para mis adentros las maldiciones de costumbre! Y pasó Agosto.

II

Pues señor, que un mozo de cuerda subió acuestas un *maniquí* de carrizo prestado por quién sabe quién, casa de los Montalván. Algo había de pasar ahí de anormal, quizás un cambio de fortuna, porque la señora doña Refugio salía a horas determinadas, volvía con rollos de papel, y se ponía a cantar todo el día temas de ópera que repetía en la noche acompañada por don Manuelito. Me supongo que estudiaban con tezón, porque oía yo repetir acordes, buscar notas dominantes, insistir sobre un compás y largas pausas. Mayor fué mi curiosidad cuando ví vestir al maniquí con una enagüilla azul turquí con ribetes de galón dorado, un corpiño de terciopelo. ¡Qué tendrá entre manos esa señora! Yacían por el suelo plumas de colores, flores de trapo, diademas de hoja de lata y otros carnavalescos atributos, y si no me engaño, allá muy tarde, cuando todos dormían, miraba una sombra proyectarse en los visillos de la vidriera, una sombra que se movía reproduciendo los ademanes de una gente que recitara algo trágico y *sotto voce* se escapaban aquellas frases italianas de *¡Vincitore! ¡Vincitore!*

III

Me quedé perplejo cuando afoqué mis gemelos y ¡no, no podía ser! no quería creer que doña Refugio, viuda de Montalván, fuera aquella ridícula corista,

vestida de egipcia y cantando el concertante de Aída. Y sí era, era la misma, atando cabos me convencía. ¡Con razón cantaba aquello día y noche, con razón declamaba sola, con razón ví en un sillón vestido el maniquí con la falda aquella! ¡Pero vaya una señora! ¿De dónde se le metería la idea de entrar al teatro, a su edad, con aquella cara de abuela, los miembros flacos, el color desastroso, toda ella incapás, sin dientes, semicalva, ¡vamos! una figura de pesadilla, de hacer reir, de causar disgusto contra una empresa que contrataba esperpentos?

Para mí no existieron Radamés, Amonasro, Aída, ninguno de los personajes, no oí un compás de la colorida y palpitante partitura por seguir al cuerpo de coros: iba con los gemelos buscando entre todos a doña Refugio.

Salieron de entre las bambalinas en tropel. Una moza de contornos americanos, recargada de pulseras de bronce y adornos de oropel encabezaba las filas, me movió a compasión una tísica de ojos azules y piernas de cigarro vacío, otra cuyos brazos no guardaban proporción con las pantorrillas regordetas, aquella otra que parecía una vacante con sus manchones de pintura de suelo en los carrillos, la de más allá que conocía como devota y se empeñaba en fingir una sonrisa mundana y seductora, que más parecía desesperada, los varones con trajes egipcios en la mente del dueño del teatro solamente, un jayán que parecía aparecido junto a un tuerto que no presentaba al público más que el perfil, un chiquitín, un italiano de caricatura que se empeñaba en estar siempre en primer término y abría la boca más que todos, y al aplaudir daba las gracias pretensiosamente, el de al otro lado quería llamar la atención, accionando a la alta escuela, en tanto que un flaco descolorido que no abría la boca y se conformaba con extender la mano automáticamente, parecía haberse

dormido de pie, pero doña Refugio, la viuda vieja, pintarrajeada, dejaba ver por el escote el esternón vigorosamente acentuado, los tendones, las venas hinchadas, la epidermis pergaminosa embadurnada de no sé qué menjurge, reíame de los flacos brazos como los de una Parca, y las piernas, ¡qué falta de vergüenza! eran dos canillas de esqueleto en medias de color de carne, ¡y luego aquel peinado!

Más le valiera no haber nacido, tenía junto a mí un cronista que me dijo:

Esa señora está buena para cuando se ponga en escena la Danza Macabra.... pero no para Aída, la voy a coger en mi próxima revista: un abuso de la empresa....

Reí porque era para reir la cosa, pero después, oprimióseme el corazón cuando pensé en la casa pobre, en los cuatro niños haraposos, en la miseria, y me dije: quizá el corazón de la madre la impele a ponerse en ridículo, a exhibirse pobre, vieja, en la chillante luz de un escenario.

IV

Unas diez personas se perdían en la obscuridad del patio, hundidas en las rojas bancas, un clavo de cigarro, a lo lejos, agujeraba las sombras, arriba barrían los palcos terceros, y se oía arrastrar de sillas y golpear de puertas, el menor ruido resonaba en aquel teatro vacío, cuyo silencio contrastaba tristemente con la animación que le prestaba la luz cayendo a chorros del reflector central la noche de función, la concurrencia en traje de gala, los colores de las telas, las mujeres escotadas y los hombres de frac: ahora semejaba una bodega enorme, mal iluminada, el primer término del foro por opacos quinqués colgados de un alambre tendido, los músicos, con el sombrero puesto, formaban grupos, el apuntador, a la luz

de una vela, escribía, el director de escena, sentado sobre la mesa de palo blanco, departía con varios individuos de la Compañía, y allá en el fondo del teatro, deslumbraba la luz del día blanquísima, entrando de golpe por la puerta que abrían los que entraban. El tenor, de paletó, ofreciendo caramelos a la soprano absoluta con sombrero de grandes flores rojas, la contralto parecía encantada con un perrillo chihuahueño que lloriqueaba entre los dobleces de un abrigo, rodeado por las coristas que no cesaban de cosquillearle el diminuto y aguzado hocico. Las coristas reían conversando acaloradamente, los varones alternaban con ellas y los maquinistas a la carrera, dando empellones, pidiendo paso a gritos, corrían bambalinas, desenrollaban fondos, preparando la decoración para la noche. El empresario departía con el director de orquesta, enseñandole un periódico: era el "Cantón Teatral", ya lo veía yo, el "Cantón", que traía una acerba crítica contra Aída: el cronista, vecino mío de asiento, había cumplido su dicho, ponía a una corista decrépita como trapo de cocina, una anciana, decía, que no puede dar una nota sin toser y carraspear, una vieja más para la muerte que para el arte, una señora que debe cantar letanías y misterios de rosario, el a la rorro niño a sus nietas, y no la música electrizada de Aída, que causa, saliendo de un cascado pecho, el mismo efecto que un dúo de amor de una sacristía del siglo pasado. La empresa abusaba del público, ya que cobraba caro por asiento debía, en pro de su prestigio, contratar coristas y no momias. Por el estilo decía Lápiz Azul, que así se firmaba el censor, otras muchas cosas que habían provocado en los coros de ambos sexos los más venenosos comentarios, y digo venenosos porque hasta el apuntador, manso de suyo, reía de un modo satírico, que me hacía exclamar: ¡doña Refugio, le ha ido muy mal! Apareció doña Refugio en es-

cena y reinó un silencio imponente, parecían esquivar su saludo y los que le tendían la mano reían en sus espaldas, algo malo alentaba a aquellas gentes hipócritas a mirar de hito en hito al director de escena, dábanse con el codo, se empinaban para ver qué sucedía, cuando la de Montalván lo saludara. ¡Qué había de suceder! que la llamaba aparte y con elocuente ademán le alargaba el periódico señalándole el párrafo.... Estoy seguro de que le dijo que el director quería protegerla, pero desde el momento en que la prensa habla, las compañías se comprometen, que daba ira aquel injusto proceder de Lápiz Azul, que quizás un enemigo, tal vez una venganza, pero que.... en fin, que aunque ella había pedido dinero adelantado, olvidaría esa deuda.... y cesaba el contrato.

Debe, debe habérselo dicho el meloso hijo del Tíber, debe ella de haberlo oído con el alma en un hilo y muy pálida, la poca luz no permitía apreciar este detalle, pero sí otros dos.... que andaba como una ebria y que poco le importaba dejar el rollo de papeles de música olvidado en una silla de tule. Nadie avanzó para consolarla, ni una sola la acompañó en aquel tremendo trance hasta los bastidores, charlaban y reían haciéndose que nada sabían. Afinaban los violines y después hubo un momento de desorden, el director de la orquesta golpeaba el atril, diciendo: ¡Vamos señores, a sus lugares! Mientras doña Refugio salía del ensayo sola, enteramente sola.

.....

.....

En la noche los niños jugaron mucho y gritaron más, pero dieron las ocho y ni sonó la vihuela de don Manuelito, ni los mandaron llamar, porque no había cena en aquella casa infeliz!

COSAS DE AYER

A Margarita Rovalo.

Lo primero que hicieron aquel día fué darme una bañada de Dios y señor mío.

Preparóse la calentadera desde temprano, escogióse el jabón más grande y el estropajo más rudo, y ahí de mis carnes infantiles restregadas sin piedad por una doña Dolores que sabía hacerlo a fuerza de buena aya....

—Es preciso que te enjabone bien la cabeza....

—¡Pero no tan fuerte, me vas a desollar!

—Mira como se te ha percudido el pezcuezo, vamos, déjese dar una pasadita por los sobacos.

—Me haces cosquillas.

Aquello se volvía guasa, me retorcía y pataleaba en el agua tibia salpicándolo todo....

—¡Mira que me mojas! Pero mis nervios estaban de buen humor y con las melenas pegadas a la fren-

te, los ojos apretados, escupiendo agua y resollando fuerte, con el aspecto de un perro mojado, me entregaba a infantiles cabriolas, la nana me apretaba fuerte de un brazo con sus manazas de mujer obesa y se fundían en su carne casi negra los blanquísimos copos de jabón, desnudos los robustos brazos, arremangadas hasta el codo las mangas, arrojábame sin piedad altos jicarazos que arrastraban con las blanquísimas espumas del de la Puebla.

—Estate quieto, mira que se enoja tu mamá, deja el pie en paz!

—Pero si me haces cosquillas.

—Bueno, pues te quedas así.... ¡Bibiana, tráigame la sábana, dígale a la niña que las llaves están pegadas en el guardarropa!

Tras el grito acudía la doméstica con lo pedido y yo protestaba porque una mujer que no fuera mi nana, entrase al cuarto del baño.

—Cierre esa puerta pronto, que se me mete el chiflón, gritaba tiritando.... ¡Sáquese de aquí!

—¡Qué modos, niño!

—Pues que se largue.

Y doña Dolores envolvíame en la sábana, que olía a ropa limpia, y parábame sobre una silla, en la que me acurrucaba en tanto que ella traía la ropa blanca acabadita de planchar. Un bienestar indefinible recorría mi cuerpo en ondas de agradable calor, hubiera querido estar siempre así, abrigado, somnoliento.... pero el tiempo urgía, y doña Dolores tornaba a secarme y a ponerme los calcetines, la camiseta y los calzones, que por bombachos llamaba de mujer.

Y heme aquí listo para recibir las puyas de la familia, que en coro me saludaba. Quién aseguraba que estaba muy blanquito, quién que había quedado peor que nuevo, quién que había perdido lo menos una libra de impurezas, hasta que una tía vieja que

me consentía, tornábame un beso pasado por agua gritándome:

—¡Parece un botón de rosa! Y otras muchas cosas que sería inmodesto repetir hoy, que ya estoy grandecito. ¡Las tías tienen un modo de ver las rosas y los sobrinos!

¡Pobres gentes! Aquel día era para ellas de constante fatiga, todas exhumaban el calzado, de charol por supuesto, de la canastilla de una cercana zapatería, pujando, me calzaban las botitas que me quedaban chicas, tanteaban si me quedaban grandes, si hacían bolsas, si me jugaba el pie, o me hacían parar y dar una patada para ver cuánto sobraba de punta.... hasta que convenían en que unas de abrochar quedarían buenas dándoles una hormada y poniéndoles sus plantillas para no ensuciar el calcetín.

La ropa nueva, entregada desde la víspera, flamante y oliendo a paño nuevo, dormía sobre la cama paterna envuelta en una sábana limpia, sobre ella la camisa muy cargada de almidón, la corbata blanca y los diminutos guantes de cabritilla..... No me enviaban a la peluquería porque un Fígaro de anteojos, después de comer, debía rizarme el pelo.

¡Cuán largas me parecían las horas que faltaban para las ocho y media en punto, leía y releía el programa.

Solemne distribución de premios.... a las ocho y media en punto.... Programa....

Le poéte et le paysan....

Obertura por la orquesta.

Memoria leída por el señor Secretario.

Aria de "Capuletos" por la señorita Cruz Perezcano, Bellini.

Discurso en francés por el niño Albino Urrutia.

"La Cascada de Perlas".... pieza para harpa y piano, por los señores Juan Talavera y Ricardo Melo.... Gormie.

Distribución de premios a los alumnos de la primera sección.

Fábula por el niño Nicolás Manzano....

¡Ese era yo, Nicolás Manzano!

Metíame a la sala, y con el miedo de ser sorprendido recitaba frente al espejo aquella fábula famosa.... Ensayaba la caravana, en la mano izquierda un rollo de papel atado con listón azul, la derecha pegada al pecho.... avanzaba.... saludaba al director.... y después "El Lobo, la Zorra y el Burro", y ahí de los ademanes aprendidos de memoria, el señor lo había dicho: con calma, con calma, no como una carretilla..... y sacaba del bolsillo un papel para aprender el penúltimo verso que se me olvidaba.

No comí porque la inquietud me quitaba el apetito, y seguía el lento, el lentísimo andar de la aguja del reloj.... queriendo que las horas fueran un instante.

No me seducía la esperanza de un aplauso ni me infundía temor el público, porque estaba en esa edad en que el aplauso es ruido y el público muchas gentes, pero gentes sin pasiones.

No me alborotaba el estrenar traje, me alborotaba soñarme cargado con aquellos libros empastados en percalina roja y oro, ir a saludar a mis primos a un palco, y sobre todo recibir aquel otro premio, aquel juguete paternal y aquel escudito de mamá grande que me decía en voz baja:

—Para tus dulces.

Ya sabía que aquella moneda la habían de cambiar por un peso y mi madre había de decirme:

—Trae, te lo guardaré, no lo vayas a gastar en porquerías.... Medida económica no muy acorde con mis deseos.

Encendían por fin las lámparas y ahí de la tarea concienzuda de vestirme, con esas prisas de última hora.... No parecía el cepillo de dientes, no abro-

chaba bien el botón de la camisa, dábanme vueltas sin consideración alguna, subíanme los pantalones para colocar convenientemente los tirantes, me oprimían mucho las ligas y andaba con los brazos abiertos, porque no quedaba bien el saco de la *sisa*. Volvían todo carreras.... ¡El pañuelo! Una vecina invitada para acompañarnos, se acomedía a echarle perfume. Cepillaba el sombrero mi nana y me ponía los guantes mi hermana mayor sin poderlos abrochar con una horquilla

El portero avisaba que el coche estaba ahí y mamá cerraba puertas, y apagaba luces, daba órdenes a los criados, no encontraba las llaves, olvidaba los anteojos, que no parecían, y yo, inquieto y mohino, sin saber dónne sentarme, yendo y viniendo, hacía observar que "¡iban a dar las ocho!"

—¿Tu mascada? ¿Ya la llevas en el abrigo?

—Ya.....

—¿Te enjuagaste la boca? Mira ese pañuelo, se te sale. ¡Cuándo serás ordenado! ¿Ya?....

—Ya.... ‹convencido.›

—Si quieres anda al cuarto del baño, no sea que después se te ofrezca....

—Ya fuí....

—Pues vuelve.....

—Pero si.... dime si sin ganas.....

—Allá te lo haya si empiezas con tus imprudencias.....

La cocinera, las galopinas, el gato, mi nana, la *Esmeralda*, el portero, todos en fila hablándose al oído, me veían salir, formando doble valla.

—Mucho cuidado, no se vaya a quemar la casa, cierren bien, no nos tardamos, ya venimos. ¡Ah! las sábanas limpias que se las dé Dolores.

—¡Mamá, las ocho y cinco!

Y he aquí que salíamos y montábamos al coche. Me acuerdo que antes de partir elevaba los ojos al bal-

cón, en cuyo fondo luminoso se destacaba la silueta de una anciana que me enviaba besos, la pobrecita enferma que momentos antes me acariciaba y me bendecía, la mamá grande que no podía salir al aire y me contemplaba tras los vidrios.

—¡Adiós! ‹con la mano.›

—¡Adiós! ‹con el pañuelo.›

***

¡Qué amarga tristeza se apodera de mí cuando leo ese párrafo de gacetilla, ese amarillento recorte de periódico, en el que está mi nombre y el de mi fábula, y que una mano querida, la de mi madre, colocó entre las hojas de un libro de misa! Se le humedecían los ojos al leerlo y desde entónces nunca, nunca he visto un aplauso que me conmueva más por su ternura!

¡POBRE CEJUDO!

I

Pues no hubo modo. Todo estaba arreglado, me hicieron escribir unas cinco líneas en papel ministro. Se puso los lentes el amigo Robleda, leyó, me miró y me dijo: no es mala la letra, es clara, bien hecha. No hay faltas de ortografía. Pues amigo, agregó sentándose frente al bufete, parece que nos quedamos con usted. Ya sabe, son treinta pesos al mes, pero con esperanza de aumentar el sueldo si los negocios van bien. Voy a ver si no está ocupado el jefe y le hablaré desde luego. Un momento. Y Robleda se metió a la otra pieza.

Me sentía muy feliz en aquellos momentos, muy feliz. Rebozaba mi alma agradecimiento a ese espíritu protector que parecía haberme dicho al oído tal vez en sueños: Castroverde, ve en casa de Dollard,

Sevillón y Compañía. ¡Quién quita!... Y yo había ido y había contado mis apuros, porque sea dicho entre paréntesis, para eso de describir no soy tan malo, así es que hice una pintura casi exacta de una familia pobre, pero de antecesores decentes, eso sí, una familia que por causas que sería prólijo enumerar, cae en súbita pobreza.... una señora honorable, pero enferma.... unas niñas que pisan los dinteles de la juventud y un jefe de esta familia, un jefe al que no espanta el trabajo, un jefe que pide una torta de pan.... yo. Creo que debo en mucho mi éxito a esta conmovedora arenga. Después del famoso.... veremos, se hará lo posible, nuestro deseo es ayudar a usted en algo, y de dar vueltas, he aquí el resultado: parece qué me voy a colocar, el sueldo es poco, pero en estos tiempos y a estas alturas ¡caracoles! viene al pelo.

Sentía que con el cambio probable de posición cambiaba en mí también el carácter. Los primeros días entraba humillado, abatido, sin hablar casi nada, con torpes movimientos. Ahora no, resucitaba en mí el aire, no orgulloso, pero sí digno que todos los Castroverde hemos tenido.... Sentía expedita la lengua, me afluían ideas y no sólo me pasee en la pieza, sinó que me asomé al patio por la puertecilla que señalaba una mano con el indice extendido hacia un letrero que decía "Despacho".

¡Qué colosal empresa la de Dollard, Sevillón y Compañía! Olía aquel patio a anis, a semillas, a chile. Grandes tercios formaban una muralla colocados sobre vigas a una cuarta del suelo. Grandes cajones llenos de rótulos y ceñidos por cintas de fierro, guardaban sabe Dios cuántas riquezas, cristalería tal vez, porque abajo del letrero "Veracruz" se leía "Riesgo".

Yacían por tierra algunas ruedas colosales y no poca maquinaria desarmada. El patio era grande y apenas se podía andar por él, los bultos formaban ca-

llejuelas. Un perro enorme, con las orejas trémulas, los ojos brillantes y palpitante la nariz, alargaba el hocico hacia la calle, desesperado de no poder romper la cadena que lo ataba a su perrera.

¡Con qué gusto trabajaría en medio de aquel bullicio! ¡El ruido del dinero, el golpear de los desempacadores, la barahunda de la calle!

Y el primer mes mi recibo: "Recibí de los señores Dollard, Sevillón y Compañía (comisionistas) la cantidad de treinta pesos como sueldo a mis trabajos en el escritorio.

México. . . . . de 189. . . . *Eleuterio Castroverde.*"

Llegar a casa, refrendar los boletos de empeño, cenar. . . . vivir. . . . dormir. . . . y sobre todo, alejar ese sello de tristeza de mi casa. . . . mi pobre mujer, mis hijitas. . . .

En esas entró el amigo Robleda. . . . Adopté una postura conveniente y vílo sin parpadear. . . .

—Conque, me dijo, vendrá usted el lunes desde las siete de la mañana. . . .

—(Aparte.) ¿No me habían dicho que desde las ocho?

—Saldrá usted a la una para volver a las tres. Hará las cartas que se le encomienden en la mañana y dedicará usted la tarde a traducir la correspondencia del francés y del inglés, hasta las nueve de la noche.

—¿Traducir, señor? (con profundo respeto.) Me parece que de eso no habíamos hablado. . . . Además, diré a usted. . . . (tragando saliva.)

—¿No conoce usted idiomas?

—No, señor, desgraciadamente.

—Pues eso es malo, porque aquí (finísima sonrisa de lado) aquí nos urge una persona que posea el inglés y el francés. Entendía yo que usted sabría tanto uno como otro.

—No, señor, sé algo.... (mintiendo descaradamente) pero es tan poco, que no creo....

—Pues lo siento.... porque crea usted que hubiera querido favorecerlo.... Pero (turbado) en fin, conste que yo he hecho lo posible....

—Sí, señor Robleda, yo le estoy muy agradecido....

—Ya usted vé: en casas como ésta son indispensables. Diariamente se nos escribe de Londres, Estados Unidos, París, ¿eh?

—Pues señor, lo siento.... pero de todos modos, agradezco....

—Adiós, señor Castroverde.... (muy conmovido.)

—Adiós, señor Robleda.

—Ahora.... si acaso....

—¿Decía usted? (con una corazonada.)

—Que si acaso encuentra usted alguien que sepa esos idiomas, me lo manda. Le encargo a usted un dependiente.

—¡No tenga usted cuidado!

No sé si quise llorar o blasfemar, pero sentía en el estómago una cosa muy fea.... ¡Ah, desde el colegio lo pensaba.... jamás me entró el inglés.... tenía que suceder!

II

A la familia no le cogió de nuevo la desgracia quince de la lista de los planes frustrados de Castroverde. Vivían sabe Dios cómo y de qué. Ya eran los parientes, ya algún amigo compasivo, pero el caso es que no faltaba el desayuno cuando menos. Cierto es que se había hecho una lenta mudanza de los muebles al Empeño y no quedaban en la sala más que cinco sillas, porque la que completaba la media docena estaba inservible, una cómoda, mitad ropero,

mitad altar, y la mesa del centro, en la que se servía la comida, las camas, dos roperos y los trastos de cocina. Y a pesar de pobreza tanta, en medio de aquella situación, la familia no olvidaba sus orígenes, guardaba vivo el recuerdo de su abolengo y no descendía a codearse con la ordinaria vecindad ni a adoptar las costumbres de la gente sin vergüenza y sin blanca.

Las niñas Elena y Emelina no habían perdido su belleza a pesar de las privaciones: una de diez y ocho y otra de veintiún años, llamaban la atención del barrio. Pero Castroverde y la señora, que no eran tan tontos como parecían, cuidaban de las doncellas tanto como de su vida..... porque el primer peldaño de muchas caídas es la arranquera, y el vicio, que a todas partes entra, tiene particular predilección por lo que se halla escaso de dineros.

Así es que a aquella casa raras eran las visitas que acudían y todas formales. Pero he aquí que entra en escena un sujeto: un militar, el amigo Cejudo. Erase rechoncho, tostado de color, rapado a lo recluta, de occipucio prominente y frente estrecha, paquidérmica naniz, labios gordos y escasos de púas, párpados pesados y ojillos pequeños de conjuntiva amarillenta..... Un salvaje, un feo, un Quasimodo de la milicia, cuyo vicio era el ajedrez, diversión favorita de Castroverde.

Fumaba, además, mi hombre puro y cigarro de un hilo, y Castroverde, vicioso también, halló dos atractivos en aquella especie de batracciano y resultó que como eran vecinos, todas las noches se pasaron en familia, leyendo las muchachas un periódico que prestaba Cejudo, dormitando la señora y bregando Castroverde y su amigo por comer un "caballo" o dar jaque a la "Reina".

La señora repeló, por supuesto. ¡Vaya usted a saber qué clase de gente era el tal Cejudo!.... No

era bueno meterse con todo el mundo. La educación es un abismo..... ¡y qué sé yo cuántas cosas más! Pero resultó que el Cejudo era un buen hombre, un poco brusco, ridículo porque quería ser amable, pero no estaba muy limado, y sin embargo, jamás se permitió ni tantito así (señalando con el pulgar un milímetro de meñique). Allá por la Cuaresma abrió la marcha de sus bondades un huachinango y varias latas.

—¡Pobre Cejudo! dijeron en coro esa vez los Castroverde.

En la noche tratósele con una ternura desconocida hasta entonces y se interesaron algo por su vida íntima.

—¿Dónde comió usted?

—Pues en la fonda (respondió con su vocerrón de caballería).

—¿Solo?

—Solo.....

—En estos días—dijo Emelina—ha de ser muy triste comer solo.

—¡Qué quiere usted! Como yo no tengo ni padre ni madre..... (Y pareciéndole impropio lo del perro que me ladre) concluyó.... ni padre ni madre, ¡ni nada! Sí, come uno fastidiado.

—Se hubiera usted venido.

—¡Para qué era molestarlas!....

—¡No, que molestia, al contrario!....

Debía tener dinero Cejudo. El había hablado de un rancho. Usaba buen reloj, se iba civilizando, porque vestía mejor. Era feo, pero de buen corazón.

Todas estas reflexiones se inspiraban en los hechos, porque al año la lista de los beneficios de Cejudo era bien larga.

Declaróse amigo protector de la familia, que a pesar de sus antepasados recibió un ajuar para la sala, seis colchas, dos cajas de vino, pequeños obsequios

los domingos, cortes de vestido como cuelgas, y por último, la solemne promesa de que Castroverde, gracias a su influencia, tendría empleo.

Y aquel hombre feo, al cual se trataba con desconfianza porque no había nacido de familia titulada, aquel monstruo de fealdad, aquel brusco sujeto siguió denominándose con el epíteto de ¡Pobre Cejudo!

III

—Piénsalo, Emelina, piénsalo bien. Es preciso que dejes a un lado tu carácter de muchacha y reflexiones sobre el porvenir. Tu papá no quiso decirte nada, sino que el señor Cejudo te había pedido, y me comisionó a mí para que te hiciera ver lo conveniente que sería.....

—No, mamá, no,—respondió la muchacha llorando a lágrima viva.

—Pues tú lo sabes. Yo sólo te sé decir que es una gente honrada desde el momento en que, ya lo estás viendo, antes de dirigirte una sola flor se ha acercado a nosotros, porque quiere portarse seriamente. Ya lo has visto, le debemos muchos favores, muchos. Deja el ajuar, deja la ropa, deja todo. El ha colocado a Castroverde, él ha prestado sabe Dios cuánto dinero. Por él tenemos casa y nuestras antiguas relaciones nos visitan. Y me lo dijo: señora, desde el momento en que yo entre a esta familia cuentan conmigo para todo, lo poco que tengo lo compartiré con ustedes.... Díme si esa conducta no es muy bonita.

—Sí, sí, yo soy la primera en comprenderlo, le estoy muy agradecida, pero.....

—No, no salgas con que es feo. Mira: hay una edad, Emelina, en que no se fija uno en los muchachos bonitos y bien vestidos, porque de nada sirven.

No es lo mismo tener quince años. Entonces sí se guía uno por la figura..... y por el traje..... y.... pero no creas, esos no son para casarse. Más vale un hombre trabajador, honrado, no rico pero sí con lo suficiente para mantenerte. Ya lo has visto, nadie ha sido tan quisquillosa como yo para eso de mis amistades. Nunca me han gustado tratos sino con gente de mi clase.... Este no será de familia distinguida, pero en cambio es prudente y tiene muy buen corazón. No te digo que lo quieras luego, luego, no, señor, pero velo tratando como si fuera tu marido, y ya lo verás, tiene muchas cualidades, y que, sobre todo, ¿con qué le pagamos tanto, tanto como le debemos? Piénsalo, piénsalo.

La señora, con aquella cara doctoral que ponía en las grandes arengas, dió media vuelta y dejó a la muchacha, que con los ojos papujados y la nariz roja, se quedó mirando largamente a la alfombra (porque ya tenían alfombra), como si en ella fuera a ver la solución del problema: ¿me caso o no me caso con Cejudo?

Se casaron. Por supuesto que se habló de un hilo de aquel enlace.

—Emelina, tan chula, si parece un dulce, con ese indiazo tan ordinario.

—¡Quién había de decir que la Castroverde, tan afecta a lo decente..... había de rematar ¡con un soldadón!

—De veras que las mujeres escogen lo peor. Ahí está Emelina: tantos guapos que le hicieron el oso y fué a dar con Cejudo.

Cejudo no se fijaba en nada de esto, y sí ponía empeño en que progresaran sus ranchos y tierritas.

A los productos de éstas se debía que los Castroverde salieran de pobretones. La sala era otra cosa, ¡ya tenían piano!

Las amistades que encontraban ahí pasteles y lico-

res y modo de bailar con el flamante "Ronisch" dieron en improvisar reuniones los martes, en las que, por supuesto, no asomaba las narices el salvaje de Cejudo.

A la pareja Castroverde habíansele vuelto a subir los humos de distinción, y sabía pagar visitas. En ellas la familia toda se reía, charlaba, era feliz, en tanto que se hundía en un sillón un hombre de tez azás obscura, cabeza rapada, apilonado cráneo y cara de recluta. ¿Quién era? La señora de Castroverde se mortificaba por aquello de su sangre azul, vencía la petulancia a la gratitud y algo distinguido le hacía exclamar:

—¡Es el pobre de Cejudo!

Aquella conmiseración era una bajeza, la decencia sublevada inspiraba un crimen.

UN TROZO

HOJA DE ALBUM

A la Srita. Elena Padilla

I

Una vela de estearina frente a una pila de libros, que hacía las veces de velador, alumbraba débilmente la pieza. Los dorados de un muñeco de porcelana, las varillas pulidas de un marco, el barniz de un ropero, lanzaban lampos de claridad rojiza, arrancados por el parpadeo de la llama. El resto todo era sombra, de una manera indecisa se adivinaba el contorno de las cosas. La blancura de un lecho, un sombrero, un abrigo rojo y una sombrilla sobre la cándida colcha,.... y tras los visillos de una ventana, el melancólico aletear de un mechero de gas en la calle solitaria y obscura.

Cómo respondía a mi estado moral aquella pieza casi tenebrosa y aquella soledad completa, hundido en un sillón muelle, alargados los pies, cruzados los brazos y fija la vista en el parpadeo de las grandes sombras en el techo, sombras estremecidas que simulaban la inquietud de una ave de grandes alas de crespón. ¿Qué pensaba? ¿Volvía la vista a las arenas de aquella playa llena de sol, donde la onda glauca arrojaba sus espumas, sus blondas de coqueta, seguía con ansiedad la vela latina, el vuelo bajo de un pájaro marino, o ese rumor lejano que es, en plena luz, himno poderoso, y en la sombra, el sollozo inmenso de las aguas? ¿Evocaba esos inolvidables recuerdos de los padres que han muerto y en ciertas horas su memoria parece que desciende y llama a las puertas del alma? ¿Recordaba, quizá, los crepúsculos que a esa hora misma miraba ensangrentar todo un ocaso para destacar el intrincado dibujo de los campos de caña que balanceaban los altos penachos de sus flores? ¿o acaso cruzaba la callecita inolvidable, batida por la lluvia, con su farol mustio, buscaba tras la cortina, espiaba por el portón, llamaba con silbido quedo a la que dejó en mis labios la quemadura eterna de un beso y en mi corazón la imborrable cicatriz de todo lo que se arranca pedazo por pedazo? Entonces, como otras veces, después de mirar pálida la vida, todo me era indiferente. . . . . (frialdad que se parece al prólogo de las enfermedades en que después devora la fiebre) y más tarde tenía anhelos de algo indefinible, de algo distraído, pero nunca saciado.

Quizá todo pasaba, quizá el espísitu vagabundo, ave y nube, hundia el ala en la onda azul del mar que era mi admiración de niño, lanzaba trinos sobre tumbas de padres nunca olvidados, se mecía en el ocaso de incandescentes horizontes, lloraba de su seno gris sobre los plúmbagos, de un patiecillo triste y

se remontaba después, ansiosa de subir siempre más alto.

El rumor lejano y sordo de los carruajes era un arrullo, fugaces conversaciones resonaban frente a mi balcón, una raya amarilla de tarde muerta destacaba su penacho de árbol, que se balanceaba desesperadamente, y el mechero de gas ardía como una inquieta ala roja.

Entonces, lo recuerdo, resonaron en el silencio los primeros acordes de esa pieza melancólica cuyo nombre nunca he sabido. Quizá la debilidad de convaleciente daba a mis sensaciones una invencible tristeza..... y aquella música hacía surgir de mi memoria todo lo que era nebuloso y gris.

En frente habían abierto de par en par los balcones, y las notas salían, se desparramaban como una bandada de pájaros cautivos a los que se abre toda la reja de la jaula. Un espejo, una flor enorme de trapo, una mano de escultura, era cuanto podía distinguir tras las mayas del cortinaje, y en uno y otro objeto tuve fija la vista hasta que la nota final, muy queda, se perdió en el silencio dejandome una sensación de vacío, ¿por qué era tan corta aquella melodía? Al cesar, experimentaba algo como ese sentimiento vago que queda en el espíritu cuando se pierde a lo lejos un tren donde parte un amigo, la última palabra de un diálogo que provoca latidos, la frase final de una novela sin desenlace.

II

Pasó el tiempo. Estaba yo en un circo. Iba a comenzar un acto muy aplaudido por los niños, porque un niño también lo ejecutaba. Era una criatura flaca, su carita extenuada parecía de un tísico, y quizá lo estaba, movía a compasión adivinar los miem-

bros débiles tras la media de seda y la camiseta constelada de lentejuelas.

Con visible terror saltaba, hacía contorsiones, guardaba el equilibrio sobre las ancas de un caballo blanco, bajo la dura mirada de un señor adusto, de frac, que hacía tronar el fuete azuzando al corcel.

Y una música destemplada acompañaba los ejercicios, precisamente los volteos a caballo, pasatiempo para el público y que yo consideraba un verdadero martirio, tenía por acompañamiento.... el trozo aquel. ¡Pobre música profanada!

No pude contenerme, voltee y pregunté a un sujeto grave que me dió idea de inteligente:

—¿Usted conoce esa pieza?

- No, señor, ¡qué alegre! ¿nó? Creo que.... ¡la verdad no recuerdo!

¿Por qué oiré yo triste lo que otros juzgan alegre?

III

Primero fué un redoble de tambores lejano. Desembocó después por la bocacalle toda la chiquillería del barrio llevando paso de marcha, en seguida un carro fúmebre de última clase. Sobre el ataúd iban un kepis, una banda y una espada, y abajo dos ramilletes empolvados de magulladas flores, la tropa escoltaba el triste vagón.

Ladraban los perros, salían sin sombrero los artesanos al dintel de sus talleres, sin rebozo las hembras que murmuraban entre dientes algo y hasta las niñas de una escuela alegraban con sus cabecitas risueñas el balconcillo de una casa ruinosa. ¡Qué tristes son los entierros de los militares! Cómo oirán la madre, los hijos y la esposa, el ruido de esa gente armada que se lo lleva y esa explosión de música que sigue a la señal de la tambora y los platillos.

El carro avanza lentamente, suena la banda, los

muchachos silban el aire, y después pasa el coche de los dolientes con sus impenetrables visillos y sus cortinas negras.

Siempre me causa una impresión muy honda comparar el silencio de la muerte con el ruido de los honores de Ordenanza, y aquella tarde me invadió una profunda compasión. Aquel muerto desconocido, un patrota quizá, quizás un padre, un hermano, que todos saludaban al pasar, porque el pistón, la flauta, el octavino de notas de pájaro, parecían decir a todo el mundo:

¡Aquí va!

Aquella fué la tercera vez que oí el trozo ya de significación para mí.... la banda lo tocaba, y siempre, siempre, más que nunca me pareció no sólo empapado en amargura, sino hasta macabro.

IV

¡Cuán distinto lo escuché aquella última vez! No hablaban de melancolía más que unos ojos azules, los vuestros, que no miraban, o miraban vagamente mientras arrancábais al piano las notas de ese trozo que no puedo olvidar. Cruzaba por vuestros labios una sonrisa tan dulce que parecía que las notas mismas eran palabras, las palabras tranquilas de uno de esos relatos azules que se cuenta a los niños y a las vírgenes.

Ya no era la música presagio o epílogo de cosas tristes, sino una melodía ingenua la que brotaba de vuestros dedos.

Entonces.... se pensaba en el oro de la mañana, en puestas de sol plácidas, en amores profundos pero serenos, en paisajes lejanos y perdidos tras la atmósfera blonda de un Abril alegre, y en algo bueno como las almas puras. ¿Era aquella música vuestra confesión? ¡Qué bien me hacía escucharla! No subía a

mi labio una frase amarga sino una palabra dulce. Hubiera querido tener a alguien cerca para decirle:

¿Me quieres?

Si la música tiene color, si antes era para mí negra como una elegía, entonces, entonces amanecía en aquel trozo cuyo nombre no quiero preguntar.

OTILIA Y YO

Los sábados en la tarde no había colegio y mi tía, una que otra vez, nos mandaba de visita en casa de la señora Ros: edad, cincuenta años, y estado, viuda. Desde las tres de la tarde henos aquí impacientes, bañados desde al medio día, cosidas las desgarraduras de un trajecito café, que servía para el diario, e inquisitorialmente atuzado el pelo.

Antes de salir nos aleccionaba mi tía:

—Muy quietecitos, ¿he? Nada de retozos, no griten.... y cuando Teresita les hable respóndanle, no que el otro día (se dirigía a mí) parecías un indio, te mordías las uñas y parecía que te habían comido la lengua los ratones. Cuando te pregunten algo responde, no subas los pies en el palo de la silla y sácate las manos de las bolsas. Si te convidan a merendar das las gracias, y si te ruegan mucho te quedas, si no, nó.... ¿Ya lo oyes? Le dices que no he podido ir, porque he estado muy ocupada, pero que

una de estas tardes la voy a ver, y se vienen temprano, porque estoy con cuidado desde que obscurece. Conque.... vayan con Dios. Límpiate esos zapatos. ¿Ya te lavaste la boca?

Besábamos la mano de mi tía precipitadamente y ¡fuera! Aquella seria timidez, aquel aire de Gonzaga que adoptaba frente a mi señora tía, no entraba en mis gestos desde que pisaba el zaguán. Ella nos veía desde el balcón, y aunque riéndome en mi interior, andaba el trozo de calle muy formal, pero al doblar la esquina no me conocía ni ella misma.

Juro que la mayor preocupación de aquella mi vida de niño era la casa de la señora viuda de Ros, la visita aristocrática que esperaba con ansia y recordaba con fruición.

El caserón sombrío y lleno de altas pilastras, las vastas piezas sonorosas, las viejas alfombras y seculares muebles, los corredores extensos surtidos de plantas anémicas, la atmósfera claustral, no, no eran para mi espíritu travieso un lugar de placer y me infundía precoz tristeza aquel aspecto severo de la casa que parecía más bien una reliquia arqueológica que una mansión de gentes vivas, y ¡qué gentes! Parecían retoños del vetusto edificio, tenían el aspecto de esos animales pensativos que surgen de las ruinas y son del mismo color que las paredes polvorientas. El portero parecía un sacristán, acólitos sus hijos, fantasmas los criados, y los mulos mismos tenían ese aire doctoral de los animales que han tirado por largos lustros de una *estufa*.

La señora de Ros, serio personaje con narices de virrey y ojillos de roedor, vegetando a media luz, en el fondo de una pieza, fumando cigarrillo tras cigarrillo, leía un libro "La más pura de las vírgenes", en tanto que sus hijos Nicandro y Otilia en el cuarto de la ropa sucia hacían de las suyas, es decir, ella cortaba cuanta hilacha encontraba a su alcance, y él,

con un lápiz tajado con cuchillos del comedor, pintaba paredes, puertas, puños, papeles, macetas, con su eterno dibujo un boceto de ferrocarril echando humo: el dibujo era su fiebre y nada perdonaba su lápiz incansable.

Nos abandonaba la criada en el patio y nos veía subir la ancha escalera, dejábamos los sombreros en la asistencia y la ama de llaves nos introducía a la recámara de la señora que nos recibía con un:

—¿Qué hay, niños? ¿Cómo está doña Frutos?

—Buena, señorita, que no viene.....

—Porque está muy ocupada, agregaba mi hermano.

—Pero que una de estas tardes .... proseguía yo.

—Viene por acá, concluía Nicanor.

—Bueno, pues vayan a jugar con los chicos, que están por allá adentro.

Una vez juntos los Ros y nosotros, la casa era un barullo insoportable, bajábamos de un salto las escaleras y ¡al corral!.... El corral era nuestro elemento.....

Yo me juntaba con Otilia y mi hermano con Nicandro. Mi hermano era un bendito, sujeto a mi voluntad, no hablaba si yo no lo hacía, y su pasión eran los animales. Había nacido con tendencias rurales marcadísimas, y se extasiaba ante una familia gallinácea, se paraba frente a las ordeñas y su olor lo encantaba, y la bestia más útil, más bella, más inteligente, su animal soñado, era el caballo, en su defecto, la mula y después el asno. Cuanto fuese montar lo ponía inquieto, y cabalgaba sobre palos y sillas, almohadas y semejantes. Yo le serví de cabalgadura muchas veces.....

Nicandro, que era de un temperamento imitativo, pronto participó de los gustos de Nicanor, con una variación: quiso a toda costa pintar caballos, y ambos íbanse a la caballeriza, siguiendo, con las manos atrás. las peregrinaciones de las gallinas y tres patos,

con tal atención que imitaban su paso; y horas enteras daban vueltas al patio. Si el caballerango estaba ausente, la emprendían con las mulas, que miraban a respetable distancia, les tomaban los dedos, las empalagaban con azúcar y temblando de miedo, ¡oh atrevimiento! les hacían una caricia en la frente. Volteaban los pacíficos animales la cabeza y con ojos dulces los veían, resoplaban el desierto pesebre y paseaban el emparrado.

—¡Cho! ¡Cho!

Algo traían entre manos mis dos amigos, porque los notaba inquietísimos y preocupados. Se hablaban en voz baja, se empujaban el uno al otro y se veían como animándose; daban algunos pasos con resolución y volvían sobre ellos mismos. ¡Querían montar a *Centella* y a *La Linda*, nombres de las dos mulas, embalsamada la una y mope la otra; mulas de tal condición, que las razas les comían la cola sin que se oyese un ruido en la alta noche, ni se movieran inquietas de su vida, entregadas en cuerpo e alma a un aparente letargo.

Ella y yo, de otra manera, buscábamos goces distintos y nos sentábamos en el brocal de un pozo cegado a platicar. Platicar era una expansión para los dos y el instinto a que nos conducía el laconismo o diferencia de carácter de nuestras familias, tenía una regla de dos horas en las que nos explayábamos con entera libertad.

—Cuéntame un cuento.

—No sé.

—Sí sabes.

—De veras, no sé. Si no, por que no se lo había yo de contar.

Guardábamos silencio después de obligado prólogo y no encontrábamos asunto para proseguir.

—¿Y es de amor cuento?

—Sí.

—¿Siguen?

—Figúrate. La otra tarde me asomé por la cocina y él se saltó primero sobre las trancas y después se montó en la tapia y ella desde abajo le aventó unas flores y ¿sabes lo que hizo él?....

—¿Qué hizo?

—Se echó para adelante..... No, siempre no te lo digo.....

—Dímelo.... (suplicante).

—No..... es pecado (muy ruborizada).

—Dímelo.... si no, me enojo.....

—Pues se echó para adelante, ella alargó las manos, él se las cogió y..... le dió un beso.... Figúrate, si alguien hubiera salido, ¡qué hacen! Y detrás de mí estaba Nabora, dime, si lo ve, seguro que me acusa, porque no sabe nada, pero el día que lo sepan ya no me dejan asomar.

—¿Vamos a espiarlos?

—¿Y si se enojan porque subimos solos?....

Mi mamá dice que ya tengo once años, y que aunque tú y Nicanor son más chicos que yo, no debo andar sola con ustedes.

—¿Quién nos ha de ver? Andale, vamos, porque si no me enojo.

Y con un miedo cerval, pero con una curiosidad mayor, nos instalábamos en un alto ventanillo y veíamos al jardín de junto.

A un paso había dos que se amaban, dos que eran vecinos: él fingía leer un libro detrás de un matorral y ella fingía regar unas macetas de escuálidos claveles..... cantando entre dientes.....

—Va a salir, escóndete.....

—No nos ve.....

—¿Qué te dije? Mira, mira cómo viene de puntillas.... ahora verás, va a subirse ella sobre ese montón de piedras. Ahí va él, ¿lo ves? Ya se subió en las trancas, ahora va a saltar, a ver si se desbarran-

ca.....¡al suelo! No te rías, porque te oyen.... Ya le dió el clavel.

—Y se echa para adelante,- y con los ojos dilatados, sintiendo no sé qué latidos en el corazón, no sé qué ansiedad desconocida, seguía las peripepcias de aquella cita.

—Le va a coger las manos..... y con riesgo de volar desde el ventanillo nos empinábamos para ver mejor, para no perder un solo detalle....—Mira cómo se ven, parece que se están desmayando.....

—¿Qué hacen ahí, niños?

Era doña Nabora.

—A ver si se caen.....

Y al mirarnos desconcertados, rojos de vergüenza y temblando, agregaba:

—¿Por qué se asustan? ¿qué veían?

—Los borreguitos..... (con voz apagada), los borreguitos de aquí junto.

Y nos miramos los dos.... No, no eran los borregos, era que se habían besado las manos aquellos dos vecinos que se amaban.

.....

.....

¿Cuándo nace el primer pensamiento que denuncia al alma el paso de una edad a otra edad? ¿Cuál es el primer latido de la juventud? ¿Cuál la primera mirada tímida, velada, elocuente, en la que se pierde el candor infantil y brilla otra luz, una luz que llega al alma, que engendra una melancolía jamás sentida? Yo no lo sé.... pero he visto en la vida muchos idilios.... no he vuello a ver a Otilia.... pero ¡y han pasado muchos años! cuando pienso en jardines, en una ventana, en una tapia desmoronada, en dos que se quieren y en una Otilia avergonzada a mi lado...- siento una tristeza, una tristeza muy honda, como si hubiera muerto algo muy querido, algo que antes vivía en mi corazón.

COSAS VISTAS

—Mientras nosotros cosemos, tú nos platicas—me decía Lucía.—Mira, siéntate en esta sillita baja..... ¡Cuidado, volteas el engrudo!

Pasé haciendo equilibrios y salvando los obstáculos que sembraban la alfombra y refugiéme en un rincón.

—¿Y tú, Teresa, por qué estás tan triste?

Alzó la cabeza la aludida y extendiendo los brazos al bostezar con aire de fastidio me respondió:

—Triste ¿por qué?

—Te veo tan callada.....

—Ya sabes que yo soy gente de pocas palabras.... Me duele algo la cabeza.

—Antipirina, dica, antipirina.....

—No me hace efecto. Y que ya se me está quitando!

Volvióse a encorvar sobre amplísimo bastidor y si-

guió bordando las monstruosas flores azules de un tapete..... en fondo blanco.

Lucía, en tanto, hojeaba "La Moda Elegante" buscando no sé qué figurín, y la costurera, sentada en el suelo, hilvanaba unas enaguas grises que vestían un maniquí de carrizo.

Digna de "La de Bringas" era la escena aquélla: colgando del respaldo de una silla un gran pliego color de rosa con moldes impresos de un lado y letreros enlazados del otro. A A con sus correspondientes miosotis, P P caprichosísimas, muy historiadas, y algunos nombres y palabras como "Carmen", con florituris de espigas, o "Souvenir", o "No me olvides", con grandes flores para bordarse en paño.

Oíase el ruido de la tijera, revolaban en el aire motas de hilo, al ser rasgada la lustrina engomada de los forros, oíase un ruido especial y olía a trapos nuevos. El hilo junto a la escupidera, la máquina sin tapa, prisionera larga tira de calicot entre su aguja, el canasto desbordando recortes, alfileteros en forma de cojines, carretes, rollos de cinta y docenas de botones alineados en su cartón, con el consabido rótulo "Mode de París", algunos pares de calcetines remendados, hechos bola, causaban la impresión de un grupo de conejos dormidos en el fondo del cesto.

Tres números de "El Tiempo" yacían en el suelo, extendidos y acribillados de cortes que se habían llevado, allá un trozo de "Príncipe Iturbide", aquí un editorial, y ¡oh desdicha! estaban reducidos a la categoría de moldes.... A gatas iba uniendo la costurera una tira a otra con el engrudo o con un hilván, y después.... ¡chis! la tijera daba forma al trozo de lana flamante y acabada de desenvolver.

—¿Qué se habrá hecho ese molde, Jacinta?

—No lo he visto, niña.

—Pues no parece, y lo peor es que era el único. Mire, dígale al mozo que se vaya en una carrerita

en casa de las Labastida y que le diga a la niña Mariquita, de mi parte, que si me hace favor de mandarme su chaqueta azul, la que tiene hombreras..... es mejor que llame al mozo, yo le daré el recado, porque si no, todo lo trastorna....

Teresa seguía bordando. ¡Cuán palidecía poco a poco aquella pobre muchacha, víctima de la enfermedad! Siempre se quejaba. Y tenía razón en ser callada, hosca, casi intratable y de mal genio, ¿qué animación había de haber en aquella víctima de las jaquecas, desvanecimientos, náuseas?.... Sabía que estaba enferma, todos lo sabíamos, pero no de qué. Unos decían que del estómago, otros, que del hígado, y yo, por su aspecto, le diagnosticaba una anemia de primer orden. No era bonita, por su color intensamente pálido, pero había momentos en que, como sucede con muchas mujeres en ciertas actitudes, con cierto perfil, en determinados ademanes, adquiría su rostro un aire casi poético.... Pálida, bajos con virginal unción los ojos expresivos, afilada la nariz, entreabierta la boca y deslumbrante la blancura de su garganta, cuyo tinte llegaba a tonos de pétalo en la nuca, ahí en ese lugar en que el cabello obscuro contrasta con el color inmaculado y tierno de la carne.

Con algunos meses de sol, aire libre y ejercicio, hubiera quedado inmejorable. Una poca más de sangre, menos debilidad, menos entumecimiento, y podía competir con su hermana. ¡Oh, qué guapa morena, Dios mío, me tenía hecho un bruto! lo que se llama un bruto. ¡Qué ojazos! ¡qué labios! ¡y ese bocito delicado como el terciopelo de un geraneo..... ese *lasciate ogni*, etc., escrito a las puertas del delicioso infierno de su boca!

¿Para qué negarlo? era mi novia, pero eran tan discretas nuestras relaciones, que nadie las había sospechado.... Además, nos tratábamos con tanta con-

fianza, que ni por aquí les pasaba! Y sí, yo la quería..... Teresa era la única que una que otra vez nos miraba de reojo, pero.... buen cuidado teníamos de decir delante de ella una sola palabra! ¡Pobre Teresa! ¡Me daba lástima! ¡Tan buena, tan prudente, tan entusiasta! Tenía una verdadera sed de amores, porque cuando platicábamos sobre tan ameno asunto, se animaba, le brillaban los ojos, se ponía nerviosa, apretaba las manos.... y caía después en desconsoladoras y profundas tristezas.... esas amargas tristezas de los corazones vacíos, esas melancolías de los árboles sin nidos, las ondas sin lampos y la flor sin mariposas. Debía amar a alguien, quizá a uno de esos fantasmas que las mujeres aman, idólatras por naturaleza, a falta de un ser real.

—¡Cómo—me decía—cómo no leen los hombres en la mirada, la súplica, el ruego de esos ojos que piden una limosna de cariño para el alma.

Quisiera yo ser hombre—exclamaba la muchacha.—Ustedes al menos, cuando quieren pueden decir: ¡te quiero! Pero una.... es distinto. Dicen que las mujeres somos habladoras, ¡pero qué mayor castigo que callar esas cosas que se quiere y no se puede decir!

En tales ratos, nos animábamos y una que otra vez, sin que la oradora lo notara, estrechaba la mano de Lucía.... que sonriendo decía a su hermana:

—Eres un volcán....

—Me parece que tengo corazón.

—Yo también, pero ya ves que yo no ando con tus cosas. ¡Qué novios! Los hombres ‹pellizcándome a hurtadillas› nada más se burlan de una. Y lo mejor es no meterse con ellos ‹dirigiéndome una mirada para desmentir su frase›.

Concluían tales pláticas con un silencio de éxtasis.... Teresa se iba, dejándonos solos, y entonces ¡no tiembles, corazón!.... ¡te amo! le decía a Lucía con voz trágica.

—¡Te idolatro!—me respondía ella con el mismo tono acercándose a mi oído, y la hermana gritaba desde adentro, siempre vigilante:

—¿Por qué no se vienen a la sala?

Apareció Bruno, el mozo, en el dintel de la puerta, sombrero de palma en mano, y vera efigie de Moctezuma, el imbécil exclamó, derecho como un recluta:

—Aquí estoy, niña.

—Oiga, Bruno, se va en casa de las niñas de Necatitlán, las niñas Labastida, ¿ya sabe? En el ocho, una casa de balcones verdes.... Pregunta por la niña Mariquita y le dice usted, ¡fíjese! no se le vaya a olvidar: que dice la niña Lucía.... que si le hace favor de mandarle la chaqueta azul, la que tiene hombreras, no se le olvide, la que tiene ¡hombreras!

—La que tiene....

—Que se la mando luego, luego, que nada más es para sacar el molde.... Conque, ¿cómo le va a decir?

—Que dice la niña Lucía que le mande su mercé la chaqueta que tiene....

—¡Hombreras! La chaqueta azul que tiene hombreras. Repítalo para que no vaya a decir otra cosa.

—(Rascándose la cabeza y riendo a lo idiota.) ¡A que niña cómo se me había de olvidar!

—Bueno, pues corra y no se dilate. Póngase los pies en la cabeza, y no que luego se está dos horas. Que se lo mando luego, luego.

—Conque.... ¿Qué es de tu vida, Teresa?

—Pues ya lo ves. Pasando, ¿y tú? (sin levantar la cabeza.)

—Fastidiado.... Ayer salieron, las vine a buscar.

—Sí, fuimos al centro.... Recibí el ramito, muy chulo: ya lo puse en agua, está en mi tocador (en voz baja) y la carta que dejaste en la maceta. Ahora te diré.

Cuando entablábamos diálogos sotto voce, la terrible hermana siempre encontraba pretexto para interrumpirlos, así es que pidió las tijeras a Lucía

—Allí están, cógelas.

—¡Toma, enojona!

—No enojona, sino que ésta es así.... Muy floja, pero sí, cuando ella quiere algo se lo han de dar volando.... ¡No he visto gente más egoísta!

—¡Cuidado con matarse!

—Qué matarse, sino que Teresa cuando está de chiflis ni quien la aguante....

—¿Está hoy de chiflis?

—Sí, desde anoche.... porque nos detuvieron a cenar en casa de las Labastida....

—No, no me enojé por eso, sino porque estuviste muy inconveniente, y a mí no me gusta que se burlen de mí. Figúrate, Pepe, que ésta se sentó junto a Ricardo.

—No, no es cierto, no es cierto....

—Déjame hablar. Se sentó junto a Ricardo, ¡y un entusiasmo! que poco faltó para que se dieran palabra de casamiento.

—¡Cómo eres!

—¿No es cierto? ¡Niégalo, Lucía! Niega que te ha quitado el ramo que mandó ayer Pepe, niega que te quedaste con su lapicero.... Figúrate si me había de gustar que ni me hicieran caso y estuviera yo ahí como estorbo....

—¿Conque esas tenemos? (muy pálido, pero con una sonrisa forzada de chancista.) ¡Cómo no me habías contado!....

—No creas una jota, sino que a ésta se le figura que porque es uno amable.... Ahora, el ramo yo no se lo he dado, él lo cogió, y ya ves lo necio que es, no me lo quiso dar, y en cuanto al lapicero, no se lo pedí, sino que me lo guardé por distracción.

—¡Mira qué casualidad!

—Yo te contaré ‹en voz baja›, no te enojes....

—Conque sí, Lucía, con que Ricardito es el preferido y ni quien se lo figurara..... ¡Qué ageno estaba de que ustedes se entendían! ‹yéndome por la pendiente literaria y con ganas de llorar›. Eso pasa: cuando tiene uno las cosas más cerca, menos las sospecha.....

—Ya vine, niña, que aquí está la chaqueta y que dice el niño Ricardito que no se le olvide a usted.... que mañana han de ir a comer y que aquí le manda a usted estas margaritas.

—Póngalas ahí ‹con mal humor y muy contrariada›. Preste la chaqueta ‹desenvolviéndola›. ¡Qué bien se conoce que no usa María hules en sus chaquetas: mira que manchones tan amarillos! ‹Tragando saliva.› Jacinta, tráigame un vaso de agua.

—Y luego dice que yo tengo mal genio. ‹Teresa sale, cierra tras sí la vidriera y se va.›

—¡Ya lo ves, Lucía, ya lo ves, ya ves cómo me pagas! Nunca lo esperé de tí. ¿Por qué no me dijiste la verdad? ¡Y yo que de veras creía que me querías!

—No seas niño, Pepe, eso lo dice Teresa porque no la conoces, porque no sabe cómo ponerme en mal contigo.... Pero no hay nada cierto, no soy una coqueta: te quiero, te quiero mucho, mucho.... Sólo a tí, ‹jugando con mis cabellos.›

—‹Rechazándola suavemente para estar en una situación digna.› No, ya todo acabó....

—No se me enoje.... No me mire así. ¡Cómo lo había de olvidar por otro, siendo tan lindo!

No sé cómo, pero nos besamos.

Oyóse ruido en la sala....

—¡A que nos vieron! ‹erizado el cabello.›

—No, si fué a la cocina.

—Que, ¿no estará espiando?

—No, aunque nada tiene de difícil, porque es peor que una mujer celosa!

*
* *

—Presta, mira, te pondré el almohadón para que estés más cómoda.... ¿Quieres que te arrope los pies? ¡Quién había de decir que este tapete azul lo estrenarías enferma! Alza tantito, te pondré el almohadón

—Pero te molestas, Pepe. Estoy bien así.

¡Cuán pálida estaba la pobrecita de Teresa. La enfermedad dábale un aire interesante! ¡Tan blanca, tan delicada, tan elegante! Se había transfigurado. El dolor la revestía de un encanto melancólico. Era una María de Isaacs destacada en las blancuras del lino. El sufrimiento sombreaba sus párpados y surgiendo de los encajes su mano afilada, inmaculada, suave, parecía un lirio en campo de alba nieve. Desatado el cabello, obscura clámide destacada cayendo en guadejas sombrías sobre la almohada, el óvalo de su rostro enflaquecido y el cuello gentil de contornos elegantes....

—¡Pobre Teresa! ¿Y qué te pasó? Yo no sabía que estabas enferma.... ¿Cómo estuvo eso? Te dejé buena.

—Sí, pero ya lo ves.... Nunca, nunca dejo de tener algo (humedeciéndosele los ojos.)

—Pero vas a sanar pronto (conmovido por esas lágrimas, y con voz entrecortada.) Pero si no te curas.... También así cómo quieres.... (tomándole la mano.) Prométeme que vas a tomar tus medicinas....

(Huyendo mis miradas y retirando la mano.) Medicinas.... ¿Para qué?

—Mira, si yo pudiera.... quisiera ser mágico.... y curarte, pero completamente....

—Por cierto lo que yo te importo....

—Gracias, Teresa, por la opinión que te formas de mí. Te quiero, te quiero mucho.... Ahora comprendo que más de lo que yo me figuraba.

—Mira ‹con el rostro descompuesto›, no abuses. ¿Qué te he hecho yo para que te burles? Tú, tú, ustedes tienen la culpa de que yo esté así, ustedes. No fué jaqueca, no fué enfermedad del estómago, no, Pepe, me aguanté en la mañana, pero en la tarde que me quedé sola, ya no pude, me he caído, me han tenido que levantar las criadas, y no lo sabe mamá.

—Pero yo....

—‹Llorando a lágrima viva›. Me pudo mucho, mucho, Pepe, que queriéndote tanto me pagaras así. ¡Los he visto besarse! Dime ¿soy de palo?

—¿Besarse?....

—Me ha llegado al alma.... porque, no sé, yo te quería y tú me tratabas mal por Lucía, que es novia de Ricardo.... que no te ama.... y tú lo decías el otro día, ¿te acuerdas? Que mientras más cerca tenía uno las cosas, menos las sospechaba.... por eso no te figurabas que yo a un paso los espiaba.

—Mira, ya no quiero a Lucía, ¡he sido un animal prefiriéndola a tí! pero.... mira, te convencerás de que te quiero más cuando sepas..... ‹tomándole nuevamente la mano›. Sí, dime que todavía me quieres.... que vamos a ser muy felices ‹se le derraman las de San Pedro›, pero no llores, mira, yo también estoy llorando ya, eso te hace mal.... A ver, mírame, pero no enojada.... así.... Yo te voy a curar.... y si sanas ¿me juras olvidar todo, todo?

—Cállate que ahí viene mi mamá y Lucía....

—Señora, ¿está usted bien?

—Bien, Pepe....

—Mi vida, no sabía que estabas aquí. ‹En voz alta›: ¿Cómo te va, Pepe?....

—¡Bien! ‹con aire digno y seco›.

EL HEREDERO

Llegaron a tal grado los escándalos del niño Julio, que hubo necesidad de llamar a Martín Hoz, el gran amigo del poeta, único que tenía alguna influencia sobre el descarriado joven.

La tía a cuyo cuidado había quedado la familia desde la muerte del poeta, creyó ser este el único paso más oportuno para poner orden en aquella casa.

La conducta de Julio rayaba en lo inverosímil: casi todos los días era la misma historia.... El niño llegaba a deshoras, muchas veces a la madrugada, en estado de embriaguez.

La conferencia tuvo lugar en el estudio, aquella pieza de tapices obscuros en que el padre hacía menos de dos años trabajaba todavía. El sillón donde Marcos solía leer estaba a un lado de la amplia mesa, de la que habían desaparecido los libros, cuadernos y manuscritos.... Quedaba sólo del poeta el hu-

milde tintero que solía usar, el portaplumas enmohecido yacía bajo un periódido, olvidado y cubierto de polvo.

Lo que causaba más honda impresión, era el retrato de Martos, en lo alto de un librero: joven aún, muy recién casado, y vestido a la usanza de la época. En sus últimos años se había avejentado muchísimo, pero su fisonomía no había perdido aquel aire inteligente y franco que lo hacía tan profundamente simpático. Palpitaban en aquella estancia abandonada mil recuerdos, el librero ya casi vacío, los bronces de arte, las mesas, las acuarelas, el reloj en forma de casco.... todo evocaba la memoria del cantor de "Ida" y "Efímera", el laureado poeta en cuya composición última se notaba ya esa tristeza que precede a la muerte:

Ya mis flores murieron! Ya la nieve
Prende un florón de perlas, etc.

Recuerdo que el decaimiento de sus últimos tiempos fué causado por una desilusión que hirió su corazón de padre y de artista.

Su hija se había enamorado neciamente del tenedor de libros de una vinatería, y su hijo se le presentó ebrio por la primera vez.... Y aquel hombre correcto y elegante, aquel modelo de caballerosa conducta, el que hablaba en prosa y verso de la filial ternura con notas tas conmovedoras, jamás pensó en que era uno de aquellos padres infelices que tienen en su propia casa los vicios que hieren con sus estrofas entusiastas y sus amargos anatemas. Desde entonces ya no fué con sus amigos el mismo de antes, abandonó la lira, y por último, fué conducido por unos diez amigos a un sepulcro de no sé qué clase, leyeron una elegía, y una sociedad literaria le dejó una corona. Los escritores todos desfilaron por la casa de los deudos, les dieron el estrecho abrazo de ordenanza, recitándoles un pésame ad hoc, en el

que campeaban algunas ideas firmadas nada menos meses antes, por el ilustre muerto.

Un poeta dijo a Julio con voz muy conmovida:

—A usted toca heredar ese nombre, a usted conservar la gloria de ese padre y perpetuar sus obras.

Era el primogénito, y se le regalaron el magnífico *remontoir* de oro, premio de un concurso literario, una corona de laureles de plata, del mismo origen, y una pluma de oro, obsequio de un colegio de niñas, en cuya repartición de premios leyó la célebre oda dedicada "A los que avanzan"

Gracias a Martín Hoz, no se vendieron los libros por peso, como lo proponían los compradores, y la biblioteca, que valía unos dos mil pesos, fué realizada en ciento cincuenta, con excepción de los volúmenes lujosamente empastados, que guardó el hijo mayor, y las obras de Marcos, que en desorden absoluto se arrojaron al fondo de una alacena.

Pasados los días primeros del duelo, los parientes comenzaron a abrir cajones y carpetas rompiendo las cerraduras, revolvieron los borradores y manuscritos, rompieron obras inéditas, quemaron cuadernos de apuntes y cuartillas sueltas, y sólo el escribiente pidió a Julio un autógrafo del señor su padre.

Y aquellas páginas escritas con fiebre, aquellos queridos papeles en que la frase condensó toda la juventud de un alma en primavera, los sueños alentados por el vidente y la amargura romántica del escéptico, yacían pisoteados por las alfombras, sin que una mano inteligente se dignara recogerlos.... Igual suerte corrieron grandes rollos de periódicos, recortes en los que se alababa al poeta y su obra, elogios que la familia no leyó, porque ya se sabe con cuánta prisa se recorren los quintales de papeles que deja un padre de familia cuando el fin único de los curiosos es encontrar documentos.

Se vendieron multitud de cuadros, y con el tiempo,

el dueño y señor de hecho de aquella casa fué el tenedor de libros, futuro de Ruth, porque Julio, un imbécil, vivía entregado a placeres de índole distinta a la de los domésticos.

Hoz prometió arreglar al muchacho....

—Es una cosa inconveniente, don Martín—decía la tía—no hay noche que este muchacho no llegue cayéndose. No sé dónde se mete, no sé qué amigos tiene, el caso es que va a perder la salud para toda la vida. Parece que el diablo lo ha hecho: lo que más odiaba Marcos era la borrachera, y por ahí le ha dado a este indecente. Ha llegado a tal grado, que el otro día lo han traído sin conocimiento unas mujeres, en un coche de sitio. Eran las dos de la mañana, y me lo encontré en su cuarto tirado boca arriba, en la alfombra, el sombrero abollado y lleno de saliva y polvo, sin corbata, la levita pegosteada de chartreusse, y los zapatos y el pantalón y todo él, de pies a cabeza, lleno de lodo, con un moretón en un ojo.... El día menos pensado le pegan una cuchillada. Porque no crea usted, se ha de haber peleado.

No sé de dónde saca dinero. ¿Cree usted que se ha atrevido a abrir mi ropero? ¿Cree usted que ha empeñado la corona, la pluma y el reloj de su padre, que le hemos dado, porque les tenía mucho cariño? Cree usted que las poesías de Marcos andan en las Cadenas? ¡Si él lo viera, él que era tan delicado, tan cariñoso, tan moral! Si resucitara se caía muerto, don Martín, se caía muerto.... ¡El día de su santo no han sido para llevarle una corona, sólo el escribiente, que de veras es agradecido, fué al panteón!... ¡No, si se ven unas cosas! Yo me he propuesto no meterme en nada, pero basta que sea hijo de un hermano mío, para que me pueda que arrastre el nombre sin mancha de su padre en las cantinas y en las casas malas, porque no sale de ahí.... Apenas hay un escándalo y saben su nombre: es lo primero que pre-

guntan, si es hijo de Marcos, Ya se lo dije a Ruth, me voy a ver precisada a advertírselo: o te enmiendas, o me largo por mi lado, y haz por el tuyo lo que te dé la gana. Porque estoy cansada, me tiene hasta aquí.... no puedo aguantar más, de buena me he pasado sin tener obligación de vivir con ellos. ¿Para qué más quebraderos de cabeza?

Flotaba honda tristeza en aquel estudio.... La pobreza había ido desnudando de sus cuadros a las paredes, el abandono tendía sus telarañas y el manto sutil de polvo en las cornisas de los estantes.... La tinta se había secado en el tintero, los papeles se habían puesto amarillentos y el reloj en forma de herradura no latía ya, señalando eternamente las ocho y diez minutos.... Caíase a pedazos el tapiz del sillón, y en el perchero, abandonada, se veía la gorra de paño que el poeta usaba para trabajar.

A la escasa luz de un quinqué sin petróleo, se adivinaban apenas en el librero unos cuantos volúmenes, y la sombra se refugiaba en los rincones, donde se oía el medroso roer de los ratones.

Parecía flotar en aquella pieza no sé qué frialdad de lugar lúgubre, parecía lamentarse una voz perdida en el fondo de los estantes y el retrato en lo alto de la pared, destacado en la obscuridad, adquiría tonos de cadáver, y aquella inmóvil mirada que parecía perseguir algo en el muro frontero. ¡Pobre Marcos!... no era la musa, era el dolor, era la vergüenza, era la ingratitud la que daba forma de monstruos a las tinieblas.

Tal pensaba don Martín mordiendo el puño de su bastón, sin saber qué contestar a la tía indignada, que le revelaba una por una las bajezas de aquel que el poeta, lleno de orgullo y de cariño, llamaba mi heredero! ¡Famoso heredero el concurrente asiduo al lupanar y a la cantina!

¿Por qué—se preguntaba el amigo del pensador—

los grandes hombres producen tales vástagos? Rara vez se da el caso de que un Dumás padre engendre un Dumás hijo de la misma talla.... Las celebridades no deberían tener una descendencia....

Jamás herederos que arrojen la herencia si es de joyas a un empeño, si es de ideas al fango, si es de libros a la balanza de una tienda.... Herederos que no tienen una flor para la tumba de su padre y sí el descaro de llevar su nombre, piel de león que visten sobre sus costillas de asnos irrespetuosos....

Y aquel don Martín, el apologista, que en prólogos y periódicos había narrado la vida del "Musset meridional", pronunciaba una frase muy amarga para los grandes hombres: la misión de la encina es producir bellotas.

LOS ABANDONADOS

—A ver, acércate, dijo el practicante, quitando de la boquilla un cigarro y limpiándose los dedos con la desgarrada blusa—tú, que te acerques—agregó con impaciencia, dirigiéndose a un individuo sentado en la banca de madera del patio.... El individuo se acercó con temblorosas piernas, oprimiendo el destejido sombrero contra el pecho y abatiendo la cabeza.

El practicante siguió charlando en tanto con un individuo que, a manera de florete, empuñaba el bastón y tiraba a fondos a un pilar.... Reían de buen humor e interrumpieron su charla....

—Conque.... ¿qué tienes?

El enfermo, pues estamos en el patio de un hospital a la hora de consulta, se rascó la cabeza, abrió la boca y miró con aire de idiota al que lo interrogaba.

—¿Qué tienes? ¿qué te duele?

—Calambres en las piernas.

—¿Nada más?

—Calentura.... tos.... mucho sudor y un dolor aquí.... Y señaló vagamente el vientre....

El practicante, con las manos en los bolsillos, oía distraídamente....

—¿Te da la calentura después del calosfrío?

—Sí, escalofrío, calentura y dolor aquí....

—¿Escupes sangre?

—No he visto, señor....

—¿A qué hora tienes la calentura?

—En la noche.

—Y la tos ¿también en la noche?

—No he visto.

El practicante tomó un trapo limpio colgado de un clavo, lo colocó en las espaldas del indígena y empezó a darle golpecitos para percutir, bajando el hombro casi hasta la cadera.....

—Vamos a ver—y arregló de nuevo el trapo sobre la desgarrada blusa, que tenía todos los tintes de la grasa unida al polvo y al sudor. Pegó la oreja para auscultar....

—Vamos.... cuenta: uno, dos, tres....

—Uno.... dos.....

—Más despacio.

—Uno.... dos.... tres.....

—¿Oyes compañero?—Y cedió el lugar al joven que seguía con la mirada el reconocimiento.

—¿Percibes?

—Nada....

—¿Verdad?

—Vamos, acuéstate ahí en la banca y bájate los pantalones.

El paciente se quitó el viejo rebozo que le servía de faja y descubrió el abdomen cobrizo, en el que se veía la pálida huella del cinturón....

—¿Conque te duele?

—Aquí.
—¿Aquí?
—Sí, ¡ay!
—El hígado, ¿no?
Percutió de nuevo la zona dolorida enarcando las cejas.....
—Toca, compañero.... sonido mate.
—En efecto....—agregó el compañero—¿Hepatitis?
—Precisamente, ¿no ves el color ictérico? ¿Y tú bebes? preguntó al enfermo, bajandole con el dedo el párpado inferior.... Hueles a perita de San Juan.... Te la pones seguido....
No, señor....
¡No, será aprensión!
Y dando la media vuelta se sentó frente a una mesilla y colocó a su frente una boleta.
¿Cómo te llamas?
Magdaleno Silverio.
¿Edad?
¿Señor?
Que cuántos años tienes.
Treinta y dos.
¿Casado?
Viudo
De dónde?
Silao.
¿Oficio?
Jornalero.
¿Qué tiempo llevas de enfermo?
Hará dos meses.
¿Te curaron antes?
No, señor.
¿Dónde vives?
No tengo casa.
¡Cómo! ¿No tienes casa?
—No, señor. Si vine de mi tierra por una hija que se había perdido.

¿Perdido de Silao acá?

Si, señor, se la sacaron de mi casa *y mijo* vino por ella y lo mató el *amasío* hace dos meses. De la *muina* creo que me viene esto y como él me mantenía....

¿Pero dónde has dormido?

En la comisaría, porque me cogieron pidiendo limosna.

Vaya.... Entrégale esta boleta al señor (enseñándole al comisario) y vete a la sala de tercer año, cama 5.... ¿Tienes hambre?

Sí, señor.

El practicante dió dos pasos de polka, ofreció un cigarro al joven floretista y dándole un golpecito en la espalda le dijo:

Conque sí, *mon cher.*

Pasando chico.

¡Qué linda tarde!

Una camilla entraba cargada por dos empleados de comisaría....

—He trabajado como un asno hoy.

Comenzaban a encender los faroles. Las sombras descendían y un último fulgor rojizo del cielo daba un tinte de sangre diluida a los pilares agrietados, carcomidos, sucios.... Varejones sin hojas se balanceaban con un cabeceo de ramas somnolientas y un santo de cantera se destacaba inmóvil en la penumbra. En las obscuras escaleras extendía un círculo tembloroso un farol opaco, y un cuadro místico en el descanso fingía un grupo de personas en el dintel de una ventana obscura.

A duras penas, solo, sin la mano de un hijo que lo apoyara, trepaba la escalera el enfermo, como si fuese un ebrio.

*
* *

El practicante estaba triste aquella noche y platicaba en su cuarto con el amigo del florete, ambos recostados en la cama ya tendida.

—Hace frío....

—Y buen frío, ¡y mira qué noche!

Hermosísima.

Y veían tras los cristales de una gran ventana el brillante puntilleo de las estrellas en el azul transparente de la noche invernal.

—Figúrate si no me podrá. No sé de mi familia, nadie me escribe: de esto hace dos meses, ni un centavo.... ¿Cómo quieres que no tenga uno ideas de suicidio así? ¡Abandonado! (Y sí lo sentía porque al decirlo se le humedecían los ojos.) ¡Abandonado de los que quiero! Sacrificándome, matándome, empeñando, pidiendo prestado! Este cuarto indecente está mejor que el mío....

Ambos miraron los pobres muebles del cuarto. Un bufete, en el que yacían un sombrero, un grueso libro forrado con hule de mesa, un botellón y en platos de fierro la cena miserable de hospital junto a un par de sondas. El buró con su palmatoria de lata y una escuálida vela de estearina, el despintado aguamanil, la coja silla y el inseguro catre....

Ni un rumor venía de las extensas salas. Uno que otro paso resonante en los largos corredores, el derrame casi qnedo y discreto de la pileta hacía parecer aquel lugar un edificio desierto, y sonaban con intensidad melancólica los toques de una campana, triste cual ninguna, que llamaba a los mozos.

—No debes quejarte, dijo el amigo poniéndose en pie, empuñando el bastón y sacudiéndose las manchas de ceniza del traje.... No debes quejarte, agregó encendiendo un cigarro en la vela, porque no, no es-

tás abandonado, hay otros más abandonados que tú....

El practicante se quedó solo, quitóse los zapatos y vestido se arrojó al catre sin poder dormir, porque le aguijoneaba aquel pesar, el pesar de esos animosos que dejan un hogar, una madre, una novia, y se encierran en un colegio para buscar un porvenir, esos pobres a quienes se les olvida a veces, y al dolor de la nostalgia se une otro dolor, el de saber que es incurable.

Nada les sonríe. Son extraños para ellos todos los amigos, años pasan y no hay uno sólo que se crea en una ciudad sino como pasajero, soñando eternamente con aquel sol, con aquella lontananza, con aquellas hiedras, la conventual ventana y la niña que se asoma tras ella para decirles en voz muy baja:

—Mi mamá no se acuesta todavía, habla quedito, quedito.... ¡pschit!

Esos pobres son poetas sin musa, son plantas que languidecen en el salón porque sueñan con la sombra de las calladas frondas, el roce de las alas, el gemir de las hojarascas y esa calma profunda de la naturaleza libre, virgen.... Entonces desfilan ante ellos procesiones grotescas.... el presentimiento, la sospecha, los celos.... Ven a la madre muerta, a la niña que dejaron triste bailando con aquel necio que la floreaba.... y gimen muy quedo ¡abandonado! como gemía el practicante que boquiabierto, con el libro en la mano, caídas las colchas y hundida la cara en las almohadas se había quedado dormido....

A un paso estaba la sala de tercer año: el Mayor roncaba vestido en un lecho, los faroles ardían con flama tranquila colgados de los altos techos, y en la sombra se dibujaban vagamente las tres hileras de camas.

Los enfermos parecían dormir y algunos no dormían. Allá uno se había sentado en la cama y recargaba sofocado la nuca en la cabecera, otro en-

cendía un cerillo y con los pies descalzos sacudía las sábanas y buscaba al trasluz las pulgas, otro fumaba y como el ojo de un felino en acecho se encendía el clavo de su cigarro, el 10 se inclinaba para tomar la basinilla, se limpiaba la boca con las sábanas el 9 que tosía, y en el confuso rumor de las respiraciones se levantaba el de una.... agitada, entrecortada, estentórea: la del 5, cuya cama había sido tapada con una cortina porque se iba a morir.

¡Pobre 5! En la mañana todavía comió con apetito, el vegigatorio parecía haverle hecho bien, pero a eso de las tres sintió horrorosos escalofríos, la lengua le parecía de trapo y una cosa, un hervidero de flemas le subían de la boca del estómago al cuello como si se ahogara.... Quería hablar y no podía, quería ver y sus pupilas no obedecían a la voluntad, se fijaban en el envigado del techo, sentía helados los pies, se crispaban las manos oprimiendo la frazada gris, y cuando le hablaban percibía un rumor ensordecedor, pero no atinaba con el significado de las palabras y cuando quería responder sólo producía entrecortado balbuceo.

Recordaba que vió brillar la piedra de un anillo, oyó el tic tac de un reloj, lo tocaron en distintos puntos y sintió alejarse los pasos del doctor Después lo encerraron en una jaula de cortinas, y entonces el 6, su vecino, dijo oprimiéndole las manos con voz muy conmovida, pero entre grave y risueño, quizá con burla:

—Adiós, amigo.... hasta la otra, y el practicante, eso si lo oyó muy claro.... dijo también.... éste se restira esta noche.

¡Qué horror! Y aquel dolor del hígado crecía, creía que se lo amasaban, picoteaban, cortaban, desgarraban. A veces era la sensación de un golpe, de una puñalada después, y se sentía animado a los pocos momentos, una tregua que parecía alivio, y en-

tonces pensaba en Silao, en la milpa, en el ojo de agua, las vacas graves y la hija arrepentida.... Pero el día iba cayendo: aquello que hervía en su garganta subía hasta la boca, sentía ahogarse, no tenía fuerzas para arrojarlo y las ideas se barajaban en su mente: su mujer muerta, su hijo muerto.... el alcalde.... el doctor.... el callejón de la Mosqueta, los andamios de la iglesia, las gallinas del carretero.... el tren pasando. Quería atrapar una idea, pero al fijarla, el dolor se la quitaba y el delirio las barajaba como un montón inmenso de cuadros, periódicos, retratos.... y sentía un inmenso deseo de volverlos a ver a todos, tenerlos cerca para algo que no se explicaba, pero que sin saber por qué, lo hacían recordar los sermones del Padre Gordillo.... la condenación. Quería gritar y creía que gritaba, pero ¡nada! Los enfermos [illegible] a un paso, y ni uno solo por curiosidad alzaba la cortina de su lecho.... Se le trababa la boca, [illegible] como un ladrillo asoleado, sus ojos no se despegaban del techo, ya sentía la impresión de una luz intensa ya la sombra absoluta donde danzaban puntos [illegible] manchas de colores, relámpagos y un [illegible] de ondas atronador y una ansiedad que lo hacía querer gritar pero aquel hervidero de la garganta no lo dejaba y no quería estar solo, quería que todos los vecinos lo auxiliaran en aquel trance, pero todos [illegible] Las ideas huían como un ejército de [illegible] no sentía ni pies ni manos, sólo un hígado que lo [illegible] puntitos brillantes.... zumbidos [illegible] y aquel estertor que lo iba ahogando [illegible]

[illegible] el Mayor.

—Bueno....

Ya a las ocho, la cama del 5 no tenía colchón, y un enfermo con sigilo había sacado de la funda de las almohadas una caja de cigarros y dos centavos de cobre.

Magdaleno Silverio había sido conducido al segundo patio. Se le colocó desnudo en un plano inclinado de vigas, y el muertero, por un rasgo de piedad, le quitó el grasiento escapulario de un santo.... Como nadie reclamó su cadáver, se le entregó al *pelón* de la Escuela de Medicina.

El amigo floretista y el practicante lo vieron partir por casualidad....

—¡Qué gestos tienen algunos muertos! Ese parece que empezó a decir una palabra y no la acabó....

—Y de veras....

Y el practicante se quedó pensando en qué palabra sería.

Quizá decía ¡solo! porque esos, esos que se les pone en una jaula de cortinas, se les pone en un plano inclinado, en un carro después, en una plancha más tarde, y llegan a la fosa descuartizados, sin que su nombre se sepa, esos son los verdaderos, los únicos abandonados.

EL MAUMOUTH

Doña Mónica no era una abadesa, pero lo parecía. Pálida hasta los tonos amarillos, ojos sin mirada, labios contraídos eternamente por agrios gestos, manos exangües, afiladas, sedosas, como aquellas que tan sólo manejan el libro y el rosario. Doña Mónica era una señora antigua, de esas que reciben pensión por los servicios de su padre, jamás había oído hablar de amor ni a jóvenes ni a viejos, y a últimas fechas se entregaba a la vida devota.

Era ordenada y minuciosa, veíanse sus cabellos entrecanos, peinados con raya en medio y pegados a la frente por dosis regular de cosmético, a la usanza antigua, saquillo y enaguas de percal medio luto, crucecitas blancas en fondo negro, enaguas muy amponas como si usara crinolina, pantuflas de paño y el pañuelo colgando de la pretina.

No podía vérsele sin adivinar desde luego a la mu-

jer irascible, melancólica, intolerante, a quien todo lo mundano parece imagen del pecado, y como el caracol, refugiado en un encierro, suele sacar tan sólo los cuernos para amenazar, rarísima vez para dar un consuelo.

Me parece que la estoy mirando sentada en una silla de costura, con una jícara entre las piernas y dentro de ésta canales de cigarro y tabaco, de los cuales, rezando avemarías, hacía algunas docenas. Todo respiraba una profunda tranquilidad de claustro en aquella pieza de pavimento pintado al azarcón. Entornadas las puertas del balcón que tan sólo dejaban entrar una barra de luz que animaba los marchitos dibujos de un transparente....

Pesada cómoda con adornos de bronce sostenía un cuadro sin marco que representaba un santo, con rostro tan patético que inspiraba espanto, al lado, bajo un capelo, un "Santo Niño de Atocha", relumbroso, con su sombrerito de fieltro ornado por diminuta pluma a lo mosquetero, traje color morado y bordado de oro, sandalias atadas con listones y teniendo en la mano un báculo de metal con un calabazo de oro, llenaban el ropón del infantil santo, milagros de plata, tenía diminutos anillos con perlas en los deditos, reían sus ojillos de esmalte y un gracioso hoyuelo en sus mejillas le daba un aire picaresco.

Horas enteras me entretenía en contemplar aquel prodigio, aquel niño que parecía ir a dar un paso encerrado en su capelo de cristal verdoso. Simpatizábame tanto como un San Pascual Bailón litografiado, un santo joven, con su aventador y sus tenazas en la mano, confeccionando frente a un brasero no sé qué platillo. Doña Mónica era devota del Santo cocinero, para que antes de morir se lo advirtiera dando tres golpecitos en la cabecera de su cama, porque lo que la ponía más fuera de sí era pensar u oir

hablar de muertes repentinas, y por eso eternamente ardía en sucia taza, la luz de una lamparilla de flama mustia, al pie, en oval caja de madera, yacían nadando en grasa las mariposas usadas y los cerillos sin cabeza.... Las moscas flotaban muertas en el aceite, chispeaba la triste llama, iluminaba con tintes amarillos los bordes de la taza y lanzaba al techo un trémulo relámpago circular.

Aquella lámpara daba no sé qué sello al cuarto.... ¡sello desesperante de tristeza! La cama perfectamente bien tendida, y a sus pies, hundido en rollizo edredón, un gato que ronroneaba dormitando.... Este gato viejo, flojo, sensible, se llamaba el Maumouth, pero le decían Mamú a secas. ¡Cómo hubiera ahorcado a ese indecente animal, alimentado con bizcocho y leche, eternamente echado en los lugares tibios, como en los ladrillos que hería el sol, en el fondo de los sillones, en el edredón o las faldas para él maternales de doña Mónica!

Desde chico dió a conocer el muy hipócrita lo que iba a ser de grande: ¡canalla! Otros gatos en la infancia son correlones, inquietos, graciosos, éste no, huía de los juegos, andaba de puntillas, sin ruido, y sólo a la hora de comer ponía las patas en el palo de la silla, y con los ojos bajos lanzaba maulliditos dolorosos, como si mendingara un mendrugo. Solía salir a la azotehuela cuando no daba el sol en el balcón, y desde la barda lo llamaban unas alegres vecinas de pelaje amarillo, y el muy mosca muerta bajaba los ojos y.... no llevaba capa, pero la hubiera dejado en manos de cualquiera, para refugiarse asustadísimo debajo del brasero.

—¿Qué haremos, Fernandito—me decía doña Mónica un día—para que Mamú no haga inconveniencias en la sala?....

—Muy sencillo, señora—le respondí.—Haga usted como en mi casa con el Tostado: lo coge usted del

pescuezo, le restrega usted el hocico contra la inconveniencia, le da usted tres pantuflazos y le enseña usted un cajón con tierra.

—¡Pobrecito.... pegarle! Eso es tener mal corazón. No es bueno que los niños tengan esos sentimientos. Eso es pecado. ¡Que te viera tu ángel custodio hacer eso, verías, se enojaba!

Quedéme asustado del regaño.... pero.... en mi casa y en todas partes hacían lo que yo proponía. El Mamú se salió con la suya e hizo cuanto se le ocurrió, lo mismo en el corredor que en la sala. De ahí aquel olor felino que se notaba desde la escalera; en la casa de doña Mónica.

Y era inteligente aquel bicho, pero inteligente para el mal. Había no sé qué de malévolo, de jesuítico en sus pupilas amarillas, que rara vez dejaba ver, pues ante las gentes tomaba un aire de sumisión casi devota. Llegaba una visita y espiaba, se iba deslizando hasta saltar a las piernas de doña Mónica. Simpatizaba con las gentes de la casa y aparentaba no sufrir a los extraños, a mí especialmente. Me odiaba a muerte como yo lo odiaba: descubrí esto una tarde memorable. Tomaba chocolate doña Mónica y acostumbraba darle una sopa, la primera, que engullía con coqueto agradecimiento. Una ocasión estaba presente y la señora concedióme la primicia del chocolate, enfurecióse el gato, pero disimuló su cólera, que fué un relámpago, erizósele el pelo, vióme con los ojos muy abiertos, con odio profundo y cayó al suelo presa de sacudimientos nerviosos.

—¡Mira al Mamú, me decía la señora, encantada, mira cómo se revuelca de gusto!

—De rabia, dije para mí. Desde entonces seguí a aquel animal, digno de los que Zolá ha pintado.... Lo seguí eternamente con una mirada como la del héroe de Edgard Poe, y siempre respondíame con

otra, que si hubiese tenido poder para matarme, me hubiera pulverizado.

¡Ah, indigno Mamú! Era un barbero, volvíase todo mimos para la santa vieja, restregábase en sus faldas con la cola vertical al aire, lanzaba gruñidos voluptuosos cuando le rascaban la barriga, y a la hora del rosario echábase, juntaba las manos que parecían de algodón y parecía también murmurar un rezo, fija la vista en San Pascual Bailón. Terminado el rezo, como si las besase dando las buenas noches, lamía las manos de la ama.

Yo lo ví sentado sobre las patas traseras murmurar algo, como un acto de contrición, junto al buró. . . . y doña Mónica decía:

—¡No le falta más que hablar! Si vieras para comer, ¡qué capaz que recoja las cosas si las tiran, no señor! se las han de dar en la boca. . . . y eso a su modo. . . . sólo come su carnita asada, su mamón y su leche!

Era tal el cariño de la devota por su gato, que con él dormía, acostábalo a los pies de la cama en su edredón azul, y lo arropaba con un tápalo a cuadros rojos y negros. En la mañana servíasele el alimento en el lecho y no se hacía ruido para que no despertase.

—¡Parece, decía la consentidora, un viejecito enfermo que toma su leche! ¡Si vieras cómo se enoja cuando abren el balcón y le da la luz en los ojos! Se levanta, y ahí en la tarima donde da el sol, se lava la cara el muy mono, y cuando amanece nublado, no puede tenderse la cama porque el bendito animal no se mueve, como si se pusiera tristón.

Yo estaba muy pobre y aquella señora nos daba un centavo una que otra vez, azúcar, ropa vieja y otras pequeñas limosnas. ¡Si viérais con qué mirada veía el envidioso animal el bulto bajo mi brazo, el centavo que guardaba o el pan que pedía!

Llamábase para animar a la señora y me lanza.

—Si me le te conoce.

—Vuelva vez. Vamos!

—Bonito invite. toma!

Y una vez que le coge pensaba en mis rodillas.

—Hacer caricias, para que se engrea, agregaba. pasaba mi mano por su lomo. y comenzando a lo mucho me clavaba las uñas sin piedad. Una vez, no pudiendo aguantarlo, le hice caer.

—No seas cruel, con razón no le quiere pobrecito!

El animal se hizo el asustado, y hubo necesidad de friccionarle con aguarrás alcanforado y envolverle en paños calientes para que volviera en sí...

Desde entonces, adios bizcochos, adios zapatos, adios cenave para mí.

Me acercaba, no le veía, y lanzaba el animal un maullido como si le hubiese maltratado, y aquella señora virtuosa me lanzaba a rostro toda clase de duros improperios.

Llegó una época amarga: llevéle un día a doña Mónica uno de esos papelitos escritos a lápiz y en los que se pide prestada una peseta. La señora estaba inconsolable porque Mamá no había querido comer. Pintéle la situación de mi familia, conmovida iba a darme medio de limosna, cuando Mamá, como si supiese las consecuencias, comenzó a lamer las migajas de la merienda...

—Míralo.... míralo, con razón estaba tan tristón, si tiene hambre....

Sacó su portamonedas y exhumó un quinto.

—Que dice mi mamá que siquiera para una pieza de pan.... que no hemos comido.... que.... Y aquella señora que rezaba tanto e iba a irse al cielo, me respondió con agrio gesto mostrándome al sacristán,

al envidioso, al indecente gato, que parecía sonreir con aire de Mefisto.

—Pero ¿qué no ves que no tengo, que este quinto es el único, y es para los bizcochos de Mamú? ¡Véngase, véngase mi viejecito lindo!

COSAS DE BAILE

Todas las velas de los candelabros, los quinqués de bombas opacas y hasta los picos de gas de la araña central, estaban encendidos. Hería los ojos aquella escandalosa claridad, aumentada por los grandes espejos. Anchas ánforas rebozaban flores, que parecían desmayarse agobiadas por el calor y por la luz. En las consolas de mármol habían quedado abandonados pañuelos y pedazos de pastel, copas con heces de licor o ramilletes de violetas y gardenias, gardenias amarillentas ya y violetas enteramente marchitas.... La sala ardía, las conversaciones se entablaban en voz alta, entusiastas, interrumpidas por alegres carcajadas o exclamaciones agudas. Las hileras de rojas sillas, antes ordenadas, habían perdido toda simetría. En la restirada alfombra se borraban los extravagantes ramos de monstruosas flores, y hasta las damas, con el vaivén del baile, habían desarreglado

la corrección de sus trajes, el polvo de arroz desaparecía de sus hombros desnudos, los encajes se ajaban y ya flotaban sobre la frente algunos prófugos cabellos en desorden. Los hombres paseaban por el medio de la sala sin la timidez que los hacía quedarse petrificados en el marco de una puerta, y se abanicaban allá con un pañuelo, más acá con el claque reglamentario, y hubo algunos que improvisaron abanicos con la mitad de un periódico, rojos, inyectados los ojos, perlada de sudor la frente y la punta de las narices, humedecidos los guantes y abollada la rígida pechera de las camisas.

Se había llegado a esa hora en que el orden es imposible, en que el más lacónico, forzado por las circunstancias, tiene que decir una palabra a las damas, so pena de que lo interroguen a cada minuto.

—¿Por qué está usted tan callado? ¿Por qué tan triste?

Lo cual no tiene más respuesta que lanzarse al salón de fumar con las personas serias, esos inválidos de los salones que se acuestan temprano, y desvelados, o atacan el buffet o entablan diálogos filosófico-morales.

Y nada más encantador que aquella variedad en las posturas femeninas: una niña de traje color salmón había volteado completamente su silla para seguir el relato interesante de un señor de lentes de oro, otra, de gris pálido, pegaba casi su oído a los bigotes rubios de un Adonis moderno, que con los ojos en blanco le recitaba párrafos de prosa poética, como un grupo de aves en el nido, se apiñaban en un rincón cinco jóvenes, muy interesadas con los chistes de un moreno que, de pie y haciendo exagerados ademanes, imitaba con la voz y con el gesto a una de esas víctimas que nunca faltan, por tener los faldones de la casaca demasiado largos o las mangas demasiado cortas. Todos reían, todos tenían una fra-

se feliz, y las mamás, en el lugar de honor, nada veían, teniendo una gruesa muralla de espaldas masculinas al frente, en la pieza de junto brillaban como carbunclos los clavos de los cigarros.

Las muchachas feas dormitaban en sus sillas, embriagadas por el calor, sofocadas por aquella atmósfera, en la que se mezclaban el discreto olor del Jerez y las ráfagas de perfumes de pañuelo.

Había momentos de silencio cuando alguien se paraba a cantar una romanza que nadie oía, o una pieza sobre temas de ópera con acordes sonoros y afiligranadas variaciones, entonces se oían claras las frases dichas en voz alta, se prestaba atención a los primeros compases para reanudar después los interrumpidos diálogos en voz baja.

A las notas del pistón que anunciaba una pieza, seguía el ir y venir de los bailadores buscando pareja, estallaba la música en un vals y los asientos quedaban vacíos. . . . ¡Cuántos recuerdos de esa noche para la pobre enamorada! ¡Jamás los ha olvidado! Mucho tiempo hace de aquel baile, y, sin embargo, lee con elocuente melancolía en su carnet aquel nombre que siempre se escribe con mala letra porque el pulso tiembla: José M. . . ., lo lee, lo vuelve a leer, y se reproduce en su imaginación de mujer todo el cuadro.

Iba al colegio, la seguían, lo conoció en el teatro, se encontró con él en una visita, y encerrada en un establecimiento de educación claustral, leía en los periódicos religiosos las profanas revistas de bailes y carreras, y siempre en ellas aquel nombre José M. . . . Ningún varón le había hablado, pero la imaginación femenina, que de novelas vive, habilita de personaje al primer pantalón bien cortado que ven, a los ojos que más le han hablado o al primer imbécil que ha tenido la fortuna de decirles una frase feliz. . . . y Carmen hizo el protagonista de su novela a José M. . . .

que encontraba rara vez, a él dedicó el arreglo minucioso de sus primeros trajes, su nombre pronunciaba al leer romances melífluos, y todo personaje de novela se le antojaba aquel mudacho de cabellos castaños, escuálido y de ojos garzos.... y le habló.

—Ya la conocía yo a usted de vista (viendo oblicuamente).

—Y yo también a usted (ruborizada).

—¿Se acuerda usted? (viendo al cielo raso y dando vueltas al pañuelo).

—¡Ah, sí! (completamente desconcertada).

Y después de este prólogo ni él pensó en bailar ni ella concedió pieza alguna, su carnet no tenía más que un nombre: José M.

¡Si las velas esteáricas que se funden en blancas lágrimas hablaran! ¡Si las flores pudieran contar por qué caen al suelo y una mano de hombre las recoge! ¡Si los pañuelos contaran por qué han quedado reducidos a hilachos, por qué la mujer nerviosamente los destroza!.... podríamos saber qué ocurrió entre Carmen y José M., que habían hecho abstracción del baile y de las gentes, perdidos en ese suave vaivén de las palabras que lleva del diálogo a la confidencia y del recuerdo a la esperanza.

Carmen esa noche se dijo más de una vez:

—No me engañaba, me quería desde hace mucho tiempo, y allá en voz muy baja confesó que la vida de una mujer, sin un nombre querido de varón, es un libro en blanco.... como el carnet de baile, títulos y puntos suspensivos que ¡ay de aquel que los llena... con un nombre que es el de un verdugo!

*
* *

Espió por los balcones, recorrió las calles céntricas, fué a los teatros, se distrajo en el piano, se dedicó a regar los heliotropos del corredor, y con un

afán nunca visto, se pasó horas enteras bordando una alfombra china sin ver a José M....

Ansiaba ver a su amiga Carlota, a su querida confidente para confiarle aquel secreto y pedirle consejos, la mandó llamar varias veces y Carlota apareció en escena.

Y en aquel rincón, en el mismo rincón memorable, comenzaron a hacer recuerdos....

—Yo estoy muy sentida, Carmen.

—¿Por qué?

—Hazte.... que no sabes.

—Pues si no me explicas.....

—Crees que no comprendí lo que pasaba.... Confiesalo.... se te declaró.... los ví juntos.... hablaban muy quedo....

—Pero ¿quién?

—José M....

—¿José M....? ‹admirada›.

—Eso me da coraje contigo, Carmen. Yo te cuento todo lo mío y tú no me dices nada de lo que te pasa....

—Pero si nada ha pasado....

—Si lo comprendí.... se dedicó a tí por darme picones, yo hice que nada veía, pero me pudo, sí, me pudo que te hubiera escogido a tí sabiendo que eres mi amiga, y todo porque no pude ir a la ópera. ¡Así son todos, todos!

—¡Ah! Pues qué, ¿es tu novio?

—¿No lo sabías?

—Ni palabra....

—Pues ya es viejo....

Pues no lo sabía.... ‹densamente pálida›. ¡Es simpático!

—Ya lo creo. ¿Y qué te dijo?... ‹buscando en la alfombra un alfiler imaginario para ocultar que lloraba›.

—Me habló nada más de tí.... ¡Me dijo que te quería mucho.... mucho!

TENEMOS CORAZÓN.....

A María Rovalo.

A las cuatro era la clase. Minutos antes apiñábanse los estudiantes en una angosta escalerilla, sobre la cual se abría la puerta de la cátedra. Unos, apoyados en la barandilla, con el sombrero echado atrás, otros, en el pretil de la azotea escupiendo para el patio, más allá, un estudioso con el libro abierto, pero todos armando insoportable bullicio, esperaban el momento en que el *pelón* abriese.

Entre tanto, el desorden era indescriptible, Aullidos, patadas, bastonazos, un coro de escandalosos ruidos estremecía la escalera de palo, en la que se magullaban los impacientes, que para distraer el tiempo añadían una línea más, que grabada en hueco o trazada en lápiz, aumentaba la serie de inscripciones satíricas, perfiles grotescos y palabras obscenas que

tapizaban literalmente la madera de la puerta y el caliche de la pared. Los tímidos la pagaban. Oíase de pronto el sonoro golpe de una *villa* en un sombrero, seguido de carcajadas ruidosas.

—¡Favor de no encantar!

Quién volteaba sonriendo como si le diera un comino el chiste, pero con los labios pálidos de ira, quién se la echaba de muy hombre y dirigía miradas feroces para encontrarse con rostros impasibles o chuelistas, que se hacían disimulados atuzándose el bigote, viendo al cielo y moviendo el pie con aire impertinente. La víctima tornaba a voltear, y entonces la punta de un lejano bastón le cosquilleaba la nuca, un garnucho le congestionaba las orejas o un tirón de la manga le hacía caer el libro y no había más remedio que resignarse, resignarse en medio de la guasa general, que era para acabar con la paciencia de un santo.

Nueva tempestad de golpes se descargaba sobre la puerta, hasta que a la carrera llegaban los dispersos, era la señal de que el doctor subía las escaleras, y aparecía el doctor quitándose el sombrero y tirando de prisa la punta de un cigarro.

¡Ay de aquel que no estaba firme cuando la puerta se abría! La opresión era sofocante. Allí un brazo salvando en lo alto un libro del desorden, más lejos, un sombrero condenado a muerte, y más lejos aún, un bastón enarbolado.

—¡No empujen!

—¡No encanten!

—¡Me ahogan!

Y los ¡uf! se escapaban del festivo grupo, servían los codos de cuñas y de defensas, y al dar media vuelta la llave, ¡vámonos, señor! Uua compuerta que se abre, un rebaño que se precipita, un alud ferozmente impelido parecía aquella multitud, que sin quitarse el sombrero, atropellándose, saltaba a la gris

gradería haciendo retemblar los peldaños en medio de gritos y patadas.

Sudando, rojos de fatiga, componiéndonos la corbata deshecha, el sombrero abollado, tomábamos lugar y entonces comenzaba la *raspa*. La provocaba un infeliz que llegaba jadeante cuando todos tenían asiento. Desde que aparecía en la puerta cruzaba los aires un ceceo, seguíanlo otros y otros más se agregaban a un grito, y terminaba por una tormenta de burlas, dominada por una voz chillona que gritaba un mote insultante, el blanco de la estudiantil hilaridad, mohino y confuso se sentaba donde podía. ¡Guay de él si la primera fila estaba llena! Tenía que subir los escalones, ¡pero cómo! teniendo que pedir permiso, causando el desorden y repartiendo coces. No había uno que no atrapara en el aire uno de sus pies o los pantalones cuando menos.

—¡Caifás!—gritaba una voz.

El así llamado por mal nombre, parecía embebecido en la lectura de un texto.

—¡Caifás!—tornaba a gritar otra voz.

El aludido no hacía caso.

—¡Caifasito!—decía con indescriptibles modulaciones un gracioso—¡Caifaseto!

—Todos ustedes....

No proseguía el airado mozo porque le interumpían aullidos, ceceos, silbidos o la exclamación, con voz de falsete, de un atrevido:

—No me mates....

—Hombre, Pereda, estate quieto, no le grites al señor....

—¡Caifaseto!

—Se enoja (amenazante) y te pega....

—¡Malote!

—¡Ese del sombrero puesto que se lo quite!

—¡Cállate, mono sabio!

A tales diálogos en voz alta de un extremo al otro

extremo de la clase, sucedía un redoble de golpes en las tarimas, ese redoble de las galerías impacientes en los teatros, acompañamientos de los compases de paso doble en una plaza de toros, bullicio tal, que se estremecían los huesos de los esqueletos que en dos nichos de cristal había a los lados de la plancha, esqueletos articulados que tenían movimientos oscilatorios de fantoche.

Cesaba como por encanto el desorden cuando el profesor, sombrero en mano y bosquejando una caravana, se dirigía a su asiento, ponía el sorbete en el zinc de las mesillas, exhumaba con mano temblorosa la ajada lista y recibía el lápiz que un comedido le alargaba, no sin oir a sus espaldas algunos ceceos y una vocesilla que le decía:

—¡Barbero!

El calor de la siesta congestionaba los rostros, un sol próximo al poniente se filtraba por las rejillas de la persiana y por las desgarraduras de los harapos que hacían las veces de cortinas. Apenas si una ráfaga de aire fresco penetraba por los vidrios rotos de unas ventanas, cuyos marcos se caían a pedazos y tras los cuales se veía la azul tranquilidad de la tarde, suave ráfaga que movía apenas los mapas cromolitográficos que representaban a un hombre abierto en canal, los órganos de los sentidos, una monstruosa laringe o la anatomía de la región dorsal.

Concluida la lista, el pelón, mozo de anfiteatro, aparecía en escena con un sombrero de petate, una *mula* de cargador en la espalda, y sobre ella, en angosta tablilla, el cadáver, cubierto en parte por trapos mojados, colocábalo en la plancha pintada de verde, volvía el profesor el lápiz a su dueño, con serio ademán de dar las gracias, empuñaba por el asa grueso vaso lleno de agua, daba algunos tragos, secábase los labios discretamente con el pañuelo, y ob-

servando de cerca la *preparación*, que era un músculo, decía:

—El diafragma, señores, es un músculo. . . .

Algunos atendían, otros abrían una novela escondida en la gruesa Anatomía de Beaunis, y no pocos, con la vista fija en el espacio, se entregaban a reflexiones que no constaban en el texto, arrullados por la lenta voz del doctor, que explicaba las inserciones del músculo en cuestión. . . .

Contrastaba aquel personaje vestido de negro con el pálido cadáver: la rapada cabeza caída hacia atrás, las narices afiladas, la boca abierta, el cuello distendido, salientes las costillas, hundido el abdomen y rígidas las piernas entreabiertas, colgante el brazo y semidoblados los dedos ampulosos y descoloridos, dedos de color indeciso con uñas amoratadas.

¡Cuántas muecas extravagantes en aquellas máscaras de carne! ¡Qué macabras contracciones en aquellas bocas desdentadas y sangrientas! ¡Qué extrañas miradas en aquellos ojos desencajados, opacos, que al vaciarse parecían uvas pasadas!

Ahí estaba la muerte, ahí el cadáver, ese cadáver que con tan punzante curiosidad, a la vez que con indefinible temor, se quiere contemplar de cerca cuando no se es aún estudiante de medicina, que se atizba primero de lejos, tras los vidrios del anfiteatro, yaciendo en el frío zinc de las planchas y purpurado por la sangre que cae gota a gota de una herida profunda y se coagula en una ancha silueta en las tarimas, ahí estaba el muerto, el muerto de violáceas carnes, cuyos pies sucios han corroído las ratas, en cuyos miembros han dejado los cáusticos y las quemaduras sus indelebles rastros. . . .

Ese muerto, al que nos acercamos con respeto y nos causa malestar el olor que despide, no nos atrevemos a tocarlo porque las moscas se posan en sus narices y en sus encías, y el día que llegamos a ha-

cerlo nos estremecemos con la frialdad de reptil de esa carne que no entibia el calor de la vida... Nos persigue aquella mirada que parecen dirigir los ojos mates por entre dos párpados violáceos sin pestañas, nos persigue esa boca abierta que parece gritar y no olvidamos esa actitud de abandono de los miembros inertes, caídos al azar: una pierna doblada, un brazo colgante, una mano sobre el abdomen.... ¡Todo es costumbre! Después de abrumadoras repugnancias hundiremos el bisturí en una aponeuorosis, removeremos el intestino delgado, acariciaremos el hígado y disecaremos como si tal cosa las fibras de un corazón que no es en ese momento sino un músculo que se pone a cocer para estudiarlo mejor, como el cerebro se endurece en agua acidulada y las arterias se inyectan con yeso para seguir mejor su tortuoso camino a través de los órganos.... Y sin embargo, se siente. Suele a veces una cara demacrada hablarnos de no sé qué tristezas desconocidas, y no es raro que la melancolía equivalga a una oración frente a esas víctimas ignoradas que llegan a la plancha llevando un sucio escapulario, grasoso rosario, síntomas de fe, u oxidado anillo, síntoma de algún amor!

Concluida la clase vuelve el silencio de los lugares solos: aullan a lo lejos los perros de fisiología, remueve el viento las viejas de cigarro dispersas en la azotea, llora el Angelus en las torres.... Y los pájaros, los pájaros que piaban en las ventanas y habían huido durante la clase, penetran a la pieza, saltan sin temores sobre los bancos, no le tienen miedo al cadáver y suelen posarse en la frialdad de sus miembros inertes, cantando quizá un epitalamio sobre un pecho que ya no estremecen los latidos. ¡Esas alas que tiemblan, esas cabecitas inquietas, esos gorgeos festivos, ahí donde la crueldad de la existencia se encarna en un cadáver, arranca al poeta algo más que la impresión de un contraste!

El crepúsculo flamea a lo lejos, las nubes se encienden purpuradas, fuegos de colores, incandescentes ráfagas, todas las pompas de la luz que muere con brillazones de ópalo en el tono indefinible de la tarde que languidece, lanzan su lampo a la arboleda lejana, al macetón de la azotea, barren el suelo y son espléndido sudario que colora las desnudeces del cadáver, quizá la única caricia de esas existencias obscuras y desconocidas, de esos seres sin famila y sin tumba. . . .

Entonces quisiera uno acompañar a ese muerto que se queda solo, pero. . . . se cuelga melancólicamente la ensangrentada blusa, se desinfecta uno los dedos en el chorro de un botiquín, se lavan los utencilios y se sale uno silbando, porque ¡el corazón se estremece! Y es la hora en que se descanza de las estudiantiles faenas, y aunque el triste cuadro hunde al espíritu en sombras, a un paso quizá, en un balcón no distante, asoma la hermosa cabeza de la novia. . . . Se ansía verla, se tiene sed de una sonrisa, se anhela algo que destierre la tristeza. ¡Qué alba poblada de azules mariposas, de festivos ensueños, de entreabiertas flores, estalla en el alma cuando unos ojos negros responden con larga mirada a una mano que saluda!

La muerte, pues, no torna, al que la ve de cerca, indiferente, la muerte, pues ‹ya se me está acabando el hilo›. . . . la muerte. . . . es. . . . ¡el aperitivo de la vida!

¡Conste que los estudiantes de Medicina tenemos corazón!

LOS QUINCE ABRILES

—¡Mira como estás, Luz, por Dios! Componte esa *manera*, se te ven las enaguas, amárrate esa media, que la traes arrugada, álzate el pelo. Pero ¿dónde te has metido? Es la vida cansada, terminaba la señora volviéndose hacia una visita.... ¡Estos muchachos!... ¡si le digo a usted! Las últimas palabras no las había oído la niña, porque pegó la estampida y no paró hasta el patio, donde dos muchachos pelones, sus primos, y una amiguita de colegio, metían el desorden en el gallinero.

Luz era la alegría de la casa, la niña consentida, que a pesar de sus diez años, conservaba por no sé qué raro fenómeno en nuestros tiempos, todo el candor infantil de los cinco años.

Paréceme verla a las cinco de la tarde, llegar con un sombrerillo de paja de anchas alas, subido hasta las narices el resorte, muy colorada, en desorden las

greñas, entrar como un remolino a la pieza, arrojar sobre cualquier mueble la gramática de Quiroz, sin pasta ya, la aritmética deshojada, el bordado no concluido y la almohadilla de cojines verdes, tumba de mil chucherías, querido mueble que era su tesoro.... Traía los ojos llorosos, y perdónese la frase, sucio el rostro de las lágrimas enjugadas con puños no muy limpios.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué vienes tan colorada? ¿Te castigaron?

—No.... sino que Filemón me pegó y me dijo muchas groserías.... (sollozando).

—No es cierto.... mamá, no es cierto, ella fué la que me dió un pellizco.... vociferaba el hermano menor, haciendo calurosos ademanes....

—El me pegó... porque se metió a la tienda a pedir panocha, y tú le has dicho que no entre....

—Mentira, mamá, sino que está enojada porque no la dejé venir con Josefina Vargas, que tú le has dicho que no se junte....

—Mira, Filemón, ¡cómo eres! No es cierto, mamá, no lo creas, te viene a contar mentiras, él fué el que fumó.

—¿Tú, fumar? ¿Tú...? Que yo te vea y te quemo la boca....

—Mira, mamá, te voy a soplar.... huele.... a ver si yo....

—No huele porque se comió un pedazo de charamusca.... pero sí....

A estas alturas, la voz de ambos chicos era tonante y barajábanse las inculpaciones, perdiéndose en la disputa el acento severo de la señora que los llamaba al orden.... Terminaban por sollozar los dos.... y

—Vállase usted a lavar esas manos con zacate y jabón.... ¡Llenas de tinta! ¡Qué feo es eso en una niña! Y tú, Filemón, ¿qué escribes con los codos?

¡Mira cómo los traes también!... Vete a limpiar esa boca, que te cosan ese saco... ¡Me queman la sangre!

Salíanse los hermanos mohinos y avergonzados.

—Mira, mamá, a Luz, me está sacando la lengua...

—¡Mira, mamá! (imitaba con la voz al chico.) ¡Chismosote! ¡Amujerado!...

—Luz.... no me piques.

—¡Anda.... anda, pégame y verás qué susto llevas!

—Allá voy, niños.... allá voy.

Y la señora iba en efecto, porque se oía un verdadero alarido.... Lucesita le había encajado el más doloroso pellizco al *fratello*....

Terminaba aquello o por una amonestación materna de hacer temblar, o por la eficaz amenaza:

—Se quedan encerrados el domingo....

Momentos después, ambos jugaban como si tal cosa en el corral. Ya era el eterno arreglo de una casa de muñecas, improvisada en un buró sin puerta, ya la tarea concienzuda de vestir a una muñeca, en cuyo rostro, como huellas de la viruela maligna, se ahondaban en la cera rasguños y agujeros. ¡Pobre muñeca maltratada, cuyos párpados no se cerraban, que no respondía papá cuando le apretaban el estómago.... y a la que le faltaban las puntas de los pies y una mano de *papier maché!* Cada época de la infancia está representada por un juguete, y allá en un cajón de no sé qué ropero, yacían todavía restos de un ferrocarril de cuerda, degollados títeres, canicas y otras menudencias.

—Sabe usted, me decía la señora, están sanos mis hijos porque ya usted los ve.... corren de la noche a la mañana, no paran, así es que caen en la noche como plomo, y comen por cuatro.... Aire es lo que necesitan los muchachos, la chiquita de María por eso está como está, nunca sale, siempre encerradita, no come nada porque no le haga daño.... Estos no, comen cuanto encuentran, corren, se mueven... son

guerristas, pero con tal que estén sanos.... ¡¡Luz!! ¡¡Luz!! ¿Dónde están esos niños, Josefa?

—Echándole maíz a las gallinas....

—Ahora les ha dado por ahí, han comprado pollos por mayor.

En efecto, los incansables Ledesmita se entretenían en arrojar puñados de semillas a un plumífero ejército, sin fijarse, como los novelistas quisieran, en la abnegación de la gallina madre que cobija bajo su ala a los tiernos polluelos que, dando saltitos de placer, alargaban sus piquitos.... etc., etc. No, señor, reíanse grandemente de las disputas, caíales y mucho en gracia un pleito por un grano, y aquel tristísimo papel que hacía un gallo fanfarrón que ahuyentaba las hembras a picotazos, encrespábase el valiente del gallinero, congestionábasele la cresta, miraba con ojo ardiente, y lanzaba, empinándose sobre las patas, una nota allá a todo cuello.... Pero eso sí, aparecía una pinta, ella.... y ojos que te vieron ir.... Bajábansele los humos y no paraba mi general hasta la más alta de las estacas.

Anunciábase en Luz una futura belleza irresistible, su tez tomaba ese matiz poético de todos los capullos, delicadas se iniciaban las formas, y aparecía en sus ojos ese cálido reflejo.... ese crepúsculo que es más tarde la pasión en la mirada....

—¡Cómo se ha estirado esta niña! Y aparecía desairada con su enagüilla corta.

Aquella muchacha loca y bulliciosa llenaba la casa de no sé qué alegría. Cuando estaba ausente, el corredor parecía triste.... mudos los pájaros.... anémicas las plantas.... pero llegaba hasta la sala la tumultuosa algarabía del gallinero y los gritos, los diálogos, los pleitos.... Si aparecían en escena los primos el bullicio era infernal, y sin embargo, la señora decía:

—Me gusta verlos así, contentos, nada les preocu-

pa y los tiene uno cerca, vigilados.... porque no, no crea usted.... son de buen carácter....

II

Habían pasado cinco años.... no olvido el cuadro.. El banquete iba a concluir, desprendíanse las flores de los ramilletes para flotar como cadáveres en una copa de vino, fundíanse con el calor las lágrimas de caramelo de las piezas montadas.... Un cordero de pasta de almendras había perdido la cabeza en la refriega.... Quedaba apenas un dedo de vino en las copas y ya se escuchaba aquí y allá el chasquido de las cáscaras de las almendras y las avellanas. Luz cumplía quince años y brindaba un señor melífluo....

—"Deja tras sí la infancia.... entra a otra vida.... ‹arrugando la servilleta› por decirlo así, al Abril de la vida, porque la pubertad es el Abril de la vida.... De hoy en adelante, el cielo ‹mirando el gancho de la lámpara› tendrá luz para ella, más luz, algo más que perfume y color las flores: y algo, algo le dirán el pájaro y la mariposa con su vuelo, y el arroyo con su murmurar poético"....

"Yo ‹alzando la copa› yo brindo porque así sea, porque encuentre en esa vida sólo flores y no espinas.... Antes pertenecía a la escuela.... hoy pertenece al amor. Que encuentre un marido digno de su virtud!"

Tras una caravana, se hizo la ilusión de beber algo, porque había volcado la copa, y se sentó, saludado por una salva de aplausos, choque de copas, tenedores y platos....

Luz, vestida de azul, estaba muy ruborizada y allá en la esquina de la mesa, la madre lloraba, quizá pensando que el orador tenía razón. ¡Los quince abriles.... la niña juguetona, la niña alegre, la niña

locuaz, nace para la vida.... muere cuántas veces para la madre!

—Sí—decía el orador enjugándose el sudor y dirigiéndose a un comensal medio dormido....—es la verdad, señor, a esta edad comienza la lucha, la lucha del cariño de una mujer, la madre.... contra todos los hombres.... es decir, contra todos los peligros. Yo... ‹acariciándose la calva› diera algo, algo por ser niño ‹muy enternecido› ¡qué bella edad! ¡por nada se preocupa uno!... pero.... ¿no toma usted jaletina?

REMORDIMIENTOS

Había esperado con ansiedad la representación de aquella pieza, sabía que el estreno iba a ser magnífico, persiguiéronme los compases de aquella bellísima romanza, tan tierna que, según la opinión de los inteligentes, era el *fuerte* de la *Crispi*.... Iban Lucía y Juana, me lo habían asegurado, pero ya en la calle me entró un fastidio tal, que desistí.... ¡Tan lejos que quedaba el teatro! ¡Y luego, la noche tan incapaz! ¿A qué iba? A enlodarme....

Algo, algo que yo atribuía a nerviosidad bullía en mi interior. Trozos de escena, fragmentos de conversación, un perfume que no sabía de dónde venía.... ¿de mis manos? No, de un azahar que colgaba marchito del ojal de mi jaquet.... Estaba acalorado.... y sin abrir el paraguas, presa de una inquietud jamás sentida, con una necesidad de entregarme a la locomoción, me aventuré por calles casi obscuras,

[illegible] y entendido los mismos [illegible]

[illegible] a un amigo? ¿Por qué [illegible] mis pasos para hacer [illegible] decía en voz baja. [illegible] sentimentales.

[illegible] necesito no sabien- [illegible] a un café me detuve [illegible]

[illegible] prendía una cornisa [illegible] empapados, arrancaba re- [illegible] estremecidos por los círculos [illegible] a caer.... Y hacía más [illegible] de las calles lejanas en las [illegible] una estrella mustia un farol de su- [illegible] la linterna de un gendarme [illegible] Así estuve mucho tiempo sin que [illegible] me preocupase hundido en el lodo y con- [illegible] sombra, larguísima, en el em- [illegible] cosas de claridad las cucara- [illegible] un grupo de canes trasnochadores husmeaba en [illegible] a lo lejos golpeaban una puerta, retardado [illegible] pasaba más lejos todavía y desembocó en la ca- [illegible] con gran ruido, un coche gris y viejo, de empañadas linternas, el cochero somnoliento, vien- do que no quería ocuparlo, lanzó un silbido a los cansados animales y les largó un latigazo.... y per- díose el vehículo tambaleándose al doblar una es- quina.

¡El alcohol! Indudablemente el alcohol tenía la culpa. Pero ¡si no estaba borracho!.... Si andaba derecho la prueba es que como por angosto puente atravesaba las piedras de la orilla de la banqueta sin perder el equilibrio.

Me acordaba perfectamente de todo, no tartamudeaba al hablar, mis facultades estaban íntegras y para convencerme de ello me propuse interiormente

mil cuestiones, como por ejemplo, ¿como decía el primer verso del Arte Poética? y lo repetía exactamente de memoria.... No tenía sed, no me dolía la cabeza, irritado, era natural, ¡hacía tal calor en la sala! Estaba algo ronco, pero ¿no había salido sin abrigarme al aire frío? No, no estaba ebrio, y con la necedad de un ídem procuraba convencerme a mí mismo de que aquel extraño estado patológico, aquella inquietud, no era producida ni por el champagne, del que sólo había tomado una copa, ni por el cognac, del que, ¿cuántas copas había tomado? Vamos a ver: cuando llegué, una que me ofreció Cristina, después del schotisch, otra con Eulalia.... En el comedor no quise beber más que un vaso de agua de Seltz, por cierto que me lo dió Eulalia también.... Y cuando estaba platicando con Olimpia.... eso sí, con Olimpia tomé otra y después no me acuerdo: en resumen, tres de cognac y una de champagne, son cuatro. ¡Y cuatro copas no se suben, ni que tuviera uno cabeza tan débil! Sudaba como un africano, pero ya lo he dicho, eso era efecto del calor de la sala: había como ochenta luces....

Había estado muy contento.... ¡Quién había de decir que yo, yo el tímido Tomás me había atrevido no sólo a platicar con las muchachas, sino hasta bailar! Por cierto que eché a perder los lanceros. ¡Con razón, no los sabía!

Dije no sé qué necedad a una persona desconocida.... ¡Me había puesto en ridículo! Y una oleada de sangre, un golpe de esa vergüenza que, si puede decirse, congestiona, me ponía fuera de mí y murmuraba: soy un bárbaro....

Hablé sin parar, fuí de aquí para allá, quise meterme a chancista, me vieron una chuela atroz y Olimpia, ¿qué opinión tan triste se formaría de mí? No sabía qué responderle, no me ocurría qué platicarle, y ella ha de haber dicho: ¡éste es un animal! Me ale-

gro. Eso tiene uno por meterse a hombre de sociedad sin estudios preparatorios. Debía haber hecho lo que hago siempre: irme a la otra pieza, platicar con las personas formales y si me invitaban a bailar, decir que estaba enfermo de un pie. Pero no, me la quise echar de bailarín y atrevido.... He visto que las Emulsiones se reían detrás del abanico y Pepe, al pasar, me dijo: ¡Mírate qué bailador estás! ¡Pero de qué modo me lo dijo! Eso me hizo perder, no los estribos, sino el paso, pisé a mi compañera, y después nos quedamos con el brazo en el aire dizque esperando el comienzo del compás para entrar, pero ni para adelante ni para atrás. Después de tentativas inútiles, eché la culpa al número de las parejas.

—No se puede bailar con tanta gente.... ¡Tanta gente! ¡Vaya una frase comedida!

—No, no se puede—me respondió la infeliz que iba de mi brazo, y a la que tomé el partido de pasear por la sala, y luego que concluyó la pieza tuve el poco tino de excusarme....

—Usted ha de dispensar....

—No hay de qué.

Si se me hubiera subido, vaya, pero no, no se me había iubido.... Me alegré un poco, pero eso siempre pasa.... Por otra parte, a mí la múgica me altera los nervios, los perfumes me causan semejante efecto y si a esto se une la luz, el baile, el alcohol y.... Olimpia... ¡Qué mujer, Dios mío, qué mujer!...

Me detuve de nuevo para encender un cigarro, y resultó que había perdido los cerillos.... que parecieron en la bolsa del chaleco.... Estuve inconveniente algunos momentos, como, por ejemplo, cuando se le cayó el azahar a Olimpia, lo recogí y tuvo que dejármelo. ¡Qué había de hacer! De buena se pasó con no llamarme al orden.

De veras que soy desgraciado. Cuando más me empeño en quedar bien con una gente, más la echo

a perder, pero yo no tengo la culpa, se me va el sentido común a los talones, no sé lo que hablo, y sufro, sufro no pudiendo traducir a frases esa admiración, esa ternura en que rebosa mi alma cuando estoy al lado de una mujer que quiero. De ahí que sólo la mire, la siga, la fastidie, sin decir una palabra, o precisamente hablándole de lo contrario.... ¿No es esto una desgracia? ¡Esperar con ansia un día, estudiar hasta las cosas de que hemos de tratar, hacerse minuciosa toilette, llegar temblando, saludarla fingiendo calma, tenerla junto y apoderarse de uno no sólo una invencible timidez, sino algo peor, ¡un embrutecimiento a toda prueba! ¿No es esto triste?

Invadióme la melancolía, consideréme bajo todas las fases del martirio, y caí en la cuenta de que era hora de volver a mi casa. ¡Cuán triste me iba a parecer la soledad de aquella pobre pieza, cuando pensara en aquella luz, en aquella alegría, en aquel entusiasmo de baile!

Y yo, el pobre dependiente, el obscuro soñador, sentía una inmensa amargura de mi insignificancia. Sentía que se abría ya en mi interior una flor de oro: ¡su cariño! ¡De oro!

En el negro fondo de la mina trabaja un mundo de seres obscuros que arrancan a la grieta su tesoro. Sufren, caen abatidos, pululan, golpean para arrancarle al monolito una vena de metal. ¡Quién dijera al ver la joya que deslumbra, ¡cuántas existencias, cuántos trabajos, cuántas miserias representa! ¡Flor de oro! y lo era aquel amor que alguna vez había de nacer hijo de sueños irrealizables, de tristezas nunca confesadas, de indefinibles anhelos. Obscuros mineros que trabajaban en silencio para modelar un ídolo...

Indudablemente estaba enfermo. Al pasar por una calle, me causó impresión profunda el ver dos enamorados, que entrelazados los dedos y muy juntos los rostros, platicaban en una ventana!... ¡Yo no

sabía qué era eso! ¡Qué había de saber!

Si ella me llegase a querer, si ella me comprendiera, si ella.... pero apenas la evocaba, sentía una de esas penas que se unen al ridículo y que no tienen remedio....

Luego que me hubieron abierto en mi casa, y deposité en la mano de la medio dormida fámula una moneda, atravesé de puntillas el corredor, todos dormían.... ¡qué silencio!

Me desvestí sin hacer ruido, quitéme el azahar del ojal para encerrarlo entre las hojas de un Alfredo de Musset, mi poeta favorito.... Soplé la luz.... Los ratones reanudaron su tarea, royendo la pata de una mesa.... No podía dormir, daba vueltas y los moscos parecían burlarse de mí.... Entablóse una lucha, hacíame el dormido, los dejaba que se pararan en la frente y ¡zas! al sentirlos aplastados, gozaba la fruición de la venganza.... No, no era embriaguez, porque no podía olvidar a Olimpia, y recordaba con punzante dolor aquella confidencia de una amiga:

—Tiene novio y lo quiere mucho.... Además aquel azahar junto a las estancias "A Ninón", ¿qué significaba para mí que nunca, nunca había gurdado flores?

REMINISCENCIAS

A Octavio Barreda

A los lados del terraplén, banda gris que se destaca en el verde amarillento de los pastos, se ve el ir y venir de manchas claras: son las muchachas del pueblo, vestidas de percal y con el rebozo atado al talle, que caminan al azar mientras llega la noche. Se distingue a lo lejos, como una estrella verde, la linterna de un vagón: es el viaje en que regresan los varones para entregarse al reposo de las noches tristes en el campo.

A esa hora todo languidece, se van desvaneciendo los manchones purpurados de los cielos, fondo cambiante que recorta, surgiendo de una masa de frondas negras, un arbolillo distante, un tronco esbelto, erguido, casi una línea, en cuyo extremo se balancea un penacho en forma de plumero. Siempre que pien-

so en ese pueblecillo de veraneo, evoco ese detalle. Poco a poco puntillean las luces en las lejanías, una puerta de jacal, una luminaria alegre, un horno de ladrillos, van costelando las sombras que se dilatan, lejanos ladridos de perros, rebuznos de asnos que vuelven del trabajo, perdido chirriar de carretas que desaparecen entre los árboles, y el ángelus sonoro, imprimen al cuadro un sello de serenidad melancólica.

Nada entonces más bello que el surgir de la luna, emerge de montes atezados, en su disco de áurea claridad se destacan, como en una fantasía japonesa, las ramas secas y acodadas de los árboles muertos, se hunde en las negruras de un nubarrón, sigue elevándose lentamente y tiñe de amarillo un celaje transparente, un bellón vagabundo, y después, sola y serena, desde el pálido cobalto de los cielos derrama una luz azulosa, indecisa, entonces, la melancolía, una poética, una inmensa melancolía se dilata. Los trajes claros de las muchachas albean a lo lejos, adquieren no sé qué tono de poema las risas femeninas, el dialogar de los caminantes, las pisadas del caballo fatigado, el desfile lento de las vacadas retardadas, en tanto que de los tulares se escapa el matraqueo monótono de las ranas, y de los pastos la canción trémula de los grillos. Las luciérnagas trazan su madeja luminosa al volar, y lejos se oye el repique de cascabeles de los trenes, al lado opuesto, un silbido largo de ferrocarril, una cauda de chispas y la rápida aparición de una hilera de vagones que se pierde en una curva.

La luz lunar crece poco a poco.... Azulean los caseríos, espejean los charcos, se encienden los pulidos rieles de la vía y en lo alto de un poste de telégrafo tiembla como estrella un reflejo en el cristal del aislador.

¡Cuántos crepúsculos he pasado ahí para distraer

mi fastidio! Amo esa calzada batida por los vientos, vago por el llano, camino lentamente siguiendo a los indios que por grupos entran al pueblo: la mujer con el muchacho que canta con la cabeza caída y oscilante a la espalda, el marido con la canasta vacía de flores en el hombro, hablan en voz alta y rien de todo, saludan al pasar y los envidio: envidio su cansancio, envidio su sueño animal, su carencia de aspiraciones, su conformidad para no pedir más que comer y dormir.

En la estación el bullicio crece. Rojas luminarias flamean ante los puestos, descalzos vendedores esperan al borde de la vía la llegada de los trenes para ofrecer ramilletes de flores que se han muerto, empolvados pasteles o dulces secos. Los perros retozan, al frente, en correcta hilera, inmóviles y cabizbajas, las mulas de relevo esperan su turno de trabajo, en un tenducho cercano tocan la vihuela y cantan, en las bancas que se alínean bajo un cobertizo, las familias que veranean dialogan entre risas, dormitan los desocupados y se fastidia la mayor parte.

Las calles son angostas y en declive, con un caño en medio, a flor de tierra, las banquetas, para una persona, y colgando de podridas cuerdas, a largos trechos, los faroles de trementina agonizantes. Pero nada más cómodo para los soliloquios como esas callejuelas tranquilas, húmedas, silenciosas, la hierba surge de las junturas del empedrado, de las grietas de los paredones, se desparraman de las tapias colgantes enredaderas, incensarios que sueltan el aroma de amor de la madreselva, la pura emanación de las rosas blancas que en el negror del follaje asoman como grumos de nieve.

Ni un alma transita por ahí. Tras las vidrieras se adivinan mobiliarios humildes, se filtra la luz por las junturas de las puertas, los perros ladran tras los zaguanes, y sólo de cuando en cuando un gendarme

que no tiene a quien cuidar, hace la ronda y se toca el kepis maltrecho para dar las buenas noches al primero que encuentra, y acaba por regresar a la plaza, dejar su linterna en un portalillo y entrar a la tienda vivamente iluminada, que arroja bocanadas de luz roja al empedrado, ahí se reunen los desvelados, juegan ajedrez sobre el mostrador, se sientan en tercios de semillas, beben tequila, y un charro de poncho verde y carmesí, cuida desde el interior a un caballo tordillo y dormido de pie, cuyo cabresto arrastra hasta el dintel de la puerta, flacos perros husmean, infelices, sin casa, se acurrucan contra la pared, y de cuando en cuando, como un contraste de esa monotonía rural, suena en no sé qué finca cercana, una tempestad de arpegios y de escalas arrancadas al piano.

Hay calles en que la sombra es profunda y se anda a tientas, en ellas cuchichea la corriente del caño, ocultos insectos silban, parece que ahí el olor de las flores es más penetrante, se escapa por las grietas la elegía casta de las violetas, el madrigal de las rosas, el verso acre de los huele de noche y de los floripondios, que también, aunque parezca decadente, hay formas poéticas en los olores.

¡Cuántas veces, solo, al acaso, he compuesto serenatas, he pensado cuentos cortos, he desarrollado novelas hablando conmigo mismo! Amo ese pueblo, amo sus callejas, evoco entre sus jardines un episodio sencillo, pero tierno, de un Mayo que pasó hace mucho tiempo y no ha de volver.

Paréceme que, como aquella tarde, la llevo de mi brazo, siento la tersura de su epidermis rosando por casualidad mi mano, oigo el crujir de su falda, la miro saltar los charcos, apoyarse en mí cuando el declive de la calle es brusco, me parece que siento su aliento, el discreto jadeo de su fatiga, se detiene, respira, seguimos adelante, lentamente, admiro sus ojos,

resuena su risa deshecha en notas de juventud y buen humor, fresca, graciosa, sincera, hablando de poesía, de amor, de esperanzas.

Recuerdo cómo esa vez sorprendí en su palabra, en su gesto, en su mirada, una mujer que no conocía, cómo me interesó, cómo me pareció más bella que otras veces y cómo la compañera de bailes y murmuraciones se convertía para mí en algo menos frívolo, en algo tiernamente querido: era que ya el ensueño la envolvía. ¿Hacía mucho tiempo que viejos recuerdos, escenas breves de salón, palabras olvidadas de conversaciones ligeras, entusiasmos de baile, alegrías pasajeras, todo ese mundo de matices había crecido poco a poco para fundirse y formar como un crepúsculo de afecto? No lo sé, ¡quizá! ¡La invasión de la enfermedad moral, amor, es a veces tan rápida, a veces tan lenta, tan insensible!

Había en su locuacidad un desbordamiento extraño, casi incoherente, de puerilidades y de anhelos de mujer apasionada, entonces sus ojos, espléndidos ojos de hebrea, me parecían fascinadores, su voz sugestiva, su andar más cadencioso, y mis palabras no eran naturales, me sentía conturbado, analizaba sus frases más insignificantes, y la charla me hacía mal, sentía una inclinación vehemente a las confidencias, y fué cuando ese eterno tema de la juventud, el amor, comenzó a discutirse. Era casi de noche: un último rayo amarillo en el ocaso se desvanecía, las flores de su seno olían más, la presión de su brazo me inspiraba violentos deseos de decírselo todo, y con voz enronquecida y muy queda—casi tenía que tocar sus sienes con mis labios para que la oyera—le recité versos, versos casi olvidados, palabras de colores románticos, que no eran más que el disfraz en que mi alma se escondía para decirle: te quiero.

Se abandonaba a mí, le inspiraba confianza, se estremecía al influjo de los sueños rimados, se entu-

siasmaba con una idea, y, aún lo recuerdo, le repetí varias veces una estrofa feliz para que la aprendiera de memoria, ese solo hecho me denunció la verdad: ella, o amaba o estaba en vísperas de amar.... Luego yo llegaba tarde.... y sin preámbulo caí en un mutismo inexplicable, ella no encontraba razón para que yo pasara tan pronto de la alegría a la tristeza, ni yo tampoco quise dársela. Nada más desconsolador que llamar a un corazón de mujer y que responda la voz masculina de un huésped.

Como aquello no tuvo desenlace, vago por las callejuelas que me la recuerdan, y con la fantasía me finjo lo que no sucedió: sueño que llego a su ventana, ¡qué hermoso ha de ser un diálogo en ese rincón perdido del paraíso! A veces imagino que hacemos excursiones lejanas, que es conmigo la compañera cariñosa y buena, a veces, que existe entre nosotros un odio a muerte, que nos separan abismos, que se ha casado, que es infeliz, que yo la salvo de peligros, que piensa en mí, y pone término a la inútil cavilación la campana que anuncia la llegada del tren. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Sospechará siquiera esa niña mimada de la fortuna que la amé aquella tarde? ¿No adivinaría en mi palidez, en mi acento, en mis arrebatos, en mi tristeza, nada de lo que yo pensaba? ¿Volveremos a encontrarnos? No será ahí, quizá en un palco de ópera, quizá en un baile, quizá en un paseo, y la veré pasar como una beldad, pero no como la amiga que me hizo tan dulce y tan amargo aquel mes de primavera.... Es, a pesar de todo, la más sincera de mis aventuras de corazón.... y llego al andén, subo al carro casi vacío, tiritando de frío, y, el tren en marcha, vuelvo los ojos al caserío que duerme ya.... me alejo con tristeza, paréceme que dejo algo. ¡Desvarío arrullado por la trepidación, siguiendo con los ojos el danzar de las chispas que se azotan como lluvia roja en los vidrios, y pienso

en la prosa de la vida.... en que es tarde, en que tengo que emborronar un artículo para la imprenta, y repaso los recuerdos: un idilio corto, tornado en lo que es esto, en una indiscreción para el periódico!

UN PRELUDIO

A Ignacio Michel.

—¿Qué haces tan solo?

—Nada, tomando un poco de fresco, porque allá dentro hace mucho calor.

—¡Vaya! Fumaremos un cigarro, y mi interlocutor, creo que era Antonio, abrió su cigarrera y me la presentó en la palma de la mano. Aquí, continuó, se respira un poco de aire. ¿Traes cerillos?

Había llovido mucho, algunas nubes desgarradas, harapos negros manchaban aquí y allá el cielo, un cielo que prometía llorar toda la noche. Desde el alto balcón podía dominarse la calle sola en aquellas altas horas, y los extremos de algunas plantas del jardín iluminadas por un farol de gas, la lluvia las había barnizado y la luz rielaba como fingiendo chispas en las gotitas de agua, verde vivo era un islote en

aquel mar de sombras del que surgía para apagarse, el pálido puntilleo de las luciérnagas inquietas. Los coches que esperaban a la concurrencia se alineaban a lo largo de la banqueta, lanzando a las aceras el relámpago de sus linternas, y un foco eléctrico en el torcido poste lanzaba al piso cenagoso sus intensos y crudos rayos que fingían allí un archipiélago de manchas fosforescentes.

Así me gustaba estar.... solo, de codos en aquel balcón, algo como un alivio, como una dulce calma ascendía del jardín empapado. Del olor de la tierra húmeda se destacaba la emanación acre de los floripondios, volcadas copas que dejaban derramar y esparcir su esencia balanceándose como incensario.

El chirrido intermitente del foco, el piafar de los caballos, eran los solos ruidos que turbaban el silencio.... mientras que a mis espaldas era otro el cuadro: escapábanse chorros de viva claridad que barrían la alfombra del salón de fumar, con gran algarabía jugaban algunos desertores del salón y veíanse tras las cortinas el ir y venir de los jugadores con el taco en ristre, sonaban las bolas de marfil y el chasquido del contador.

En la sala, la animación confundía voces y diálogos, del runrun creciente se destacaba una risa de mujer o el acento varonil de algún caballero, los acordes del piano anunciando unos lanceros, que ponían en movimiento a los grupos de hombres que interceptaban el paso en las puertas,

En la sala ardía la araña del centro, los candelabros de bronce obscuro, los de cristal del piano iluminaban con luz diurna el amplio salón y en la hilera de asientos una concurrencia abigarrada, vibrante de placer, llena de risas, contagiaba, entusiasmaba, inclinaba a gozar y a reir también.

Se formaban los grupos de lanceros, un joven secándose el sudor, vagaba por la sala buscando a dies-

tra y siniestra hasta encontrar a su pareja, que estaba detrás de un jarrón con plantas exóticas, más lejos, tres individuos discutían por una equivocación, ante una dama, que no sabía con quién de ellos tenía comprometida la pieza, hasta que una transacción hizo que el de los pantalones claros se la llevará. Corrían las parejas, instalándose en sus puestos y despidiendo a las que llegaban después.

—Ya este cuadro está completo.

—Lo haremos de seis.

—No, porque se echa a perder.

—Y de dos en dos se paseaban en busca de una pareja.

—Manuel, saca a Josefina, falta una pareja. . . . . .

—¡Aquí hay una!

—Magnífico. ¡Ya!

Y de todos aquellos grupos que hablaban en voz alta partían las palmadas de aviso.

¿Y Lucía? ¡Ah! Si, allí estaba, la veía yo en el espejo frontero, la reconocía por el traje blanco y la camelia roja que llevaba en el talle, bailaba con un pasante de medicina, muy chic para hacer las caravanas y que a la sazón, balanceándose sobre los talones, abría y cerraba un abanico, contándole algo que ella oía con atención. . . . . ¡Ni una mirada para buscarme para ver si bailaba! pero ¿cómo lo había de hacer, si quizá ni sospechaba que en aquel compacto grupo de la entrada unos ojos la seguían con inmensa ternura?

—¿Ya?

—Ya.

Y empezó la música. No sé qué de extraño y cómico tenían a la vez aquellas evoluciones que retrataban los grandes espejos, diríase que eran autómatas movidos por ingenioso mecanismo, contados y medidos sus movimientos, saludándose, yendo y vi-

niendo, haciéndose profundas caravanas, hasta que sonaba una palmada.

—No, no, todavía no.

Un grupo estaba atrasado, era Marcos que no los sabía bailar, y su compañera pugnaba por enseñárselos....

—Se abren ustedes.... No, por aquí. Vuelta con María. ¡Ahora sí! ¿Qué sigue?

Las señoras en los asientos, se abanicaban lentamente, como estaban de prisa, no se habían quitado los sombreros. Manuel y Elodia se habían ido a un rincón como de costumbre. Se amaban y perfectamente indiferentes a todos, hacían de los lugares apartados escenario de sus idilios. Pedro, rojo de rabia, miraba a Elvira bailar con Federico. ¿Qué culpa tenía ella? ¿qué podía hacer si él le pedía la pieza cuando ya la tenía dada? Se reía con el otro, era natural, no sabía para qué fingir enojo sin motivo.

—A mí, me decía un individuo, ¿cree usted que me divierte más ver bailar, que bailar? Mire usted, no hay una cara igual ni una conversación que se parezca.

Hacían las visitas las parejas, apenas saludaban muy entretenidas con la charla de sus compañeros, y a veces se pasaba la música, cuando precipitadamente comenzaban las figuras.

—¡Mano derecha, mano derecha!

Retiréme por segunda vez al salón de fumar, dejándome caer sobre un sofá de cuero. Indudablemente estaba mal, me entristecía aquella música, me mareaba el ir y venir de los bailadores, y no sé qué vago disgusto me hacía cambiar de lugar a cada instante, evitar las conversaciones, enmudecer y refugiarme por último en el balcón ante el mismo cuadro: el farol del gas abrillantando las hojas del plátano, el foco de luz chirriando siempre, y los cocheros dormidos en los pescantes, mientras los caballos, abatidas

las cabezas, parecían dormitar también.... Ahí sí pensaba en aquello desconocido que se apoderaba de mí como el síntoma de una enfermedad.... Ahí sí que volvía a preguntarme por qué estaba inquieto, y sin quererlo, instintivamente, volvía a mirar lo que pasaba en la sala, buscando en el espejo a Lucía, que a la sazón presentaba la diestra a su compañero para formar la cadena....

¿La querría? ¡Quién sabe! Malo es que el amigo animado otras veces, no encuentre temas de conversación, y siempre motivos para estar sentido por causas imaginarias, malo que se ponga de mal humor porque otros bailen con la que él no se atreve a sacar, malo que la busque en la luna biselada de un espejo y finja no preocuparse por ella....

Terminaban los lanceros, se daban las gracias, y abanicándose las damas tomaban asiento, una que otra pareja daba vueltas,

La familia Ros se despedía, poníanse las niñas abrigos y sombreros, besuqueando a las amigas y sitándose para el jueves sin falta....

Temiendo la conversación del soporífero Marcos, me refugié en el balconcillo para fumar un cigarrillo....

—No seas tonto, no seas tonto, hoy que tienes oportunidad por qué no entras, te sientas junto a ella y platican.... ¿o ya has olvidado cuántas veces se les han pasado las horas allá, bajo aquella acuarela, en el sofacito púrpura y oro, perdidos en disquisiciones psicológicas? ¡Vaya una timidez necia! Anímate, Julián, anímate, quién sabe.... Nunca fué el mutismo medio de conquista, una palabra pronunciada a tiempo vale mucho! ¿Y qué con que te diga que no? El que no se atreve no pasa la mar....

Pero no, no me animaba para acercarme, buscando pretextos.... y permanecía ahí.... estúpidamente

solo, mirando cómo arrastraba el viento las chispas del cigarro que había botado al jardín.

Una palmada en el hombro vino a sacarme del ensimismamiento, era Lucía.

—¿Pero qué hace usted tan solo? Vamos, deme usted el brazo.... y acompáñeme a tomar una taza de te....

Atravesamos el salón y nos instalamos detrás de un biombo.... Sobre la mesa de laca, llena de tazas anchas con dibujos chinos, arrojaba su luz un ancho velador púrpura. ¡Qué rincón tan tibio y tan discreto, qué decoración fantástica para un poeta! La luz, el biombo de bordados vivos, monstruosos, extravagantes, la butaca obscura, la vajilla delicada, el silencioso arder de la lámpara de alcohol, ella ofreciéndome una taza de te y yo preguntándome: ¿pero qué tengo? ¿por qué soy tan feliz y tan desgraciado a un tiempo? ¿por qué no sé qué decirle?

Y del salón venía una voz dulce, las frases apasionadas de una romanza de Gastaldon, el acompañamiento pianísimo, y sólo nuestras voces bajas, tierna la suya, conmovida la mía, parecían recitar las estrofas de una melopea al hablar ¿de qué? ni yo lo sé, del teatro, de las carreras, de un concierto..... apurando poco a poco el te blondo y humeante.

Tenía dado el vals que preludiaban, al pararse tuvo una contrariedad: se acercó demasiado a la mesa de laca y se le deshojó la camelia que llevaba en el talle, sus pétalos parecían manchas de sangre en el tapiz.

—¿Vámonos?

—Sí, vámonos.

—¡Cuidado con estar triste!.... Ya, ya sé quién es la que tiene la culpa.... Ya me contaron y sé hasta cómo se llama.

—¿Cómo?

—Ese es el secreto. Y como si tal cosa, sin sa-

ber el mal que me hacía, se perdió en una vuelta de vals entre los bailadores....

¿Qué tendré, por qué necesito estar sin compañía, por qué quiero salirme solo?....

***

En la calle no había una alma.... todo dormía, menos aquella casa de donde salían torrentes de luz. Ya sabía yo lo que tenía.... quizá por eso no detenía la mirada en los balcones iluminados, sino en aquella vidriera, a través de cuyos visillos de dibujos enormes se miraba como un triángulo de luz el velador rojo.... Bajo él, bajo él.... hacía un momento.... la romanza, el biombo, el te.... ¡qué sé yo! y dije como Fausto con un romanticismo de novela antigua: *¡Salve dimora casta e pura!*

RECUERDOS DEL MAESTRO

A la señora doña Margarita G. de Altamirano.

No he olvidado un detalle de aquella casita vieja, pero alegre, de las Rejas de la Concepción, por la que ha desfilado casi toda una generación literaria, como si la mansión del autor de los "Naranjos" fuese una estación para el viaje de la celebridad.

Era resto de un convento, la lluvia y la intemperie le daban tintes grises en los que resaltaban las manchas verdinegras del musgo, enmohecíanse las rejas de las ventanas, pero albeaban en cambio los visillos tras los cristales limpios de las vidrieras y un loro charlatán en esférica jaula, poblaba de alegres gritos la calle toda.

Los domingos en la mañana, a las once en punto, llamábamos al verde portón, repicaba alegre campanilla y un cierto Antonio, de mala catadura, pero ex-

celente corazón, nos abría refunfuñando seco buenos días y cerrando la puerta de golpe. Al ruido despertaba el Ariel, enorme terranova, viejo enfermo, casi ciego, que apenas tenía fuerzas para menear la cola y lanzar una mirada agradecida y noble cuando le acariciaban la frente. La Carina, perrilla angelopolitana, lanuda y blanca, la más alegre hembra canina que he conocido, de carácter y de costumbres, ladraba locamente con su listón al cuello, bañada y alisada.

El Maestro era muy afecto a las macetas, reía en las del patiecillo un sol matinal jugueteando en las frondas, olía a heliotropo en flor, y confuso vocerío de enjaulados y festivos pájaros alegraba el corredor y daba a aquel hogar una animación tal que sin querer se sonreía. Me parece oir los ladridos, los trinos, el freir del almuerzo, el chorro de las regaderas y una escala cromática lanzada por una voz de soprano que enmudecía a nuestra llegada, como si las visitas la espantasen.

Una otomíe, Magdalena, abríanos la apolillada vidriera de la sala.

—Voy a avisar. Y después de haberlo hecho nos entregaba los periódicos que el Maestro nos mandaba galantemente para que nos distrajéramos durante su ausencia.

Impregnaban el aire los últimos vapores xochicopal, reina del Sur, a su aroma de cuero de Rusia se mezclaban las emanaciones de empapadas violetas que rebosaban de un jarrón, tras el cual, en la mesa de mármol, parecía surgir un Apolo levantando las manos al cielo, un desnudo de Barbedienne, en bronce, rodeado por otras piezas de arte, ya encabritados corceles en pedestal de mármol amarillo, ya ancha copa griega con mitológicos asuntos cincelados, o frágiles y elegantes ánforas de cristal y porcelana, teñidas con matices fantásticos.

Entreteníanos grandemente leer tras los cristales de los libreros de rosa, los rótulos de las obras. Uno de los vicios del Maestro era poseer muchos libros, pero muy bien empastados todos. Brillaban los rótulos dorados de riquísimas ediciones: en chagrín, en cuero de Rusia, en tafilete o a la rústica. Junto a un Renán en percalina, veíase la Imitación de Cristo en piel negra, más lejos, una edición americana en tela verde u ocre de Tenysson, parecían recargarse uno en el otro Paul de Saint Víctor, un non rogné Longffellow al lado de un Alfredo de Musset, ilustrado por Bida.

En pequeñísima caja dormía un Dante diminuto, impreso, si no me engaño, por Didot, en caracteres microscópicos. Gozábamos con aquella estantería inteligentemente provista, en la que asomaban sus caras amarillas de pálidos ascetas, los pergaminos, su obesidad las ediciones de Bancroft y parecían retozar cual chiquitines intrusos en aquella caterva de doctores intratables, una familia de elzevires, los elzeviritos, como su dueño los llamaba cariñosamente.

¡Y el Maestro sabía casi de memoria aquellos centenares de volúmenes, desde la «Holy Bible» hasta el hacinamiento de folletos de todos colores, que no cabían en las mesas, en las sillas, en los huecos de los libreros! No había uno que no ostentara en sus páginas una raya de lápiz rojo, un comentario de lápiz azul, curiosa Marginaria tan oportunamente colocada, que equivalía a un juicio crítico. De los libros pasábamos a los cuadros, que cubrían totalmente las paredes. «La Tesorería del Purgatorio» y «El Fumador,» de ese Meissonier mexicano que se llama Casarín, los paisajes de Islas, un "Bautismo" y un "Casamiento" en la época del Directorio, el retrato del Sr. Rovalo, noble protector del Maestro, y los retratos de éste en distintas épocas y debidos a renombrados pinceles. Las marinas, las perspectivas,

los grabados, todo denunciaba la morada de un artista, porque en un tiempo el señor Altamirano manejó el pincel, como ya había esgrimido la pluma y la espada.

Sobre un escritorio finísimo de palisandro incrustado de marfil, se levantaba el busto del señor Altamirano, artística cabeza modelada por Islas, fiero el ademán, encrespado el cabello, desatada la corbata, erguida la frente, en aquella actitud de tribuno airado que le valió el nombre de Marat de los puros, como lo llamó un periódico reaccionario.

Reinaban el orden y el aseo en todos los objetos. Ni un átomo de polvo manchaba el barniz de los muebles austriacos o del piano, en cuyo atril yacía olvidada una romanza de Tosti de abigarrado forro. El sol lamía los dibujos de la alfombra, sentíase tal calma, emanaban las flores tan discretos perfumes, que ante quietud tanta, rodeado por el arte en todas sus manifestaciones, se tendía a pensar en cosas gratas, como si la atmósfera en que habita un hombre de talento contagiara a los extraños.

Oíase en la pieza de junto, el ruido de un vaso y una cucharilla. La efervescencia de la sal de Karlsbad era señal de que el Maestro tomaba su medicina e iba a salir. Aparecía sonriendo, con aquella franca sonrisa que tuvo siempre para sus discípulos.

—Buenos días, hijos míos.

Flamante y correcto el traje, blanquísima la camisa, prendida la corbata por un fistol de malaquita, leontina de cabellos y oro, empuñando un bastón de ébano rojo del Sur, oliente a Agua de Colonia y con el sombrero puesto, porque, como Morelos y todos los surianos, sufría neuralgias con la cabeza descubierta.

Solíamos llevarle algún trabajo para que lo corrigiera, nos lo hacía leer y no chistaba hasta su conclusión. Entonces acercaba un tarjetero de metal

que frente al ajuar había, exhumaba de sus bolsas finísimo pañuelo de seda cruda, los cigarros de "Castelar" y los cerillos.... se apoderaba de un lápiz rojo, la bestia negra, que ha dejado su huella destructora en tantos originales.

¿Había un consonante difícil? Encendía un cigarro, tomábolo negligentemente entre el dedo de en medio y el índice, sacudía la ceniza.... echábase atrás el sombrero, mordíase una falange y meneaba la pierna meditando, preocupado como si él fuese el autor. Solían hacerle gracia algunos disparates, reía hasta llorar, tapándose la boca, y después, con tono benévolo, contaba punzante anécdota, finísima agudeza, hierro candente que dejaba en la memoria fijo el defecto para no incurrir más en él.... Su sátira, sin ser venenosa, era un remedio radical.

Así enseñaba literatura el Maestro, así enseñaba Historia, así enseñaba Filosofía.... con un método práctico y familiar, enteramente suyo, amaba a los principiantes con algún talento, se identificaba con ellos, los corregía y los alentaba.

Figuráos cómo no lo querría esa juventud obscura y pobre, rechazada de todas partes, esa juventud que pisa la senda que conduce a la gloria y en la cual tantos peregrinos han sucumbido de fatiga, condenados a no levantarse más del polvo de la insignificancia.

Los que se llaman sabios, los que han encanecido leyendo a Virgilio y a Aristóteles, no alientan sino desdén para los que comienzan y no son capaces de enseñar una sola línea, a menos que el Gobierno les pague el sueldo de una cátedra de Escuela Nacional. Es natural, el que ha alcanzado la cumbre del picacho ve con indiferencia, casi con placer, las olas que se estrellan a su pie y arrastran los restos de tantos naufragios y los cadáveres de tantos vencidos!

Por eso al Maestro le profesa un verdadero culto la bohemia literaria, porque a sido el único que, cubierto de gloria, ha descendido de ese pedestal para enseñar al que no sabe, sin interés y sin retribución, y ha inpelido, ha ayudado a subir a todos sus protegidos abriéndoles las columnas del periódico, acreditando un libro con un elogio, introduciéndoles a respetables asociaciones y aun proporcionándoles recursos pecuniarios. Ha sido Maestro en su casa, en la tribuna, en el libro y en la prensa, con éxito tan grande, que la literatura nacional de nuestros días debe sus más bellos adelantos a la ayuda infatigable del biografista del "Nigromante" y Manuel Flores. Ni sus mismos enemigos niegan que la figura prominente en la literatura patria contemporánea ha sido el Maestro, el señor Altamirano, por eso, rindiendo justo homenaje a sus méritos, EL NACIONAL (1) publica su retrato, mil veces impreso en libros, en periódicos y en revistas extranjeras.

Lo siguen las simpatías aun de los que no abrazan su credo, por el papel que ha desempeñado hacia la juventud de su patria.... Supo enseñar. Jamás salió de sus labios ni una burla ni un reproche para el ignorante o para el débil, gritaba a las inquietas almas esa frase que impele a tender el vuelo, decía a sus discípulos con el ejemplo y la palabra ¡exelsior!

El que así tenía una palabra y una enseñanza para el obscuro principiante, el que les revelaba que llevaban en la mente gérmenes capaces de tornarse en flores, el que despertaba esos gérmenes, es acreedor a la gratitud, por eso yo, el último de sus elegidos, yo, el último de ese "Liceo Mexicano", que

---

(1) Este artículo fué publicado en aquel periódico antes del fallecimiento del señor Altamirano.

tanto le debe, hoy, que me veo fundiendo mis ideas en un periódico, primer peldaño de la escala literaria, de la cual me enseñó el camino, con torpe, muy torpe, pero sincera pluma, encierro mi gratitud en estas líneas. No es una biografía, porque los recuerdos que me la inspiran, recuerdos queridos de la primera juventud, no pueden encerrarse en esa serie de fechas y de nombres, que más parecen hojas de servicios, lacónicas y exactas, pero pálidas.

Estoy seguro de que piensa lo que yo pienso, ese grupo de jóvenes que, según la frase consagrada de los periódicos, prometen mucho, son esperanza de la patria y cuyos nombres figuran en más de una carátula de libros aplaudidos. Ese grupo, que nació en un "Liceo" no reglamentado, que carecía de la severidad de una Academia y se reunía en un salón de la Sociedad de Geografía, como hubiera podido reunirse en los escombros de una ruina o bajo el techo apolillado de una guardilla, éramos bohemios, entonábamos un imno a la juventud y—siempre se es pájaro de joven—poco les importa a las aves cuando saludan una aurora, lanzar su trino en una cúpula, en un alero vetusto o en una rama que tiembla. Esto lo digo por esos poetas que el público conoce por Chávez, Bustillos, Barrón, Alba, Urbina y tantos otros, que en cuanto a mí, impotente para la poesía y para la prosa, me conformaba con escuchar y aplaudir.

Allá, en aquella pieza de la Escuela de Comercio, conocimos y admiramos al Maestro. Hablaba, y como bajo la influencia de un conjuro, despertaba las ideas luminosas, las frases felices, las palabras oportunas.... Enjambre de doradas abejas que esperaban un llamamiento para despertar y surgir de los corazones rebosantes de juventud, de savia, de vida.... La elocuencia las hacía nacer, y se embargaba la mente sintiendo lo que debe sentir la rama

cuando sus flores revientan y tienden sus corolas de ardiente matiz, sedientas de luz.

Cuántas veces, rodeado por nosotros, se entusiasmó el Maestro, poníase de pie, se arreglaba los pantalones, y con ademán mesurado hablaba.... Fácil su palabra, iba animándose, desparramaba ejemplos, citaba autores, y diríase que hablaba ante un Congreso, empero, sin inmutarse, porque era orador y era elocuente a todas horas, su talento no se parecía al de aquellos que, como ciertas gentes, visten su palabra de elegante ropaje tan sólo en los días grandes.

Y no era la frase arrebatada, esa pirotecnia de metáforas, ese desbordamiento precipitado del nervioso, ansioso de mostrar su elocuencia. Dulce, sobrio, tranquilo, familiar, con la entonación de un simple narrador nos conducía del Parthenón al templo bizantino, al antro del fakir, y atravesábamos aquellos mundos de poesía cual la nave balanceada por blandos vientos y olas mansas.

¡Divino ese don de la elocuencia, que hace de la palabra un pincel y traza cuadros cuyos matices no existen en la paleta de Ticiano alguno, que sin modular una nota, evoca las harmonías que no soñó Beethoven y esculpe en el alma imágenes imborrables....! La palabra: sonido, cincel, color.... maga que hace del espíritu un Proteo y lo transforma, lo sugestiona a su antojo y lo torna ya en un héroe del cantor de Menelao, ya lo hace sentir las ansias rabiosas de Laooconte y la melancolía profunda de Patroclo.

El gran libro de texto que usó el señor Altamirano, fué su palabra irresistible y pintoresca, su cátedra, lo mismo el sillón presidencial de una sociedad, que la mecedora de su sala.... Enseñaba con ejemplos, corregía con anécdotas y sabía hacer crear, creando él antes. Que un pensador derroche sus idas an-

te un concurso de medianos alcances siquiera, y el pensamiento suyo, como si penetrase en los cerebros, los fecundiza, haciendo germinar otras ideas.

El Maestro era un causeur incomparable: fascinaba, y el descreído que espantaba a los tímidos, encadenaba con su verba persuasiva al fanático.... cuando hablaba de esos asuntos tiernos que se llaman la madre, la esposa, la familia.... Yo lo oí consolar huérfanos, diríase que al evocar las memorias de su niñez desgraciada, como una consolación, hablaba el apóstol. Esa influencia de sus pláticas nadie la ha negado, y ¡con razón! no puede tacharse de embotada el arma que ha sondeado nuestras almas.

Yo recuerdo al Maestro como hombre del hogar, el gladiador de la palabra, el soldado audaz de la Reforma, el suriano de tremendas iras se transformaba ahí. Ya no reverberaba en su alma el sangriento fulgor de incendio que enrojecía imágenes de cataclismos, sino el suave reflejo de un cariño santo, de esa querida esposa, de esa compañera de su gozo y de su pena, de esa abnegada Margarita que lo ha acompañado en el campo de batalla y en el retiro, la limpia gota en su océano de sombras, la mirada casta de la estrella en sus abismos, la flor inmaculada en las ruinas de ese pasado glorioso, pero a costa de ¡cuántos combates y cuántos sufrimientos!

El Maestro, para llegar a la altura a qne llegó, luchó cuerpo a cuerpo con el destino, bajo todas sus formas, contra todos los huracanes, contra todas las cóleras del océano, pero fuerte, inquebrantable, osado, sin cejar, en vez del naufragio alcanzó el triunfo, como si llevase en la conciencia como un lema de su conducta, escrita la frase: *malgré tout.*

Naciendo en el lecho de esa raza desheredada, que se desprecia desde Cortés hasta hoy, de esa raza que sufrió azotes a pesar de la virtud de Las Casas y la sangre de Hidalgo y de Morelos, siendo indígena es-

taba condenado a la existencia amarga y obscura de los parias y de los reptiles. ¡Cuántos supremos esfuerzos necesitaría el desamparado para transformarse de ignorada larva, no en coqueta mariposa, sino en cóndor audaz!

No es tan grande el que del trono asciende a la gloria, como el que del fondo de una naturaleza salvaje, de una raza ignorada, de una familia obscura, asciende de la miseria a la gloria. ¡Por eso son grandes esas figuras de la raza indígena: Juárez y Altamirano.

Yo saludo en el Maestro no sólo al orador, al poeta, al guerrero y al filósofo, sino al luchador que, subyugado por la sociedad, condenado por las preocupaciones de raza, con inquebrantable fe avanza hasta imponerse a esa sociedad que le paga el tributo del respeto y del aplauso, yo admiro al indio que, sufriendo el baldón de ignorante, llega a ilustrar a los descendientes de los conquistadores.

Subir de un zaquizamí a un palacio, decía el Juez de Napoleón el Pequeño, es muy bello y muy hermoso, pero subir del error a la verdad, es más bello y más hermoso aún. El señor Altamirano, de la escuela pobrísima de un pueblo perdido en los bosques vírgenes en que nació Guerrero, ascendió a ocupar no una, mil cátedras frente a las cuales ha desfilado casi toda una generación de pensadores.

Descansa hoy en lejanas tierras, la Grecia moderna: ese París caprichoso que desdeña todo lo que no vuela muy alto, se ha ocupado de él, y han estrechado su mano como la de un compañero, los hombres de talento de la Francia, aquella Francia de que nos habló tantas veces, la Meca de su religión de progreso a cuya puerta ha llamado.... pero sin dejar en ella su patriotismo de mexicano, su corazón de hombre de hogar, y sus afectos de amigo, capaces de llegar al sacrificio.

Quizá en el melancólico fondo de la nostalgia, ve los risueños y azules horizontes de la patria, evoca una familia, piensa en los amigos.... sonríe tristemente y llora al recuerdo de un hogar inconsolable.

Y el león de la tribuna se enternece, el Aquiles invencible sucumbe, porpue el corazón de un padre no puede bañarse en las ondas de la Estigia, y lo hiere una memoria grata, pensando que hay en México un nieto, un Héctor vivaz e inquieto que con sus manecitas de niño le tira de los cabellos y golpea su frente, aquella frente creadora, expuesta tantas veces a rodar ensangrentada en el combate. Quizá oye esa voz infantil que le dice como todos nosotros: ¡Vuelve! Debe llorar, porque hay un gran fondo de ternura en esa alma que tantos creen sombría, tal vez ese amor a la familia, ese amor a los cariños, que nunca mueren en el alma, lo hace poner en la cifra de sus cartas ese lema consolador para los que lo esperan: *Loin des yeux, prés du coeur....*

COSAS DOMINICALES

A una Mamita.

Nos veíamos todos los domingos y en el mismo tren. Ellos, como yo, se dirigían a no importa qué pueblecillo de veraneo a respirar ese oxígeno vespertino que parece saturado con los últimos soplos de las flores y los postreros lampos del Poniente. Llegaron a saludarme como viejo conocido. Ofrecí al papá algunos cerillos para que encendiese su mascullado puro, y una tarde, la última, cruzamos algunas palabras. ¡Encantadora familia! Un viejo honrado, dos muchachas hermosas y un Benjamín mimado, de grandes ojos azules.

Llevaban a aquel vagón en que tantas gentes se mezclaban, no sé qué de íntimo, de alegre y de sano, que hacía sonreir, algo de un hogar muy contento, lleno de macetas y de pájaros. Todos se ado-

raban y se adoraban así en público, comentando en voz alta, mimándose a la vista de todos, padre e hijos se volvían besos y caricias, con arranques incontenibles de cada dos minutos.

Así me figuraba a Mr. Joyeuse de Daudet, era ese buen hombre robusto, de cutis reluciente que denunciaba baños fríos diarios, canas limpias, mirada viril, sencible al calor, labios fáciles a la risa y a la palabra, y un no sé qué de abandono en los modales, languidez deliciosa de las gentes habituadas a que se les acaricie. ¿Y ellas? ¿No era la Mamita aquella pálida adorable, de ojos que yo amaba porque tenían involuntarias tristezas mirando las nubes lentas y las borrosas lontananzas? Sí era la Mamita risueña a ratos, pero incomparable cuando su carita de flor enferma se ponía grave, maternal, para atar bien la banda del bebé o responder a una consulta de la hermana menor, inquieta, habladora, ruborosa por cualquiera palabra, voluble en la charla, curiosa hasta la imprudencia: un pájaro joven. El muchacho era el personaje delicado, lo envolvían en cuidados, lo trataban como frágil criatura, el padre y las hermanas, todos eran madres para el querubín que hablaba con muchos disparates todavía.

Heme aquí en un rincón del tren, mirándolos sobre mi periódico que no leo. Acaban de entrar, ceden el extremo del asiento al papá, porque así puede ir más cómodo, abren la ventanilla para que Luisito vea la calle. ¡Luisito, un capullo de carne con ojos azules, surgiendo como un ramillete, de encajes y listones! El papá le ciñe el talle, la hermana mayor, Blanca, le toma las pantorrillas que se antoja morder, respiran con fuerza, hace calor. ¡Con qué solicitud toma Blanca el sombrero del viejo y Aurora el bastón.... mientras él saca su periódico!

—No leas, mi vida, platica....

Y al decírselo, qué hondo amor en esos ojos gran-

des y tristes, qué profunda ternura en el acento, qué caricia en la sonrisa de la boquita fresca y romántica de la Mamita.

—No leas.... Y al suplicarlo le toma la mano y lo ve largamente, y no pudiéndose contener, con los ojos húmedos le pone un beso en el vellón de canas limpias que blanquea en las sienes paternas.

Y sí, platica con una voz igual, ¿de qué? De todo.... Ese cobertizo de lámina que parece surgir de piedras estalladas, esa máquina negra, silenciosa e inmóvil, es para pulverizar.... Aquellas tribunas blancas, destacadas en el verde vivo de los pastos, son del Base ball Club, allá lejos pasan los coches de la Reforma, la plaza de toros se está cayendo.... El musgo de los arcos que escurren agua parece terciopelo.... Hay nubes que tienen forma de animales.... ¿Los toros y las vacas no se fastidiarán de su vida de potrero? Han pasado muchos carros fúnebres, huelen a ácido fénico, los entierros en domingos son muy tristes ¡qué ironía! se cruzan una gaveta para desvalidos y un vagón con música que viene de un día de campo. ¡Lo que es el anuncio!.... hasta fuera de garita se miran los cartelones recomendando los mejores cigarros del mundo. ¡No hay como el campo! ¡Qué bonito se siente el aire puro! La luna allá detrás de los árboles ¿no la ven? parece un disco de vidrio opaco apenas, ¡la noche será deliciosa!

Pero sobre lo banal de la plática flota algo interesante.... El tono de la voz, las ojeadas significativas, las sonrisas que comentan, el ademán que subraya, todo denuncia una inmensa paz, una inmensa felicidad en esos cuatro paseadores.

Y yo, el fastidiado de los días de fiesta, asisto a ese tren como a un teatro. ¿No es una página de novela ese buen viejo a quien quieren mucho esas lindas muchachas? ¿No es un idilio corto ese dialo-

gar sencillo que termina con un beso en la mano, en la frente, en la mejilla que él esquiva?

—Estate quieta, muchachita, te ven.

—No me importa, te quiero mucho.... papá.

¡Oh! ¡Siento ganas de llorar mucho cuando pienso lo que será esa casita donde viven! ¡Qué talento tiene Daudet! Seguro, seguro Joyeuse fué el abuelito de esos personajes. Llegará del trabajo, lo esperarán en el balcón, ¡ahí viene papá! Bajarán las escaleras, se colgarán de su cuello para besarlo: ¡no te quites el sombrero, vienes sudando! Le llevarán la copa, que probarán antes, no dejarán que la tome, sino que a modo de niño enfermo la acercarán a sus labios, cuidando que no se derrame, le traerán las pantuflas frescas y lo llevarán en triunfo al comedor, espiarán en sus ojos si tiene apetito, se pondrán tristes si no come, ¿estará enfermo? ¿qué tienes, vida mía? Querrán servirle de todo y serán rivales para ponerle el azúcar al café, una cortará el puro con los dientecitos brillantes, otra le encenderá el cerillo, y a la hora de partir, ¡cuánta solicitud para cepillarlo y arreglarle la corbata! ¡Adiós, le dirán cuando se monte en el tren, con la mano, con la voz, con el alma!.... y se entrarán para mirar en el reloj cuántas horas faltan para que vuelva. El es el padre, el hermano, el novio, no hay ojos como los suyos.... no hay bondad como su bondad conmovedora.... no le hablan.... le rezan.

—¿Aquí nos bajamos?....

—No, vamos más lejos.... ¿quieren?

—Iremos.

Yo cambio de tren con ellos y quedamos en el nuevo vagón completamente solos, porque se dirigen a un cementerio y los domingos va muy poca gente a visitar a los muertos.

Buscaban los paisajes, pero al ver cruzar los vago-

nes fúnebres, la idea de la muerte se mezcló en los diálogos.

—Aquel panteón parecía más bien un jardín—decía el papá,—cuando yo me muera me entierran ahí y me vienen a ver los domingos, ¿verdad? Me traerán flores.... muchas flores. ¡no me olviden!

—No hables de eso, papacito, tú no te has de morir. ¡Oh, yo quiero morirme antes que tú!

—Miren, ahí se descansa: soy viejo, poco me falta para que me vean pasar en una de esas cajas.... Cuidarán a Luicito, habrán crecido, tú serás la mamá y Aurora la obediente....

—No hables de eso....

Pero el viejo estaba inspirado, se enardecía y acabó por cambiar de faz, su hermoso rostro de anciano se puso triste un momento, y ¡ya no era tiempo, no pudo disimularlo! cayó una gota de alma en el papel del periódico.

Ellas no pudieron dominarse y lloraron también.

—¿Ya lo vez, papá? ¿ya lo vez? ¡No seas malo! ¿Qué te pasa? ¡Mira, mira qué cielo tan hermoso!—y vieron el crepúsculo: un incendio violado en que estallaban brillazones de topacios ígneos y en el fondo una orla negruzca: las puntas de lejanos cipreses. ¡Qué en silencio regresamos todos!

***

El carro olía a flores, colgaban de los tirantes empapadas coronas que goteaban, y a cada sacudimiento llovían pétajos de rosas blancas, en los asientos se asinaban ramilletes de arrugados portabouquets, cruces de inmortales, haces de capullos: dominaba la nota viva de los heliotropos, y en el fondo varias personas de luto, dos muchachas muy lindas y un niño acompañadas de una criada que, con

una cesta de musgo sobre el brazo, espantaba las moscas del chiquitín dormido.

—!Las Joyeuse! exclamé al reconocerlas, porque ellas eran, las que hacía tres meses largos no había visto. ¿Y el papá?

Cuando ellas me miraron ví contraer sus facciones con un gesto de asombro y de dolor, un recuerdo brutal las apuñaleaba.... Era inútil hacer suposiciones, el papá Joyeuse había muerto.

Bien lo decía el enflaquecimiento de aquellas desventuradas, bien el rostro como envejecido de la Mamita, sus grandes ojos anegados en amargura, aquel gesto de idiota, su mirada fija en un anuncio de Agencia de Inhumaciones, pero viendo recuerdos, recuerdos inexpulsables, profundos, clavados en la imaginación y en el alma. ¡Oh, pobre Mamita! Era el dolor sin lágrimas, el dolor que estrangula sin que el solloso tiemble, el dolor sin palabras, sin arranques, el paralítico mudo, fueteado, muriéndose, pero inmóvil.

Sólo después de un rato vióme largamente, primero temblaron sus cejas de hebrea, después aletearon sus párpados moreteados por el insomnio, descendieron las comisuras de sus labios, y en una salvadora explosión de lágrimas, me dijo.

—¿Se acuerda usted?

¡Gracias al cielo que lloraba, sacudiéndose mientras se abrazaba a la hermana, descompuesta por el arranque, temblorosa como una friolenta, con los labios blancos de susto y de pena....!

—Pobrecito, pobrecito.... gemía, ¿recuerda usted que quería flores, muchas flores? Aquí vienen.... Yo lo presentía aquella tarde, llegó triste.... se enfermó, se enfermó, duró una semana, ¿qué hemos hecho? Era tan bueno, tan honrado, tan santo.... ¡qué cruel es la muerte que se lo ha llevado!

—Cálmese usted.... señorita.... puede hacerle mal llorar así.... en el aire, decía la estúpida criada.

—No lo olvido un momento, era mi todo. ¿Qué hago? ¡Me quiero morir!

Y se sacudía escondiendo la cabeza, empapado el pañuelo, bebiéndose las lágrimas con una desesperación inmensa.

¡Ah! si los muertos ven, si es cierto que los espíritus paternos flotan en torno de los huérfanos, ¡ah! papá Joyeuse vería aquel carro solo.... rumbo al cementerio, antes tan lleno de risas, de rayos furtivos de sol poniente, alegrado por la charla, refrescado por el aire libre de los campos.... entonces alegre también con sus cascabeles, bañado de luz, lleno de flores.... pero con aquellos abandonados inconsolables.

—Usted le simpatizaba, señor, nos lo decía todos los domingos.... Usted lo quería a él, ¿no es verdad? ¡Era tan bueno!

Y llegamos, las dejé alejarse entre las calles penumbrosas, donde blanqueaban las tumbas, ví un momento el valle tinto en púrpura crepuscular y allá a lo lejos un grupo negro en torno de una tumba humilde, cubierta de flores: eran ellas, un dardo de sol incendiando la púrpura de las rosas, riendo en la blancura de los alelíes, fingiendo flecos de cristal en los cipreses húmedos, ¿sería la risa del papá Joyeuse aureolando aquellas cabezas inclinadas hacia la devoradora madre tierra?

Y en torno la paz de los campos, el cuchicheo de los árboles, la inmensa serenidad, turbada por el lejano rodar de los vagones, la nota moribunda de perdidos campanarios, en el cementerio el reir del agua de las regaderas salpicando de diamantes los pastos, un entierro de pobre alejandose entre el boscaje, pájaros que retozaban, y un niño en el regazo

de una madre dormida lanzando gritos inarticulados con sacudimientos de sucias manecitas.

Y como un eco, un murmullo de voces.... las Joyeuse que rezaban.... las Joyeuse que los visitaban como él quería, todos los domingos y le llevaban flores, ¡muchas flores!

***

Quedéme enternecido. ¿Creeréis que entré triste al teatro, pensando en las pobrecitas, solas, sin amigos quizá, sollozando junto al sillón vacío, viendo el teatro a través de las lágrimas, creyendo en cada rumor oir sus pasos, teniendo a cada instante la alucinación de su voz cariñosa, extrañando su beso.... ¡Oh, pobrecitas! Y ya en mi butaca, me abstraje, ajeno a la pieza y construyendo una novela. Sí, las quería mucho; quizá no sospechaban que aquel conocido del vagón pensaba en ellas y hubiera tomado como un hermano sus pálidas cabezas, así, junto al pecho, para decirles, besando sus ojos llenos de tristeza.

—Ya no lloren.... lloraremos juntos.... Vamos, ya está.... Se ha muerto, pero está aquí en espíritu y si las ve así... lo harán llorar también. ¡Te enfermas, Mamita!....

Y con los ojos húmedos miraba como un estúpido a la concurrencia que reía de una soez graceja-da de zarzuela.

FIN

INDICE

El "Chiquitito" 7
El Chato Barrios 15
El reloj de casa 21
Oyendo romanzas 27
Mi musa 33
Memorias de un escribiente 39
La mesa chica 47
Dos besos 55
¡Si la niña supiera! 65
Un olvidado 73
El fusilado 79
"Yes" 87
Dura lex 93
Una corista 103
Cosas de ayer 111
¡Pobre Cejudo! 117
Un trozo 127
Otilia y yo 133

Cosas vistas..... 139
El heredero..... 149
Los abandonados 155
El Mauhmouth 165
Cosas de baile..... 173
Tenemos corazón 179
Los quince abriles..... 187
Remordimientos 193
Reminiscencias..... 199
Un preludio..... 207
Recuerdos del Maestro 215
Cosas dominicales..... 227

Répar-93

7 57ST BRI
02/93 53-005-00 5723 G3C

Stanford University Libraries
3 6105 008 547 122

DATE DUE			

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004